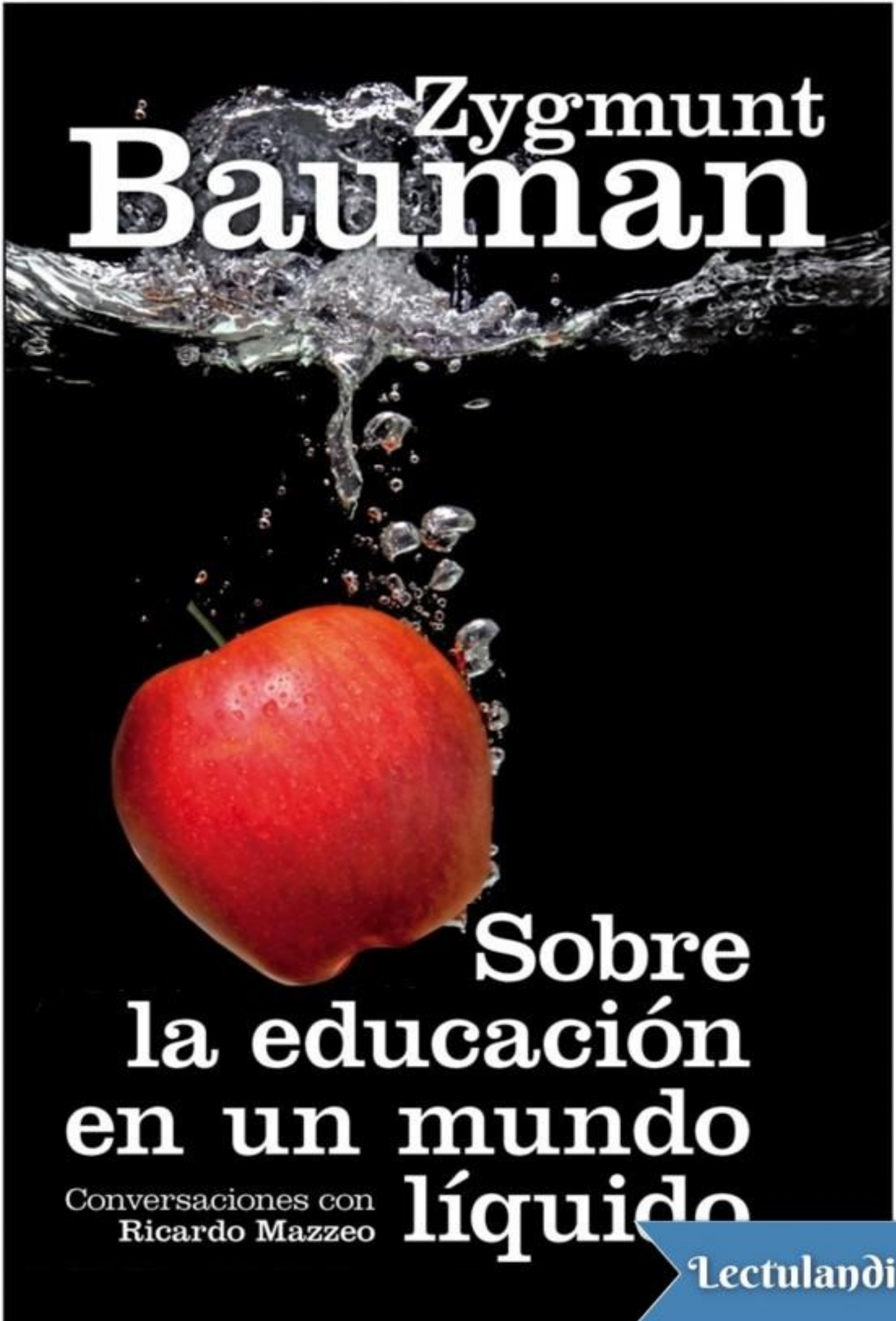




Zygmunt
Bauman

Sobre
la educación
en un mundo
líquido

Conversaciones con
Ricardo Mazzeo

Lectulandia

En *Sobre la educación en un mundo líquido: Conversaciones con Ricardo Mazzeo*, de **Zigmunt Bauman**, autor de otras obras clasificadas en la materia de teoría sociológica como *Vida líquida* o *La sociedad individualizada*, el autor nos invita de nuevo a reflexionar esta vez acerca de la difícil situación en la que se encuentran los jóvenes en la actualidad, y también sobre el papel de la educación y de los educadores en un mundo que, desde hace tiempo, ya no cuenta con las certezas que confortaban a nuestros predecesores. La capacidad descriptiva de sus conceptos de «modernidad líquida», «vida líquida», «miedo líquido» o «amor líquido» han traspasado el ámbito de la sociología para convertirse en expresiones empleadas a menudo en los medios de comunicación, en la política e incluso en el lenguaje coloquial. Desde los inicios de **Zigmunt Bauman** en la década de 1970, su visión de la sociología ha reivindicado para esta disciplina un papel menos descriptivo y más reflexivo. Sus aportaciones a la conceptualización de la posmodernidad, a la que él denomina «modernidad líquida» han sido plasmadas en diversos ensayos que le han valido el reconocimiento internacional. **Bauman** ha sido galardonado con el **European Amalfi Prize for Sociology and Social Science** en 1992 y el **Theodor W. Adorno Award** en 1998. En 2010 le fue concedido, junto con **Alain Touraine**, el **Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades**.

Enfrentados al desconcierto propio de nuestra sociedad líquida, muchos jóvenes sienten la tentación de quedarse al margen, de no participar en la sociedad. Algunos de ellos se refugian en un mundo de juegos *on line* y de relaciones virtuales, de anorexia, depresión, alcohol e incluso de drogas duras, pretendiendo con ello protegerse de un entorno que cada vez más se percibe como hostil y peligroso. Otros adoptan conductas violentas, uniéndose a bandas callejeras y al pillaje protagonizado por quienes, excluidos de los templos del consumo, desean participar en sus rituales. Una situación que se produce bajo la mirada ciega e indiferente de nuestros políticos, y ante la que es preciso reaccionar.

Lectulandia

Zygmunt Bauman & Riccardo Mazzeo

Sobre la educación en un mundo líquido

ePub r1.0

diegoan 21.04.16

Título original: *On Education*
Zygmunt Bauman & Riccardo Mazzeo, 2012
Traducción: Dolores Payás Puigarnau
Diseño/Retoque de cubierta: Judit G. Barcina

Editor digital: diegoan
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ENTRE LA MIXOFILIA Y LA MIXOFOBIA

Riccardo Mazzeo: Me gustaría iniciar esta serie de conversaciones recordando el día, hace casi dos años, en que usted aceptó, por primera vez, hablar conmigo sobre la educación. Fue un regalo que decidió ofrecer a las cuatro mil personas que iban a reunirse en nuestro congreso *La calidad inclusiva de la escuela*, que se celebró en Rímini en noviembre de 2009. Usted no podía asistir a él porque en aquel momento su prioridad absoluta era quedarse cerca de su mujer, Janina, que estaba enferma de gravedad. Aun así, permitió que un camarógrafo y yo mismo le hiciéramos una visita y grabáramos el inestimable vídeo de su conferencia de veinte minutos.

Entonces habló usted de la crisis en la educación contemporánea, una crisis muy peculiar, porque probablemente, por primera vez en la historia moderna, nos estamos dando cuenta de que las diferencias que se dan entre los seres humanos y la falta de un modelo universal van a ser perdurables. Vivir con extranjeros, estar expuestos al otro, no es nada nuevo, pero en el pasado se creía que aquellos que eran «ajenos» tarde o temprano perderían sus «rasgos diferenciales» y se asimilarían por la vía de aceptar aquellos valores universales que, de hecho, eran «nuestros» valores. Pero hoy día esto ha cambiado: las personas que se mudan a otro país ya no desean ser como los nativos, y los nativos, a su vez, no desean integrarlos.

¿Qué sucede entonces en una ciudad como Londres, donde hay casi ciento ochenta grupos étnicos que hablan diferentes lenguas y tienen diferentes culturas y tradiciones? Ya no es cuestión de ser tolerante, porque la tolerancia es otra cara de la discriminación. El desafío ahora se encuentra en un nivel más alto, pues de lo que se trata es de crear un sentimiento de solidaridad.

En las ciudades contemporáneas existen dos reacciones opuestas al fenómeno: la mixofobia, el miedo usual a verse involucrado con extranjeros, y la mixofilia, la alegría de sentirse en un entorno distinto y estimulante. Cada una de estas dos tendencias opuestas posee más o menos la misma fuerza: algunas veces prevalece la primera, algunas veces la segunda. No podemos decir cuál de ellas se llevará la palma, pero en nuestro mundo globalizado, interconectado e interdependiente, lo que hagamos en las calles, en las escuelas primarias y secundarias, en los lugares públicos en los que nos reunimos con otras personas, tiene una importancia extrema, no sólo para el futuro del lugar en el que vivimos, sino para el futuro del mundo entero.

Como usted sabe, hemos estado trabajando durante más de veinticinco años para conseguir la inclusión en la escuela. Porque estamos convencidos de que educar a los niños todos juntos, incluyendo a aquellos que tienen necesidades especiales, es el mejor entrenamiento que pueden recibir para después tener disposición a la mixofilia. También es cierto que pudimos asumir este desafío porque Italia es el único país en el

mundo donde la inclusión plena ha sido obligatoria durante casi cuarenta años. Pero, por una parte, esta inclusión nunca se ha aplicado de forma completa, y, por otra, existen algunos políticos italianos que están intentando desacreditar la escuela pública, lugar donde «los maestros comunistas transmiten a nuestros hijos ideas que son distintas a los valores que nosotros recibimos de nuestros padres» (por citar a Berlusconi).

En sus *Conversaciones* con Keith Tester^[1], usted mencionó la frase de Santayana: «La cultura es un cuchillo clavado en el interior del futuro», y definió la cultura como «una revolución permanente». ¿Cree usted que la educación necesita ser alimentada no sólo con conocimientos, sino también con el pensamiento crítico?

Zygmunt Bauman: No restaría nada a sus palabras, Riccardo, ¡y tampoco hay mucho más que añadir! Estoy totalmente de acuerdo con usted en que la conversión y la asimilación, aquella primera receta moderna destinada a gestionar la presencia de extranjeros, no se contempla en el contexto actual de un mundo que es multicéntrico y multicultural. La necesidad de desarrollar, aprender y practicar el arte de vivir con extranjeros y sus diferencias de forma «permanente» y «cotidiana» también es ineludible por otra razón. Y esta es la siguiente: no importa cuán a fondo se empleen los gobiernos de los Estados para tratar de impedirlo, no es probable que los inmigrantes dejen de llamar a las puertas de los países, y asimismo es muy improbable que estas puertas se puedan mantener cerradas.

«Europa necesita inmigrantes»: el hecho fue enunciado de modo terminante por Massimo D'Alema, actual presidente de la Fundación Europea de Estudios Progresistas, en *Le Monde* del 10 de mayo de 2011. Era una aseveración que entraba en conflicto directo, con, dicho en sus propias palabras, «los dos pirómanos más activos de Europa»: Berlusconi y Sarkozy. Los cálculos que ratifican el veredicto de D'Alema no podrían ser más simples: hoy hay 333 millones de europeos, pero con la media actual de nacimientos (que sigue descendiendo en toda Europa) este número caerá hasta los 242 millones en los próximos cuarenta años. Para llenar este vacío, serán necesarios al menos 30 millones de nuevos inmigrantes, de otro modo nuestra economía europea se hundirá, junto con el estándar de vida que nos es tan precioso. «Los inmigrantes son un valor, no un peligro», concluye D'Alema. De este modo, el proceso de «mestizaje cultural» (hibridación), que la presencia de estos recién llegados está destinada a catalizar, resulta inevitable. Una mezcla de diversas inspiraciones culturales es también una fuente de enriquecimiento y un motor que activa la creatividad, la de la civilización europea al igual que la de cualquier otra. A pesar de todo, lo que separa el enriquecimiento de una pérdida de la identidad es tan sólo una línea muy delgada. Y para prevenir que se erosione el patrimonio cultural, es necesario que la cohabitación entre los autóctonos (habitantes indígenas) y los alóctonos (los que han llegado de otra parte), se fundamente en el respeto de los principios que subyacen en el «contrato social» de Europa... y la cuestión estriba en

que este contrato, que no está escrito ni firmado, ¡debe ser respetado por «ambas» partes!

Pero ¿cómo se puede asegurar este respeto, cuando el reconocimiento de los derechos sociales y civiles de los «nuevos europeos» les es ofrecido de una manera tan mezquina y vacilante, y además a un ritmo lentísimo? Sirva como ejemplo: en la actualidad, los inmigrantes contribuyen en un 11 por ciento al producto nacional bruto (PNB) italiano, sin embargo no tienen derecho a votar en las elecciones de Italia. Por añadidura, nadie puede saber a ciencia cierta cuántos inmigrantes hay sin papeles o con documentos falsificados, que también contribuyen activamente en la producción nacional y, en consecuencia, en el bienestar de la nación. «¿Cómo es posible que la Unión Europea —se pregunta D'Alema de un modo que no tiene nada de retórico— permita una situación en la que se deniegan los derechos políticos, económicos y sociales a una parte sustancial de la población, sin que al mismo tiempo se socaven nuestros principios democráticos?». Y dado que los deberes de los ciudadanos forman parte de un acuerdo global que también incluye sus derechos como ciudadanos, entonces, de nuevo y como una cuestión de principios, ¿podemos de verdad esperar que los inmigrantes asuman, respeten, apoyen y defiendan «aquellos principios que subyacen en el contrato social europeo»? Nuestros políticos recaban apoyos electorales haciendo reproches a los inmigrantes, echándoles en cara su resistencia, sea genuina o putativa, a «integrarse» en los estándares autóctonos. Pero entre tanto ellos hacen todo lo que está en sus manos, y prometen hacer aún mucho más, para que estos estándares estén emplazados fuera del alcance de los alóctonos. Y de paso desacreditan o socavan los mismos estándares que aseguran estar protegiendo contra la invasión extranjera...

La gran pregunta, un dilema que seguramente determinará el futuro de Europa más que cualquier otro, es cuál de los dos «hechos en cuestión» que están en disputa acabará finalmente (aunque desde luego no va a tardar mucho) por imponerse: ¿el rol de los inmigrantes como salvavidas de una Europa que está envejeciendo a toda prisa, un rol que hasta la fecha muy pocos políticos —ninguno, de hecho— han osado defender, colgándolo a modo de blasón de su estandarte, o bien el poder en alza de los sentimientos xenófobos, inducidos y alentados, y que luego se reciclan, de modo entusiasta, hasta convertirse en votos electorales? Las declaraciones oficiales de los ministerios y las estadísticas de intención de voto apuntan una tendencia, en tanto que los hábitos cotidianos y los cambios «subterráneos», lentos pero imparable, que se dan en las situaciones vitales y la lógica de lo popular parecen apuntar en otra dirección.

Después de su deslumbrante victoria en las elecciones provinciales de Baden-Wurtemberg —una victoria que aplastó a los socialdemócratas y, por primera vez en la historia de la *Bundesrepublik*, emplazó a uno de sus representantes, Winfried Kretschmann, al frente del Gobierno provincial— los Verdes alemanes y, muy en especial, Daniel Cohn-Bendit, están empezando a ponderar la posibilidad de que la

Cancillería alemana de Berlín llegue a ser «verde» en un año tan próximo como es el 2013. ¿Quién será el que hará realidad esta historia en su nombre? Cohn-Bendit tiene pocas dudas al respecto: Cem Özdemir, su afilado y lúcido, dinámico, carismático, ampliamente admirado y reverenciado compañero de liderazgo, reelegido hace pocos meses por un 88 por ciento de los miembros votantes del partido. Özdemir tuvo pasaporte turco hasta los 18 años. Luego, cuando ya era un joven profundamente involucrado en las políticas alemana y europea, eligió la ciudadanía alemana. Y lo hizo porque los ciudadanos turcos estaban destinados a padecer un constante hostigamiento cada vez que intentaban entrar en el Reino Unido o cruzar la frontera hacia la vecina Francia. A la luz de todo esto, uno se pregunta: ¿quiénes, a día de hoy en Europa, son los mensajeros de avanzadilla en el futuro del continente europeo? ¿Aquellos dos pirómanos hiperactivos, o Daniel Cohn-Bendit? No soy un profeta. Creo que la historia la construyen las personas, y que no existe en tanto ellas no la hayan construido, así que no puedo responder a esta pregunta. Pero es un interrogante que requerirá una respuesta, tanto en palabras como en hechos, y al cual tendremos que contestar todos los que hoy día estamos vivos. Y serán las elecciones que hagamos las que darán esta respuesta.

Durante los más de cuarenta años que viví en Leeds observé, desde mi ventana, a los niños que regresaban a casa desde una escuela secundaria próxima a mi casa. Los niños raras veces caminan solos, prefieren andar en grupos de amigos, y esta es una costumbre que no ha cambiado. Sin embargo, lo que contemplo ahora desde mi ventana sí ha cambiado a lo largo de los años. Hace cuarenta años casi cada grupo de chicos tenía «un solo color». Hoy casi ninguno lo tiene.

JOSÉ SARAMAGO: MANERAS DE SER FELIZ

Riccardo Mazzeo: Leo lo que usted dice sobre la necesidad, para que el «contrato social» europeo sea verdaderamente efectivo, de que ambos, autóctonos y alóctonos, lo respeten. Y lo que después ha añadido en el siguiente párrafo, cuando subraya las maniobras de los políticos destinadas a sabotear la posibilidad de que los inmigrantes alcancen, de verdad, los estándares necesarios para ser «integrados». Y leyendo todo esto me vienen a la mente las palabras que José Saramago dijo a algunos amigos, pocos días antes de morir, hablando sobre la crisis económica. Lo que dijo es que todos nosotros, Gobiernos y ciudadanos, sabemos lo que se necesita para salir de la crisis, pero tener la voluntad de aplicarlo está lejos de ser fácil. Y no nos sentimos predispuestos a tomar esta decisión, porque para cambiar nuestra vida deberíamos cambiar nuestra manera de vivir, y esto es algo que normalmente pedimos que hagan los demás, pero desde luego no nosotros. Para Saramago, el ser humano es la prioridad absoluta, el otro que es igual a mí y que tiene el derecho de decir «yo».

En su último *Cuaderno*^[2], con fecha del 17 de julio de 2009, Saramago escribe que cada uno de nosotros, hombres o mujeres, tiene unas cuantas impurezas debidas a la emigración en su árbol genealógico, ya vengan del lado del padre o del padre del padre. Hubo muchos portugueses que murieron ahogados cuando trataban de atravesar el río Bidasoa para pasar de España a Francia, lugar que ellos imaginaban como un paraíso. Los que sobrevivieron se vieron obligados a someterse a trabajos serviles, a soportar humillaciones, a tener que aprender lenguas extrañas y a padecer el aislamiento social. Pero construyeron con orgullo un futuro para sus descendientes. Algunas de estas personas no han olvidado, ni han querido olvidar, al recuerdo de las malas épocas, y debemos sentir agradecimiento hacia quienes salvaguardaron con éxito el respeto que debían a su pasado. Pero muchos de ellos, por contraste, sienten vergüenza por haber sido ignorantes y pobres, y se comportan como si la adquisición de una vida decente fuera algo que para ellos sólo se inició ese hermoso día en el que por fin pudieron comprar su primer coche. La persona que ha sido explotada y lo ha olvidado, explotará a otras personas. La persona acostumbrada a ser despreciada y que pretende haberlo olvidado, ahora hará lo mismo con otros. Y aquí están ahora, todos juntos, arrojando piedras a la gente que está llegando a las orillas del Bidasoa. «En verdad os digo —concluye Saramago—, hay ciertas maneras de ser feliz que son simplemente odiosas».

Algunas veces se les ha acusado, tanto a usted como a Saramago, de ser pesimistas respecto al futuro del mundo (porque la gente, supongo, no comprende que ustedes ponen de manifiesto las condiciones previas que son necesarias para salvar el mundo). Sin embargo, creo que Saramago estaba escribiendo la Carta de los

Deberes Humanos cuando murió, y a mí me parece que formular un documento así implica traer a colación la palabra «confianza». Y hablando de usted, pienso en la última frase de su primera respuesta, una frase que es como un hermoso poema y que está repleta de esperanza.

Zygmunt Bauman: Me trae usted de vuelta aspectos sombríos y tristes de nuestras «maneras de estar en el mundo». Y, por desgracia, una vez más tiene usted razón: «La persona que ha sido explotada y lo ha olvidado, explotará a otras personas. La persona acostumbrada a ser despreciada y que pretende haberlo olvidado, ahora hará lo mismo con otros»... Aún no he encontrado, aunque sigo buscando, un caso de victimización que haya ennoblecido a sus víctimas en lugar de despojarlas de humanidad (Janina, partiendo de las crueles lecciones que sufrió en carne propia, llegó a la conclusión de que la más difícil de las hazañas es seguir siendo humano en condiciones inhumanas). La memoria de los propios sufrimientos, e incluso este fenómeno actual que supone el recordar de forma artificial y de segunda mano padecimientos no experimentados en primera persona, no hace que las personas sean más generosas, amables o receptivas al dolor de los otros. Al contrario, propicia que los descendientes de las víctimas se comporten de modo cruel con los descendientes de quienes perpetraron crueldades, y se utiliza como un certificado de prepago que justifica la propia insensibilidad, y que es un cheque en blanco sobre el que se va a escribir la propia inhumanidad. La violencia, la falta de humanidad, la humillación y la victimización desencadenan lo que Gregory Bateson llama «cadenas esquismogénicas», auténticos nudos gordianos y robustos que se resisten a ser desatados o cortados, por muy eficaz que sea la espada que uno empuña. Cuando Saramago hablaba se refería a Portugal, el país más cercano a su corazón, pero la creciente marea de xenofobia de Portugal no es una excepción, sino una regla. Una vez se convierten en importadores de trabajadores, casi todos los países que previamente habían exportado mano de obra (como Irlanda, Italia, Francia, Suecia, Noruega, Dinamarca u Holanda) manifiestan una tendencia similar. Somos espectadores, hasta el momento impotentes, de una oleada de sentimientos neotribales que se expande desde Copenhague hasta Roma, y desde París hasta Praga. Y estos sentimientos están magnificados y nutridos por los miedos, cada vez más profundos, y las señales de alerta que hablan del «enemigo en la puerta» y de «quintas columnas». El resultado de todo ello es el surgimiento de una mentalidad de «fortaleza asediada», que se manifiesta en la creciente y rápida popularidad de la que gozan las fronteras blindadas y las puertas firmemente atrancadas.

GREGORY BATESON Y SU TERCER NIVEL DE EDUCACIÓN

Riccardo Mazzeo: Le agradezco que mencione las «cadenas esquismogénéticas» de Bateson, admirablemente explicadas por usted en el libro publicado en el año 2008, *Mundo consumo*^[3]. Me produjo una gran impresión el libro de Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente*^[4], a partir del cual Richard Kopp basó otro libro, *Metaphor Therapy: Using Client-Generated Metaphors in Psychotherapy*^[5] texto que yo edité y traduje al italiano en 1998, y que me fue muy útil en mis actividades como consejero. El principio de la metáfora como una «estructura de conexión» se evidencia de modo vívido mediante las metáforas que usted utiliza en su trabajo. Y la influencia que ejerció la propia vida de Bateson en su teoría también me hace pensar en usted. La experiencia dramática que usted mismo vivió en 1968 le llevó a iniciar una segunda vida en Leeds. Y treinta años más tarde, cuando se encontraba en Praga para recibir su doctorado *honoris causa*, le indujo a aceptar el consejo que le dio Janina, en el sentido de no optar ni por el himno nacional británico, «pues en Inglaterra usted seguía siendo de alguna manera un extranjero», ni por el polaco, «porque Polonia le había despojado de su ciudadanía polaca», para optar en cambio por el himno oficial europeo *Alle Menschen werden Brüder* [*Oda a la alegría*]. Usted menciona este episodio de su vida a Benedetto Vecchi en *Identidad*^[6], y dedica el último capítulo de *Modernidad líquida*^[7] a su condición, ardua pero fructífera, de desarraigado y de persona obligada a aferrarse a un nuevo mundo. Tal y como dijo Sartre, no somos lo que los otros hacen de nosotros, sino que somos lo que hacemos con lo que los otros han hecho de nosotros.

Gregory Bateson tuvo un padre incómodo, William Bateson, que también fue el famoso padre de la genética. Su hermano mayor murió durante la Primera Guerra Mundial, siendo un niño pequeño, y esto es un accidente que algunas veces puede suceder. Pero su otro hermano, Martin, se quitó la vida el mismo día en que el hermano mayor hubiera cumplido años. Y de esta manera, las expectativas que el padre tenía de que uno de sus hijos le reencarnara en su papel de genio recayeron por entero en el único superviviente, Gregory, que por aquel entonces tenía 18 años.

Puede que la ambivalencia de Gregory Bateson a la hora de diferenciarse de su padre y la imposibilidad de abandonar el genuino interés que sentía por la biología fueran estímulos que le ayudaran en el hallazgo de su último descubrimiento, el «doble vínculo», un enfoque que cambió la psiquiatría. Y también fue su íntimo conflicto psíquico lo que le dio impulso para descubrir la esquismogénesis entre los iatmul, en Nueva Guinea. Él ya sabía que la esquismogénesis no era la única opción posible. De hecho, la investigación que había llevado a cabo en Bali, Indonesia, le reveló que este modelo allí no tenía vigencia, pero el proceso esquismogénético se

había desarrollado en el interior de su personalidad, surgió de pronto en sus relaciones íntimas (después de su matrimonio con Margaret Mead, aún se casó dos veces más) y siguió siendo el foco de su interés en los campos de la cultura y de la política. Todos estamos inmensamente agradecidos a Bateson por sus penetrantes estudios, pero he mencionado la relación dolorosa que tuvo con su padre para así poder dar pie e introducir a los protagonistas de nuestra conversación: los niños y lo que se presenta como una misión cada vez más difícil en estos tiempos líquidos: su educación.

Zygmunt Bauman: A mi juicio, Bateson fue, sin lugar a dudas, una de las mentes brillantes más creativas y más originales de la antropología del siglo pasado. Su concepto de las cadenas esquismogénicas abarcaba dos categorías diferentes: una simétrica, en la que las partes en conflicto asumen una posición tendiente a lograr la superioridad sobre la otra, al igual que sucede en la carrera de armamento, por ejemplo. Y una segunda categoría complementaria, cuando las actitudes en ambas partes del conflicto se oponen la una a la otra de tal manera que se refuerzan de modo recíproco; este sería el caso de arrogancia versus sometimiento: cuanto más se aferra una parte a su posición, más se intensifica y exagera la otra. Aunque este concepto fue el resultado de la experiencia del trabajo de campo en Nueva Guinea, arroja una inmensa luz sobre la dinámica de la conducta competitiva en toda clase de interacciones humanas. Y, desde luego, no está en absoluto limitado a las culturas primitivas o a las situaciones que se dan entre una persona y otra, o en el cara a cara.

Otra de las inestimables contribuciones de Bateson, y esta aún más estrechamente relacionada con nuestro tema, es la distinción que hace entre tres niveles de educación. El más primario sería la mera transferencia de información para ser memorizada. El segundo, el «deuteroaprendizaje», tendría por objetivo el dominio de un «marco cognitivo», en el que la información adquirida o hallada puede, en el futuro, ser abstraída e incorporada. Pero también existiría un tercer nivel, que consistiría en enseñar unas aptitudes que permitieran desmembrar y volver a organizar el marco cognitivo predominante, o bien desecharlo por completo sin sustituirlo por un elemento de reemplazo. Bateson pensaba que este tercer nivel era patológico; de hecho, lo veía como un fenómeno contraeducacional (ahora bien, esta era la época en la que Erik Erikson consideraba la fluidez de la identidad como una enfermedad psicológica...). Y, sin embargo, mientras el primero de los niveles enunciados por Bateson —el más bajo— ha caído en desuso desde entonces —ahora la memoria se transfiere del cerebro a los discos electrónicos, lápices USB y servidores—, en cambio lo que él trató más como si fuera un cáncer que un tejido sano, hoy se ha convertido en la norma en el proceso de enseñanza y aprendizaje (una reversión similar ha tenido lugar en lo que se refiere al estatus de las identidades...).

Creo que esta es una de las desviaciones más notables en el escenario de la educación, y también lo es potencialmente en sus metodologías. Y, desde luego, lo es

en el mismo significado del conocimiento y la manera en que este se produce, distribuye y adquiere, se asimila y utiliza. Estoy seguro de que volveremos a estos temas una y otra vez a lo largo de nuestra conversación.

DE LA CERRAZÓN MENTAL A LA «REVOLUCIÓN PERMANENTE»

Riccardo Mazzeo: En Italia es muy raro que un libro que trate sobre la educación alcance el número uno de la lista de éxitos de venta, y que, además, permanezca allí durante meses. Pero esto es lo que sucedió con la obra de Paola Mastrocola titulada *We'll Go Our Own Way: Essay on the Freedom Not to Continue Studying*. En el libro, la autora, una amena novelista y maestra de escuela secundaria, ataca a Don Milani (autor de la famosa *Carta a un maestro*, publicada en 1967) y a Gianni Rodari (que escribió *La gramática de la imaginación* en 1973). En Italia, Don Milani es célebre porque fue uno de los primeros en subrayar la importancia de la educación para todos aquellos niños que, debido a una posición social de desventaja, no poseían las herramientas necesarias para prosperar en las escuelas. Gianni Rodari, por otra parte, insistió en la importancia de la creatividad y en la de aprender mediante el juego. Además de atacar a estos dos autores, Mastrocola critica a nuestro lingüista más prominente y antiguo ministro de Educación, Tullio De Mauro, por anticipar una educación que valora «unos conocimientos prácticos, concretos y de inmediata aplicación». Respecto a cómo sería su estudiante ideal, masculino o femenino, Mastrocola lo describe como el único estudiante, entre otros veinticinco, que «repite todo lo que yo le he dicho» cuando se le dirige una pregunta. Pese a la habilidad de la autora para captar el descontento de maestros y padres —hartos de ver a sus hijos atrapados en Facebook y en toda suerte de modas a corto plazo, algo que es comprensible—, a mí me sorprendió mucho la buena recepción que tuvo el libro.

Mastrocola trata la educación escolar, una tarea en la que un millón de personas se ha comprometido a enseñar de la mejor manera posible, como si fuera un invernadero en el que la función de los estudiantes es sencillamente engullir un conjunto de nociones para poder luego regurgitarlas. Pienso que en el origen de su postura hay una doble simplificación. Por una parte, la autora, una maestra con el deseo frustrado de tener estudiantes que memoricen sus lecciones (y creo que tener que dar lecciones sobre Torquato Tasso, uno de nuestros escritores canonizados más aburridos, no facilita su tarea), ha terminado por creer que la única solución es eliminar a todos aquellos que no están a la altura de los estándares que ella fija. La segunda simplificación implica a sus lectores. Es obvio que estos se encuentran cansados de ver cómo sus propios esfuerzos de instrucción fracasan y, en consecuencia, también están ansiosos por adoptar medidas rápidas y contundentes.

Zygmunt Bauman: Han tenido que transcurrir más de dos milenios, desde aquellos tiempos en que los antiguos sabios griegos inventaron la noción de *paidea*, para que la idea de la «educación durante toda la vida» cambiara, pasando de ser un oxímoron (una contradicción en sus términos) a un pleonasma (algo parecido a

«mantequilla mantecosa» o «hierro metálico»). Esta notable transformación ha ocurrido en tiempos bastante recientes, en las últimas décadas, y es el resultado de los cambios, que se dan a un ritmo radicalmente acelerado, en el entorno social de quienes son los dos principales actores en la educación: los maestros y quienes aprenden.

En el momento en que un misil balístico empieza a moverse, su dirección y la distancia de su trayecto han sido ya decididos por la forma y la posición del cañón, y por la cantidad de pólvora que contiene su armazón. Se puede calcular el lugar donde va a caer sin margen de error o con un margen de error mínimo, y se puede elegir ese lugar cambiando de posición el cañón o bien variando su dosis de pólvora. Estas cualidades de los misiles balísticos hacían de ellos armas ideales para utilizar en las guerras de posición, cuando los objetivos que había que atacar permanecían inmóviles en sus trincheras o sus búnkeres, y los misiles eran los únicos cuerpos que se desplazaban.

Pero estas mismas cualidades hacen de ellos armas inútiles una vez que los objetivos, no visibles para el artillero, comienzan a moverse. Muy en particular, si estos objetivos se desplazan a más velocidad de la que los misiles son capaces de alcanzar. Y los misiles aún resultan más inútiles cuando los objetivos se mueven de forma errática, de un modo impredecible que desbarata los cálculos preliminares de la trayectoria requerida. Entonces se hace necesario un misil moderno e inteligente que pueda cambiar su curso en pleno vuelo dependiendo de las circunstancias cambiantes. Un misil capaz de detectar al instante los movimientos del objetivo, y de extraer de ellos toda la información que necesite saber sobre su dirección actualizada y su velocidad. Y además resulta imprescindible que, partiendo de esta información que ha recabado, el misil sepa extrapolar el lugar exacto en el que se encontrarán las dos trayectorias. Estos misiles inteligentes no pueden detenerse, y mucho menos dar por finalizada la tarea de reunir y procesar la información, mientras se encuentran viajando. Porque sus objetivos siguen desplazándose y cambiando de dirección y velocidad, de tal modo que el establecimiento del punto de encuentro necesita ser actualizado y corregido de modo constante.

Podemos decir que los misiles inteligentes adoptan una estrategia de «racionalidad instrumental», aún en su versión mutante y fluida, por expresarlo de alguna manera. O sea, desechan la asunción de que el destino final es definitivo, de que es fijo e inamovible para siempre, y de que lo único necesario es aplicar los medios de cálculo y manipulación. Los misiles más inteligentes ni siquiera se limitarán tan sólo a los objetivos preseleccionados, sino que elegirán sus objetivos sobre la marcha. Lo que los guiará será una estimación de qué es lo máximo que pueden conseguir dada su capacidad técnica, y de cuáles son los objetivos potenciales que tienen cerca y que están equipados para favorecer su ataque. En lo que respecta a esto último podríamos hablar de una «racionalidad instrumental» a la inversa: los objetivos son seleccionados mientras el misil se desplaza, y son los medios

disponibles los que deciden cuál será el objetivo finalmente seleccionado. En este caso, la «inteligencia» del misil lanzado y su efectividad se beneficiarán si sus características técnicas son de naturaleza más bien «generalizada» y «neutral», no enfocada hacia ninguna categoría específica de objetivos, y no excesivamente preparada para atacar un tipo particular de blancos.

Los misiles inteligentes, a diferencia de sus antiguas parientes cercanas, las balas, «aprenden sobre la marcha». De tal modo que, en primera instancia, hay que dotarlas con la «habilidad» de aprender, y de aprender rápido. Esto es obvio. Sin embargo, lo que ya no resulta tan claro, aunque sea tan crucial como la aptitud de saber asumir un aprendizaje rápido, es la capacidad de «olvidar» de forma instantánea lo que han aprendido con anterioridad. Los misiles inteligentes no serían inteligentes si no fueran capaces de «cambiar de opinión» o de revocar sus «decisiones» previas sin pensárselo un segundo y sin lamentarlo... No deben tener excesivo apego a la información que han recabado y bajo ningún concepto les está permitido adquirir la «costumbre» de actuar de acuerdo a lo que la información reunida sugiere. Toda la información que recaban envejece con gran rapidez, de tal modo que en vez de proporcionarles una guía fiable puede conducirlos a extraviarse, a menos que sean capaces de desestimarla enseguida. Lo que los «cerebros» de los misiles inteligentes nunca deben olvidar es que los conocimientos que adquieren son básicamente «desechables», buenos sólo hasta que llegue el siguiente aviso, y sólo útiles de modo temporal. Y que para asegurar el éxito de la misión están obligados a percibir ese instante en el que los conocimientos adquiridos dejan de ser útiles y, en consecuencia, deben ser desechados, olvidados y reemplazados.

Los filósofos de la educación de la sólida era moderna veían a los maestros como a unos lanzadores de misiles balísticos. Y los aleccionaban sobre las maneras de asegurar que sus productos siguieran el trayecto —un trayecto determinado por el momento del disparo inicial— que les estaba predestinado de modo estricto. Y esto no tiene nada de asombroso. En los primeros estadios de la era moderna los misiles balísticos fueron el máximo logro de la capacidad de inventiva técnica del hombre. Y fueron armas que sirvieron de forma impecable a cualquiera que deseara conquistar y controlar el mundo tal y como era entonces. Lo expresó muy bien, aunque de forma confidencial, Hilaire Belloc, cuando al hablar sobre los nativos de África dijo: «Pase lo que pase, nosotros tenemos el arma definitiva, y ellos no la tienen» (el «arma definitiva», recordemos, era una máquina que lanzaba una enorme cantidad de balas en un espacio muy corto de tiempo y que, por tanto, sólo resultaba efectiva si enfrente tenía un número igual de objetivos). Pero, de hecho, esta visión de la labor del maestro y del destino del alumno era mucho más vieja que la idea del «misil balístico» y también que la era moderna que lo inventó. Así lo atestigua un antiguo proverbio chino que se anticipó en dos mil años a la llegada de la modernidad, pero que la Comisión de la Unión Europea aún cita hoy, en el umbral del siglo XXI, para respaldar su programa de una «educación durante toda la vida»: «Si haces planes para

un año, planta maíz. Si haces planes para una década, planta árboles. Si haces planes para una vida, adiestra y educa a la gente». Esta antigua sabiduría tan sólo ha perdido su valor pragmático con la entrada en los líquidos tiempos modernos. Unos tiempos en los que las personas preocupadas por el aprendizaje, y por la promoción del aprendizaje conocida bajo el nombre de «educación», han tenido que desplazar su atención de los misiles balísticos a los misiles inteligentes.

El profesor John Kotter de la Harvard Business School, ha aconsejado a sus lectores evitar comprometerse en cualquier empleo de larga duración que tenga la posibilidad de convertirse en «permanente». Y tampoco resulta aconsejable cultivar lealtades institucionales, dejarse absorber de forma demasiado profunda o implicarse emocionalmente en cualquier empleo preciso que comporte una duración larga, por no hablar de un compromiso para toda la vida. Y eso porque ahora «los conceptos de la actividad empresarial, el diseño de los productos, la capacidad del competidor, los instrumentos del capital y *toda clase de conocimientos* tienen un alcance de vida creíble más corto^[8]».

Si la vida premoderna consistía en una práctica diaria de la infinita duración de todo excepto la vida mortal, la vida moderna líquida es un ensayo diario de la transitoriedad universal. Lo que los ciudadanos del mundo moderno líquido descubren pronto es que en ese mundo no hay nada destinado a perdurar, mucho menos para siempre. Objetos que hoy se nos recomiendan como útiles e indispensables tienden a convertirse en historia mucho antes de haber tenido tiempo de asentarse y convertirse en una necesidad o un hábito. Nada está aquí para siempre, nada parece ser irremplazable, esta es la creencia actual. Todo nace con el sello estampado de una muerte inminente, y emerge de la cadena de producción con una «fecha de caducidad» de uso, ya sea impresa o que se presume. No se inicia la construcción de nuevos edificios a menos que ya existan los permisos para demolerlos cuando llegue el momento en que deban ser desechados —momento que llegará con toda seguridad—, y los contratos no se firman a menos que quede bien fijado su tiempo de validez y que resulte fácil su anulación cuando se requiera. Pocos compromisos, de hecho casi ninguno, perduran lo suficiente como para alcanzar un punto de no retorno, y es accidental que las decisiones, todas ellas estimadas para ser vinculantes tan sólo en el «momento actual», permanezcan en vigor. Todo lo que brota o se hace, sea o no humano, es desechable y existe sólo hasta próximo aviso. Sobre los ciudadanos del mundo moderno líquido, y sobre todos sus trabajos y creaciones, hay un espectro que acecha: el espectro de lo superfluo. La modernidad líquida es una civilización de excesos, redundancia, desperdicio y eliminación de desechos. Riccardo Petrella lo formuló de modo sucinto y medular cuando dijo que las tendencias actuales globales conducen a las economías «hacia la producción de lo efímero y volátil —mediante la enorme reducción de la extensión de vida de los productos y los servicios—, y de lo precario (trabajos temporales, flexibles, y de tiempo parcial^[9])».

El gran sociólogo italiano Alberto Melucci acostumbraba a decir que «estamos infectados por la fragilidad de un presente que demanda cimientos firmes donde no existe ninguno». De este modo, «mientras contemplamos los cambios, nos encontramos constantemente desgarrados entre el deseo y el miedo, entre la anticipación y la incertidumbre^[10]». Incertidumbre significa *riesgo*. El riesgo es el compañero inseparable de toda acción, un siniestro espectro que acecha a los compulsivos ejecutivos protagonistas de la toma de decisiones, y también a quienes nos hemos convertido en «selectores» por necesidad, pues tal y como Melucci define con precisión, «la elección ha devenido un destino».

De hecho, decir que «ha devenido» no es enteramente correcto porque los humanos han sido «selectores» desde que han sido humanos. Pero se puede decir que en ninguna otra época se ha sentido de modo tan profundo la necesidad de elegir, ni la selección se había convertido en algo tan agudamente consciente, algo que se lleva a cabo en condiciones de incertidumbre dolorosas, pero incurables, y bajo la constante amenaza de «quedarnos en la cuneta» y ser excluidos del juego, con el camino de retorno bloqueado por el fracaso a la hora de cumplir con las nuevas demandas. Lo que diferencia la agonía actual que supone el elegir de las incomodidades que siempre han atormentado al *Homo eligens*, el «hombre que elige», es el descubrimiento o la sospecha de que no hay reglas preestablecidas ni objetivos universalmente aprobados hacia los que apuntar, y que, en consecuencia, pudieran absolver de las consecuencias adversas en sus selecciones a quienes las han elegido. Cualquier punto de referencia o directriz que hoy parece fiable y merecedora de atención, con toda seguridad mañana será desenmascarada y definida como engañosa o corrupta. Compañías que se suponían sólidas como rocas gigantes resultan ser ficciones salidas de la imaginación de los contables. Lo que hoy es «bueno para ti» mañana puede ser reclasificado como veneno. Compromisos que, en apariencia, son firmes, y acuerdos rubricados con solemnidad, pueden derrumbarse de la noche a la mañana. Casi todas las promesas parecen haber sido formuladas con la única finalidad de ser traicionadas y rotas. No parece haber una isla estable y segura contra estas mareas. Citando una vez más a Melucci: «Ya no poseemos un hogar, una y otra vez se nos demanda que lo construyamos y luego lo volvamos a construir, como los tres cerditos del cuento, o bien que lo transportemos con nosotros, cargado en la espalda, como los caracoles».

En un mundo como este, estamos entonces obligados a asumir la vida pedazo a pedazo, tal como llega, esperando y sabiendo que cada fragmento será diferente de los que hubo antes, y que apelará a conocimientos y capacidades diversas. Gregory Bateson, uno de los más penetrantes antropólogos de todos los tiempos, reputado por su habilidad a la hora de detectar tendencias culturales incipientes, embrionarias y apenas visibles, registró (hace más de medio siglo) la inminente «revolución educativa». Existen tres niveles en la educación y el aprendizaje, escribió. El nivel primario y más bajo es aquel que Paola Mastrocola desearía: unos alumnos que

repiten palabra por palabra lo que sus maestros les dicen. Un «aprendizaje maquinal», memorizar, construir fortificaciones contra cualquier información transgresora o simplemente fuera del lugar, y por lo tanto considerada como irrelevante. Podríamos decir que esta es la producción de los «misiles balísticos» típicos. En un segundo nivel más alto, Bateson emplaza la formación de marcos cognitivos y de predisposiciones que permitan al alumno orientarse en cualquier situación, aunque no esté familiarizado con ella, y que permitan también la absorción, asimilación e incorporación de nuevos conocimientos. Esto, diríamos, es la clase de aprendizaje y educación que persigue la producción de «misiles inteligentes» (hoy día es así como se denominan: «inteligentes»). Sin embargo, Bateson sugiere que existe un tercer nivel de aprendizaje, aún más elevado, que dominaría con maestría ese momento en el que los «informes anómalos» son demasiado numerosos como para ser rechazados como aberraciones y, por tanto, descartados. Ese momento en que se hace necesaria una revisión radical del marco cognitivo para darles cabida y «darles un sentido». Algo más tarde, Thomas Kuhn llamó a este momento «revolución científica» y apuntó a que todo progreso en el conocimiento está destinado a tropezar una y otra vez con esta clase de revoluciones. Yo diría que hoy todos estamos abocados a vivir en una condición de perpetua revolución. Nuestros conocimientos están en un estado de «revolución permanente». Hasta donde alcanzo a comprender, y bajo esas condiciones, el modelo de enseñanza que propone Mastrocola es una receta que incapacita a los jóvenes en vez de capacitarlos para la tarea que supone ingresar en el grupo de los adultos. El invariable propósito de la educación era, es, y siempre seguirá siendo, la preparación de estos jóvenes para la vida. Una vida de acuerdo con la realidad en la que están destinados a entrar. Para estar preparados, necesitan instrucción, «conocimientos prácticos, concretos y de inmediata aplicación», para usar la expresión de Tullio De Mauro. Y para ser «práctica», una enseñanza de calidad necesita propiciar y propagar la apertura de la mente, y no su cerrazón.

ROBLES Y BELLOTAS ABSURDAMENTE DIMINUTAS

Riccardo Mazzeo: Tal y como usted afirmó en el Festival de Economía de Trento, el mundo está dislocado y los padres compensan la falta de cuidado y atención hacia sus hijos comprándoles productos de alta calidad. Ellos mismos han abandonado esos tiempos destinados a las reflexiones hechas en solitario, para, en cambio, favorecer la multifuncionalidad de Internet. Y han olvidado el arte de vivir del que usted hablaba en el libro que escribió y que lleva el mismo título^[11]. Estos padres no comprenden que una relación amorosa requiere tiempo, cuidado y flexibilidad, y por ello prefieren romper sus matrimonios antes que cuidarlos como uno cuida de una planta, regándola con un poco de agua cada día. Y si estos mismos adultos se basan exclusivamente en la razón instrumental y han perdido la capacidad de pensar de modo crítico, ¿cómo podemos entonces esperar que los niños y los estudiantes sean capaces de hacerlo, cuando respiran un aire moralmente polucionado y ven estos ejemplos a su alrededor?

Zygmunt Bauman: Vaclav Havel, que como usted sabe no era ajeno a un entorno de presiones y coacciones en apariencia abrumadoras e indomeñables, y que pasó su vida alternando las prisiones amuralladas con otras prisiones sin muros, extrajo la siguiente lección de su experiencia: si se quiere cambiar el mundo, primero se necesita saber qué música está dispuesta a entonar la gente (siendo, como era, él mismo un poeta, Havel tenía tendencia a extraer sus metáforas del mundo de las artes). Pero, añadió de inmediato, no hay modo de saber qué clase de música deseará entonar la gente el año que viene...

El *Homo sapiens* se distingue del resto de animales de la creación porque está subdefinido y subdeterminado y, en consecuencia, se halla condenado a la trascendencia, al desafío de su *statu quo*, a alcanzar un «más allá» y un «por encima de». Nuestros distantes antepasados, escritores de la Biblia, ya eran conscientes de esta condición difícil cuando establecieron los mandatos «Ganarás el sustento con el sudor de tu frente» y «Parirás con dolor». Estos mandatos fueron las «únicas» instrucciones obligatorias que Dios dio a Adán y Eva, respectivamente, cuando los lanzó al mundo que iban a habitar...

El modo de vida que cada uno de nosotros practica es resultado de la combinación del destino (algo sobre lo que nosotros podemos hacer muy poco, incluso aunque sea, al menos en parte, producto de la suma resultante de las elecciones humanas hechas en el pasado) y del carácter (algo sobre lo que sí podemos influir, dado que lo podemos reformar y recomponer). El destino establece un conjunto de opciones factibles, pero es el carácter el que escoge entre ellas, seleccionando una y descartando las otras. No existe ninguna situación en la que no

esté contenida más de una opción (esta regla, verdadera y universal, es incluso aplicable a los moradores de los campos de concentración, esa encarnación de la discapacidad definitiva), y de esta manera no existe una «situación que no conlleve una elección». Ninguna situación en la que no se pueda hacer algo en lugar de lo que se está haciendo. Y no hay elección, ni decisión ni acción que no tenga, a su vez, una alternativa.

Lo que durante todos estos años me ha mantenido en movimiento, siempre buscando, pensando y escribiendo, es la convicción de que, para hacer un uso apropiado de la libertad de elección (por reducida que esta sea) necesitamos, precisamente, ser conscientes del rango de opciones que nos ofrece el destino (ese momento histórico que nosotros no hemos elegido, pero en el que nos vemos forzados a actuar). Y del conjunto de acciones alternativas (o, mejor dicho, de modos de actuar) entre las cuales podemos escoger. Cuando me dedico a describir las sucesivas condiciones a las que nos ha abocado el «destino», he intentado (y aún sigo intentando) descubrir y desentrañar qué oportunidades y qué amenazas contienen, en potencia, las distintas condiciones específicas. A causa de mi, extrañamente, prolongada vida, he tenido la ocasión de realizar esta operación en bastantes situaciones que eran, con toda claridad, diferentes. Y nunca he encontrado un modo de vida que careciera de estos dos rasgos: oportunidades y amenazas. Llevo diez años luchando por evaluar lo que es el actual modo de vida —la «modernidad líquida», una sociedad de consumidores individualizada y sin regulaciones, formada en un escenario crecientemente globalizado— y puedo decir que no es una excepción a lo apuntado anteriormente.

En consecuencia, aunque hay muchos motivos para la preocupación, no hay ninguno para la desesperación. A la pregunta que usted me formuló, sobre si en la situación presente —cuando lo que prevalece son las modas pasajeras, en apariencia abrumadoras, y las flaquezas y la vulnerabilidad— podemos confiar y esperar que nuestros hijos y estudiantes se comporten de manera distinta a la adoptada por la mayoría, mi respuesta es «sí». Si es verdad (y lo es) que cada conjunto de circunstancias contiene también algunas oportunidades junto con sus peligros, también es verdad que cada una de estas circunstancias está tan preñada de rebelión como lo está de conformismo. No olvidemos nunca que cada mayoría comenzó por ser una minúscula minoría, invisible e imperceptible. E incluso los robles centenarios han crecido partiendo de unas bellotas absurdamente diminutas...

EN BUSCA DE UNA GENUINA «REVOLUCIÓN CULTURAL»

Riccardo Mazzeo: Hoy, 17 de julio de 2011, leo que dos de los líderes carismáticos que usted ha mencionado en sus respuestas, Cem Özdemir y Vaclav Havel, han coincidido en su rechazo a la hora de permitir que el premio Quadriga se otorgara a Vladimir Putin por ser «un ejemplo de modelo de persona que trabaja para el bien común»: la asociación Werkstatt Deutschland ha tenido que echarse para atrás. No tiene nada de sorprendente: ellos son héroes y Putin pudiera haber sido celebrado de esta manera tan sólo en el 1984 de George Orwell. Pero este hecho nos sirve como una confirmación de lo que usted dijo hace poco: «No existe una situación que no conlleve una elección». Ambos, Özdemir y Havel, se rebelaron de inmediato contra una injusticia. La asociación de estas ideas me trae a la memoria a Nazim Hikmet, que era turco, al igual que Özdemir, y que fue poeta, revolucionario y (durante muchos años) un prisionero al igual que Havel. Yo elegí un poema de Hikmet para anunciar mi matrimonio, un poema que apelaba a tomarse en serio la vida, hasta el punto de que «cuando tengas 80 años plantarás un olivo». Que aún se nos permita conservar la esperanza es una imagen contenida de forma intrínseca en su anterior conclusión. Y podemos conservar la esperanza porque «incluso los robles centenarios han crecido de unas bellotas absurdamente diminutas». ¿Cómo, entonces, podrían esfumarse la perseverancia, la capacidad para planificar los deseos a largo plazo y todas esas cualidades que capacitan a los seres humanos para construir una vida mejor?

Uno de sus discípulos, Mauro Magatti, ha escrito un libro prominente, *Libertà immaginaria* [*Libertad imaginaria*], que lleva por subtítulo *Las ilusiones del capitalismo tecnonihilista*. En él, el autor ilustra el daño causado por el deconstructivismo filosófico:

El desplazamiento de aquella visión que concebía la naturaleza como orden a otra visión en la que prevalece la idea de un proceso infinito de construcción y reconstrucción, es el primer paso a partir del cual destruir todos los ladrillos con los que se ha construido el pensamiento moderno^[12].

Aquí es donde interviene el tercer nivel de Bateson: sólo las personas capaces de saltar de una oportunidad a otra, capaces de actuar en condiciones de incertidumbre, capaces de olvidar nociones que un día fueron importantes, pero que ahora son irrelevantes, sólo estas personas sobreviven y alcanzan el éxito (hasta nueva orden).

Magatti describe el nuevo escenario:

Y no existen el centro y la periferia, lo alto y lo bajo, lo correcto y lo incorrecto. El capitalismo tecnonihilista tiende a incorporarlo todo, incluyendo lo que se produce en sus propias periferias, e incluso lo que se le opone. Ya no existe la contracultura porque «todo es producción cultural». Hoy día la contracultura constituye una forma de novedad que enriquece la variedad y como tal se incorpora dentro

Y si el nuevo sistema que está en vigor engulle, digiere y capitaliza cada una de las intervenciones de la resistencia, a partir de hoy mismo, ¿qué podemos hacer entonces?

Zygmunt Bauman: Usted ha puesto el dedo en la llaga apuntando a lo que quizás es el obstáculo crucial para que la constancia y la coherencia sean efectivas en nuestra sociedad de consumidores mediatizada y guiada por el mercado. Es la omnívora capacidad de los mercados de consumo, su misteriosa habilidad para sacar provecho de todos y cada uno de los problemas humanos, ya sean la ansiedad, la aprehensión, el dolor o el sufrimiento. Su habilidad para convertir cada protesta y cada impacto en una fuerza compensatoria que trabaja en pro de su propio beneficio y su ventaja. Por otra parte, dado que los mercados poseen el control absoluto de los canales de representación, publicidad y comunicación, a las fuerzas críticas y de la oposición no les queda otro remedio que actuar de acuerdo a las reglas del mercado. Y así, aun cuando sea de modo indirecto pero no menos potente, respaldan y refuerzan el gobierno de los mercados.

En su análisis recientemente publicado, *Redefining Prosperity*, el profesor Tim Jackson adjudica tan sólo una culpa indirecta a la codicia y al afán de lucro, y señala como mayor responsable del crimen a «nuestra cultura fundada en un insaciable apetito por la novedad, que es el aspecto simbólico de los objetos». A causa de este apetito, que ya está muy profundamente arraigado y para el cual hemos sido adiestrados en forma agresiva, nos hallamos en una situación en la que, de modo constante, se nos incentiva y predispone a actuar de manera egocéntrica y materialista. Porque esta clase de comportamiento resulta indispensable para conservar la buena marcha de nuestro tipo de economía, la economía consumista. Se nos aguijonea, se nos fuerza o se nos embauca con zalamerías para que compremos y gastemos. Para que gastemos lo que tenemos y para que gastemos lo que no tenemos, pero que esperamos ganar en el futuro. Y a menos que esto sufra un cambio radical, las oportunidades de una disidencia efectiva y de una liberación de la dictadura del mercado son mínimas. Los obstáculos que tenemos en frente son abrumadores.

Nada, excepto alguna clase de genuina «revolución cultural», servirá a tal efecto. Y por muy limitado que parezca el poder del sistema educativo actual —que se halla él mismo sujeto, cada vez más, al juego del consumismo—, tiene aún suficiente poder de transformación para que se pueda contar entre los factores prometedores para esta revolución.

LA DEPRAVACIÓN ES LA ESTRATEGIA MÁS INTELIGENTE PARA EL DESPOSEIMIENTO

Riccardo Mazzeo: Quizás una de las razones por las que urge esta «revolución cultural» que usted desea y cree posible sea, al menos en Italia, la llamada «hegemonía subcultural» (del libro de Massimiliano Panarari que lleva el mismo título^[14]). La denominación alude al uso deliberado de los métodos que Antonio Gramsci describió como los que permiten la hegemonía de las personas mediante el acceso a la cultura, sólo que ahora son utilizados en sentido inverso: métodos análogos para que las personas se resistan a tener tratos con la cultura y el pensamiento crítico. Y esta reluctancia se consigue gracias a una extensiva exposición a los interminables entretenimientos televisivos en los que cada vez hay más y más chicas vestidas con escotes vertiginosos, historietas graciosas subidas de tono, la deprimente tendencia (hábilmente cultivada e inducida) a lo que usted ha llamado el «estriptis emocional». Y con la ayuda triunfante de los medios, repletos de chismes (los canales de televisión y los tabloides pertenecen a nuestro presidente, y el cerebro de estas estrategias es Alfonso Signorini, director de dos de estos tabloides que son *best sellers*, y un intelectual «verdadero», aunque vendido). Una segunda razón que invita a la urgencia de esta revolución cultural es el descorazonador menosprecio hacia la escuela. En las sociedades opulentas el trabajo del maestro se desvaloriza con frecuencia, porque en los países más ricos esta inversión, que es a largo plazo, en los propios hijos, requeriría una participación activa que los padres, demasiado ocupados y demasiado atrapados en la trampa del consumo, no están dispuestos a hacer.

Y en cambio, la escuela es el lugar desde el que deberíamos empezar de nuevo. Una contribución a esta revalorización ha llegado en los últimos tiempos de la mano de un libro, *Giorni di scuola*, editado por Tullio De Mauro y Dario Ianes^[15]. De Mauro cita el Eclesiastés para describir a los maestros:

*Permítasenos ahora ensalzar a los hombres famosos,
hombres que se exhiben poco.
Por su labor prolongada
y porque esta labor
que no cesa de extenderse y profundizarse
será más grande que sus conocimientos.*

Ianes, por su parte, dice:

A estas horas de la noche, aquellos que aún creen en ello, o bien están escribiendo una lección para sus alumnos o bien están navegando por Internet en busca de noticias con las que poner al día su clase. Aquellos que aún creen en ello siguen con su trabajo incluso en el baño, como hacen otros muchos profesionales, desde luego, pero su trabajo tiene un rostro, un nombre.

Veinte maestros (representantes que abarcan desde la guardería hasta la secundaria, incluyendo a dos directores de escuela) ofrecen sus testimonios y hablan un poco de «los recursos que encuentran dentro de ellos mismos, esos recursos que desarrollan con paciencia día tras día, en vez de sentarse a esperar que aparezcan por arte de magia, o limitarse a proferir quejas y maldecir».

He conocido personalmente a muchos maestros y en ellos he percibido un interés genuino, incluso una pasión por su trabajo. Así que lo primero que deberíamos hacer es respetarlos, pero es obvio que con esto no basta. En Italia nos encontramos con que tenemos casi un cien por cien de éxito escolar hasta el final de la educación secundaria; en ese punto, las cifras de éxito descienden dramáticamente y más de un 30 por ciento de los alumnos abandona la escuela antes de obtener el diploma final de bachillerato. Algunos de estos fugitivos se van de la escuela pública para asistir a escuelas privadas de calidad dudosa, pero cada año hay 120 000 jóvenes que pasan a engrosar las listas de los *neets* (que no están ni educándose, ni trabajando, ni realizando ningún aprendizaje). En Italia los *neets* de edades comprendidas entre los 15 y los 19 años son ahora más de dos millones. Así que resulta muy evidente que sucede algo muy penoso durante esta transición. ¿Qué opina usted al respecto?

Zygmunt Bauman: La depravación es la estrategia más inteligente para el desposeimiento. Desviar la atención (mediante la tentación y la seducción) de lo que es la tarea de adquirir un adiestramiento y, en consecuencia, también de lo que es «relevante en la vida», para sustituir todo ello por la búsqueda de las impresiones sensuales, que usted señala y expone de forma tan experta al describir la dieta a que nos somete la televisión, es la técnica de la depravación que fabrica estas legiones de *neets* de los que usted se lamenta. Desde luego, es una técnica insidiosa, una técnica que convierte en placentera la constante privación, y que genera una servidumbre que es percibida y sentida como libertad de expresión...

Y una observación más: con toda probabilidad, las personas como Alfonso Signorini nos señalarían que tenemos el deber de obrar con cautela a la hora de culpar al mensajero por el contenido y las consecuencias del mensaje. La televisión o la prensa amarilla no nos moldean cambiando lo que son nuestras formas, más bien hacen un trabajo en la superficie, revelando y exhibiendo lo que está «dentro» de nosotros, algo que ya ha sido previamente procesado por el modo de vida al que hemos sido abocados, y no por elección propia. El modo de vida en el que han nacido los jóvenes de hoy, hasta el punto que no conocen otro, es una sociedad de consumidores y de la cultura del «aquí y ahora», inquieta y en perpetuo cambio. Una sociedad que promueve el culto de la novedad y las oportunidades azarosas. En

semejante sociedad y semejante cultura, nos aparece como brillante la excesiva cantidad que hay de todo, tanto objetos de deseo como objetos de conocimiento, al igual que la velocidad aturdidora con que llegan los nuevos objetos y desaparecen los viejos. El eco que existe entre los programas de televisión (un torbellino de escotes vertiginosos y estriptis emocionales) y la manera en que nuestro modo de vida nos ha adiestrado y ejercitado para sentir y desear se miden por los *ratings* de la televisión. Después de todo, ver la televisión no es obligatorio y apagarla no es un hecho punible. Al menos en lo que a esta decisión se refiere aún tenemos libertad de elección. Apagar la televisión y encenderla son ambas decisiones del mismo nivel. O al menos eso parece...

«Hay demasiada información a nuestro alrededor —observa Thomas Hylland Eriksen en su *Tyranny of the Moment* [*La tiranía del momento*]—. Uno de los talentos cruciales en la sociedad de la información consiste en protegerse uno mismo contra el 99,99 por ciento de la información que se ofrece y que uno no desea^[16]». Podemos decir que la línea que separa un mensaje importante, ostensible objeto de la comunicación, de su conocido adversario y obstáculo, nombrado ruido de fondo, ha desaparecido por completo. Hay una competición salvaje por llenar cualquier tiempo del consumidor que se encuentre aún sin sembrar, por la más minúscula brecha de tiempo entre momentos de consumismo que aún pueda ser rellenada con más información. Los proveedores esperan que, en el curso de sus búsquedas desesperadas a la caza de fragmentos de informaciones necesarias, algunos de quienes se encuentran en el otro extremo del canal de la comunicación se topen por casualidad con fragmentos de informaciones que aún no necesitan, pero que los proveedores están deseosos de hacerles asumir. Entonces quizá se sientan lo suficientemente impresionados como para detener su búsqueda o hacer una pausa destinada a asimilar la nueva información que se les ofrece en vez de la que ellos querían en realidad. Recabar fragmentos de ruido y convertirlos en un mensaje significativo es, en general, un proceso azaroso. El fenómeno *hype*, ese producto de la industria de las relaciones públicas destinado a separar «los objetos deseables de atención» (objetos como una página entera de publicidad anunciando la salida de una nueva película, o la publicación de un nuevo libro, o la emisión de un programa televisivo que ha sido patrocinado fuertemente por los anunciantes, o la apertura de una nueva exposición) de los ruidos no productivos (léase: a los cuales no se les puede sacar provecho), sirve momentáneamente para distraer, canalizar y condensar en una sola dirección las búsquedas continuas y desesperadas, aun cuando estén diseminadas, de los «filtros». Y para que durante unos cuantos minutos o unos cuantos días la atención se concentre sobre un objeto de consumo y de deseo seleccionado.

Citando de nuevo a Eriksen: «En lugar de reordenar el conocimiento en estanterías pulcras, la sociedad de la información ofrece cascadas de signos descontextualizados que están conectados los unos con los otros de un modo más o

menos azaroso». Dicho de otra manera: cuando una cantidad cada vez más grande de información se distribuye a una velocidad cada vez más alta, la creación de secuencias narrativas, ordenadas y progresivas, se hace paulatinamente más dificultosa. La fragmentación amenaza con devenir hegemónica. Y esto tiene consecuencias en el modo en que nos relacionamos con el conocimiento, con el trabajo y con el estilo de vida en un sentido amplio.

La memorable sentencia de Robert Louis Stevenson: «Viajar con ilusión es mejor que llegar», nunca ha sonado tan verdadera como ahora, en este líquido y fluido mundo moderno. Cuando los destinos cambian y aquellos que no lo hacen pierden sus encantos a más velocidad de la que la gente utiliza al caminar, los coches al correr o los aviones al volar, seguir en movimiento importa más que el destino. Evitar convertir en hábito de cualquier cosa que se haga en cualquier momento o evitar atarse al legado del propio pasado, llevar la identidad actual como una camiseta que puede ser rápidamente reemplazada en el momento en que pasa de moda, despreciar las lecciones del pasado y desdeñar las aptitudes propias de otros tiempos y hacerlo sin ninguna inhibición o pena: todo ello se está convirtiendo en característica distintiva de las actuales políticas líquidas de la vida moderna, y en los atributos de la racionalidad líquida moderna. La cultura líquida moderna ya no siente que es una cultura de aprendizaje y acumulación, como las culturas registradas en los informes de «historiadores» y «etnógrafos». A cambio, se nos aparece como «una cultura del desapego, de la discontinuidad y del olvido».

En lo que George Steiner llamó la «cultura de casino», cada producto cultural está calculado para que alcance un máximo impacto (es decir, para que haga añicos, expulse y mande al rincón de los desechos los productos culturales del día anterior) y luego tenga una caída en desuso inmediata (es decir, para acortar la distancia que hay entre la novedad y el cubo de la basura: son productos culturales que recelan de poder resistir más tiempo del que dure su propia bienvenida y que abandonan con rapidez el escenario para ceder su plaza a los nuevos productos de mañana). Artistas que una vez identificaban el valor de su trabajo con su duración eterna, y por lo tanto luchaban por alcanzar una perfección que imposibilitara cualquier cambio posterior en su obra, ahora organizan instalaciones destinadas a ser desmontadas una vez se acaba la exposición, o bien organizan eventos que terminarán en el preciso momento en que los actores miren hacia otra parte. Empaquetan puentes hasta que se reanuda su tráfico, o bien envuelven edificios sin terminar hasta que se reanuda el trabajo de construcción. Erigen o excavan «esculturas espaciales» que invitan a la naturaleza a largarse dando un portazo, y que suministran otra prueba, si es que se hace necesaria otra prueba, de la risible brevedad de todas las acciones humanas y de la escasa profundidad de sus vestigios. Los competidores de los concursos televisivos son los únicos de los que se espera, y a los que se anima, a recordar lo que ayer era el tema del día, aunque no se espera de nadie, y mucho menos se le permite, que hable de lo que hoy es el tema del día.

El mercado de consumo está adaptado a la líquida «cultura de casino» moderna, que a su vez está adaptada a las presiones y seducciones del mercado. Los dos sintonizan bien juntos y se alimentan el uno de la otra. Para no desperdiciar el tiempo de sus clientes o adelantarse a sus alegrías futuras, que aún no se pueden prever, los mercados de consumo ofrecen productos destinados a su consumición inmediata. Es preferible que sean productos de consumo único, que se puedan desechar y reemplazar con rapidez, de tal manera que el espacio en que uno vive no vaya a convertirse en un confuso basurero una vez los codiciados objetos que hoy son objeto de admiración dejen de estar de moda. Los clientes, confundidos por la aturdidora variedad de ofertas y el vertiginoso ritmo con el que cambian, ya no pueden confiar en su capacidad para aprender y memorizar. De esta manera están obligados (y, por fortuna, lo hacen) a aceptar los tranquilizadores enunciados que hablan del producto en oferta del momento, como «*el producto*», «*lo último*», «*lo que uno debe tener*» y «*con lo que uno debe ser visto (con ello o en ello)*». La centenaria ficción de Lewis Carroll hoy se ha convertido en realidad: «Aquí, como ves, necesitas correr con todas tus fuerzas para permanecer en el mismo sitio. Si quieres ir a otra parte, tienes que correr lo menos el doble de deprisa». Y en esta tesitura, ¿qué hacemos con los alumnos y sus maestros?

Cuando yo era joven se me advertía: «Lo que se aprende rápido, se olvida rápido», pero estas eran palabras que surgían de una sabiduría diferente, una sabiduría de una época que tenía en la más alta estima lo perdurable. Una época en que para demostrar su pertenencia a un elevado escalafón social, las personas de clase alta se rodeaban de objetos perdurables, y dejaban aquello que era transitorio para quienes estaban en escalones más bajos en la escala social. Era un tiempo en el que la capacidad para conservar, guardar, cuidar y preservar se valoraba mucho más que la (penosa, vergonzosa y lamentable) capacidad para desechar.

Esta no es la clase de sabiduría que muchos de nosotros aprobaríamos hoy. Lo que un día fue meritorio hoy se ha convertido en algo defectuoso. En la cumbre jerárquica de aptitudes útiles y deseables, el arte de navegar sobre las olas ha sustituido al arte de sondear en las profundidades. Si olvidar velozmente es la consecuencia de un aprendizaje rápido y marginal, entonces ¡larga vida al aprendizaje rápido (corto, momentáneo, superficial)! Después de todo, si lo que necesitamos articular son observaciones de los sucesos que tendrán lugar mañana, la memoria de los sucesos que tuvieron lugar anteayer nos sería de muy poca ayuda. Y dado que la capacidad de la memoria, al contrario que la capacidad de los servidores, no puede ser ampliada, una buena memoria —es decir, una memoria que tuviera largo alcance— podría incluso restringir nuestra capacidad de procesar, absorber y acelerar la asimilación.

Recordemos que todas, o casi todas, las historias de los héroes contemporáneos que se han hecho ricos de la noche a la mañana son historias de tipos que han hecho fortunas de millones de dólares partiendo de una única idea feliz y de la buena suerte.

Las encarnaciones actuales, esas que dan la idea de una vida exitosa —desde Steve Jobs, el fundador de Apple, hasta David Karp, el fundador de Tumblr, pasando por Jack Dorsey, el inventor de Twitter—, han pasado todas ellas, sin excepción, por la experiencia del abandono escolar (Karp batió el récord, al no estar ni un solo día en la escuela después de haber abandonado la secundaria ya en el primer año). Damien Hirst, ídolo del BritArt, la variedad más lucrativa de lo que se hace hoy en día en el arte inglés, es otra encarnación del éxito instantáneo en la vida, un éxito que conduce a una fortuna fabulosa. Pues bien, Hirst confiesa sentirse sorprendido ante lo mucho que uno puede conseguir con tan sólo unas notas mediocres en la escuela de arte, un poco de suerte y una motosierra...

¿Habremos llegado ya a cerrar el círculo completo «de la pobreza a la riqueza»? Del chico lustrador de zapatos que se convierte en millonario gracias a un golpe de suerte mezclado con una considerable dosis de sentido común, hemos pasado a una versión «nueva y mejor» del mismo mito, aunque ahora el lustrador de zapatos ha sido reemplazado por el hacedor de mensajes. En algún lugar de este viaje circular se ha perdido la promesa de mejorar las oportunidades gracias a una educación universal y enriquecedora que dure lo que dura la vida...

AÑOS PARA CONSTRUIR, MINUTOS PARA DESTRUIR

Riccardo Mazzeo: Entre aquellas imágenes que me han impresionado y que he decidido conservar, hay una fotografía de una clase al aire libre tomada en la ciudad de Fad, en el Chad. En ella, cada uno de los cincuenta o más niños de la escuela primaria muestra con orgullo una pequeña pizarra que sostiene encima de su cabeza. Los niños están vestidos con pobreza, y el país se encuentra en una situación difícil a causa de la guerra, de los recursos escasos y del desafío que supone tener doscientos grupos étnicos diferentes. Pero aun así hay algo «alegre y glorioso» en esta imagen, pues como el novelista italiano Antonio Scurati señaló: «Al levantar los niños sus pizarras parece como si estuvieran enarbolando la bandera de la escolarización universal, creando una catedral del conocimiento que culmina en pináculos de pizarra. Es el sueño de un edificio escolar lo suficientemente grande como para contener a toda la humanidad».

En 1951, Italia era un país subdesarrollado y la escolarización duraba sólo una media de tres años. Ahora es un país «desarrollado», con una media de escolarización de once años, pero este logro se ha debido también a las prósperas condiciones de los años sesenta y de las décadas siguientes. Aunque ahora, en años recientes, el espectro de la pobreza acecha, cada vez más, el día a día de las familias.

En la entrevista que le hizo usted a Randeep Ramesh en el año 2010 habla de Ed Miliband y dice que su visión de la comunidad le pareció muy interesante: su sensibilidad respecto a los problemas de los pobres, la conciencia que tenía de que la calidad de la sociedad y la cohesión de la comunidad no pueden ser evaluadas en términos estadísticos, sino que deben ser medidas basándose en el bienestar de los segmentos más débiles de la población. Los gobiernos europeos están recortando el Estado del bienestar, en Gran Bretaña, en Italia, casi en todas partes. Usted fue quizás el único que en el año 1999 propuso garantizar el «ingreso del ciudadano». En esencia, se trataba de tener suficiente dinero como para poder vivir una vida libre, para «ahuyentar el mal olor de la mosca de la inseguridad y sustituirlo por el bálsamo fragante de la libertad». Diez años más tarde, Ed Miliband ha respaldado su propuesta, y la gente joven es cada vez más consciente de que los políticos están atacando de forma terrible su futuro, poniendo importantes obstáculos en su camino y gravándoles con impuestos cada vez más pesados...

Zygmunt Bauman: Bastan unos pocos minutos y un par de firmas para destruir lo que se construyó con el trabajo de miles de cerebros, el doble de manos y montones de años. Quizás este ha sido siempre el atractivo más grandioso y siniestro, pero al mismo tiempo imposible de domeñar, de la destrucción. Aunque esta tentación nunca ha sido más irresistible que ahora, cuando llevamos unas vidas

vertiginosas en nuestro mundo obsesionado por la velocidad. En nuestra sociedad líquida moderna de consumidores, la industria del desahucio, de la sustracción y de la eliminación de desechos es uno de los pocos negocios que tienen asegurado un crecimiento constante, y que es inmune a los caprichos del mercado de consumo. Después de todo, es un negocio absolutamente indispensable para que los mercados puedan comportarse de la única forma en la que son capaces de actuar: asaltando el mayor número de objetivos y luego brincando hasta el siguiente, y apartando en cada asalto los desechos resultantes junto con los instrumentos a los que se culpa de haberlos producido.

Obviamente, esta es una manera de proceder en extremo despilfarradora. Y, sin duda, el exceso y el despilfarro son los principales flagelos endémicos de la economía consumista. Unos flagelos que conllevan una enorme cantidad de daños colaterales y unas aún más enormes secuelas de víctimas colaterales. El exceso y el material de desecho son los compañeros de viaje más leales, desde luego inseparables, de la economía consumista. Y ambos están destinados a permanecer juntos hasta que la muerte (compartida) los separe. Estos ciclos de exceso y de desechos tienen su calendario, y normalmente se diseminan en el amplio espectro de la economía consumista siguiendo sus propios ritmos, que no son sincrónicos. Pero puede suceder que un día se sincronicen y coordinen, se unan y solapen, y en ese caso resulta insostenible e imposible remendar sus fisuras y grietas mediante un procedimiento de rutina cuyo equivalente económico en cosmética sería llevar a cabo un *lifting* o bien un trasplante de piel. Y es bien sabido que cuando los cosméticos no son suficientes, es necesario acudir a la cirugía masiva y ponerla en práctica, aunque sea con renuencia. Ha llegado entonces el momento de la «racionalización de gastos», de la «remodelación» o de los «reajustes» (apelaciones codificadas que propician los políticos y que sirven para hablar de una desaceleración en las actividades de los consumidores) y de la «austeridad» (otro término codificado, favorito para hablar de los recortes de los gastos del Estado). Y todo esto tiene como meta una «recuperación liderada por los consumidores» (otra denominación codificada que significa echar mano del dinero de reserva de los cofres del Tesoro y usarlo para recapitalizar a los agentes que van a insuflar energía al consumismo, la mayoría de ellos bancos emisores de tarjetas de crédito).

Este es el intervalo en el que vivimos actualmente. Nos hallamos frente a las secuelas de una acumulación masiva, de una congestión de exceso y de desechos, y del colapso resultante del sistema de crédito, con sus innumerables víctimas colaterales. Los mercados de consumo encontraron una varita mágica con la que atraer a huestes de Cenicientas, mediante una estrategia de vida basada en el crédito, en el «disfrute ahora, pague más tarde». Una estrategia fomentada, nutrida y amplificadora por las fuerzas de las técnicas de *marketing* unidas a las de las políticas gubernamentales (que han adiestrado a sucesivas legiones de estudiantes en el arte y la costumbre de vivir a crédito). Y así, los mercados pudieron transformar a

consumistas inactivos que no servían para nada en una masa de deudores (generadores de lucro). Aunque sólo fuera, como en el caso de Cenicienta, por una única y arrebatadora noche. La varita hizo su efecto mágico con la ayuda de una seguridad: cuando llegara el momento de pagar, el dinero necesario se conseguiría sin problema partiendo del valor de mercado acumulado de las maravillas adquiridas. En los panfletos publicitarios se obvió, con mucha prudencia, el hecho de que los valores de mercado se van acumulando porque se apoyan en una seguridad: la de que las huestes de compradores, provistas de medios suficientes y ansiosas por conseguir estas maravillas, seguirán en alza. Y de este modo, el razonamiento que hay tras esta seguridad es, como el de todas las burbujas, circular. Si hubiera que creer a quienes alientan los créditos, entonces el préstamo hipotecario tomado sobre nuestra casa se cubriría con el valor de la misma casa, que iría aumentando de precio igual que lo había estado haciendo todos estos años recientes, y que además seguiría subiendo de precio mucho después de que el préstamo hubiera sido reintegrado completamente. O bien, el estudiante pensaría que el préstamo asumido para financiar sus estudios universitarios podría ser devuelto, con muchos intereses, mediante el fabuloso salario y las pagas extras que recibiría de un despacho o de unas oficinas que estarían esperando ansiosamente la llegada de quienes poseen diplomas...

Pero ahora la burbuja ha estallado y la verdad ha salido a la luz, aunque, como de costumbre, *después* de que ya se ha hecho el daño. Y en vez de las ganancias tentadoras que —se nos había prometido— la mano invisible del mercado convertiría en beneficios privados, ahora nos encontramos con que las pérdidas han sido nacionalizadas de forma obligatoria por un Gobierno que, en su momento, promovió las libertades del consumidor y elogió con entusiasmo el consumo como el camino más corto y seguro para alcanzar la felicidad. Son las víctimas de la economía del exceso y el desecho quienes se ven forzadas a pagar sus costes, confiaran o no en su sostenibilidad, creyeran o no en sus promesas, se sometieran o no de modo voluntario a sus tentaciones. Aquellos que inflaron la burbuja y extrajeron grandes ganancias de ella no dan señales de estar sufriendo mucho ahora. Las «suyas» no son las casas que están siendo confiscadas, «sus» beneficios y salarios no están siendo recortados y las guarderías de «sus» hijos no son esas que ahora se han quedado sin construir. Quienes están siendo castigadas son las personas a las que en su momento se sedujo con zalamerías, y que se vieron forzadas a entrar en la rueda de dependencia que genera el dinero prestado. Tal y como *The Guardian* informó el 6 de febrero de 2012, el Gobierno

no proporcionará nueva financiación para una serie de proyectos que están destinados a mantener las economías domésticas libres de deuda. Los ministros han dicho que, una vez agotados los fondos de este año, no habrá más dinero para el Financial Inclusion Fund, que sufragaba los servicios destinados a aconsejar sobre el endeudamiento. El Gobierno también ha rehusado garantizar el futuro de los Growth Funds, que concedían préstamos a bajo interés. Los fondos del Saving Gateway, que alentaba los créditos fiscales y los beneficios para el ahorro, también han sido recortados.

Entre estos millones que están siendo castigados, hay cientos de miles de jóvenes

convencidos —seguramente no se les dio otra posibilidad que la de actuar como si «de verdad» estuvieran convencidos— de que en lo alto del escalafón social había un espacio infinito para todos y que un título universitario era todo lo que se necesitaba para entrar en el sistema. Y que una vez dentro de él, la devolución de los préstamos que aceptaron a lo largo del trayecto sería una tarea puerilmente fácil, considerando que una vez hubieran alcanzado esta meta suprema ellos adquirirían un nuevo valor como deudores. Y ahora estos jóvenes se enfrentan a un futuro en el que tendrán que rellenar innumerables peticiones en busca de empleo, unas peticiones que casi nunca serán respondidas. O bien les tocará afrontar un desempleo de larga duración, o la aceptación de trabajos inestables que no sólo tienen ningún futuro, sino que además están muy por debajo de sus aspiraciones. Y estas son sus únicas alternativas.

Es verdad que en cada generación existe un cierto número de parias... En cada generación hay personas predeterminadas al estatus de parias a causa del «cambio generacional», pues este está destinado a traer cambios significativos de las condiciones de vida. Y la vida demanda que la voluntad fuerce un reajuste de las realidades, alejándolas de las expectativas implantadas por las condiciones anteriores, y también comporta que haya una devaluación de las aptitudes que se acostumbraban a desarrollar y promover en épocas anteriores. Todos estos cambios significarán que al menos algunos de los recién llegados, aquellos que no son flexibles ni lo suficientemente rápidos para adaptarse a los estándares emergentes, se encontrarán mal equipados para afrontar los nuevos retos, y mal equipados para soportar las nuevas presiones. Sin embargo, no sucede a menudo que la dura condición de paria se extienda hasta abarcar a una «generación completa». Y esto es lo que podría estar sucediendo ahora...

En el transcurso de la historia de la posguerra de Europa se han registrado varios cambios generacionales. Primero fue la «generación del *boom*», seguida por dos generaciones llamadas respectivamente «X» e «Y». En tiempos más recientes (aunque no tan recientes como los del *shock* que supuso el colapso de la economía de la era de Reagan y Thatcher), se anunció la inminente llegada de una «generación Z». Cada uno de estos cambios generacionales supuso un acontecimiento más o menos traumático. En cada uno de los casos, estos acontecimientos señalaron una ruptura de la continuidad y una necesidad de reajustes, que algunas veces eran dolorosos debido a la colisión que se producía entre las expectativas heredadas y asumidas, y las realidades que aún no se habían anticipado. Aun con todo esto, si volvemos la vista atrás desde la segunda década del siglo XXI, no podemos dejar de notar que cuando nos enfrentamos a los profundos cambios ocasionados por el último colapso de la economía, cada uno de aquellos anteriores pasajes entre generaciones parecen más bien el epítome de la continuidad intergeneracional...

Después de varias décadas de expectativas al alza, los recién graduados que hoy aspiran a la vida adulta se ven confrontados a unas expectativas «a la baja». Expectativas que están cayendo de una forma demasiado abrupta, y por una cuesta

demasiado empinada, como para dar pábulo a esperanzas de que el descenso sea suave e inofensivo. En los pocos túneles que sus predecesores se vieron forzados a cruzar durante el transcurso de sus vidas, había luz, una brillante luz al final. En cambio, ahora hay un túnel largo y oscuro en el que apenas hay unos cuantos guiños y titilaciones, luces que se desvanecen rápidamente y que tratan en vano de traspasar las tinieblas.

Esta es la primera generación de posguerra que se enfrenta a la perspectiva de una movilidad descendiente. Sus mayores fueron educados para esperar, de modo realista, que sus hijos apuntaran más alto que ellos y que alcanzaran metas más elevadas de las que ellos se atrevieron a buscar y que consiguieron: esperaban que la «reproducción del éxito» intergeneracional siguiera funcionando y batiendo sus propios récords con la misma facilidad con que ellos consiguieron superar los logros de sus padres. Generaciones de padres estaban acostumbrados a esperar que a sus hijos se les ofreciera un espectro de elecciones incluso más amplio del que ellos habían tenido. Y que cada una de estas elecciones fuera más atractiva que la otra. Iban a estar mejor educados, iban a subir más alto en la jerarquía del aprendizaje y de la excelencia profesional, iban a ser más ricos y a sentirse incluso más seguros. Su propio punto de llegada, o eso es lo que creían, sería el punto del que sus hijos partirían; un punto de salida a partir del cual frente a ellos se extenderían muchas más rutas, todas ellas dirigidas hacia las cumbres.

Los jóvenes de la generación que ahora está entrando, o se está preparando para entrar, en el llamado «mercado laboral» han sido bien pertrechados y adiestrados para creer que la tarea que deben cumplir en su vida es sobrepasar y dejar atrás los éxitos de sus padres. Y esta tarea (que sólo un golpe cruel del destino o alguna incompetencia propia, importante pero remediable, podría impedirles llevar a cabo) casa de pleno con sus capacidades. Por muy lejos que hayan llegado sus padres, ellos irán aún más lejos. En todo caso, han sido adoctrinados y entrenados en esta creencia. Y nada los ha preparado para la llegada de un nuevo mundo duro, inhóspito y poco acogedor, en el que las recalificaciones van a la baja, los méritos conseguidos se devalúan y las puertas se cierran. Nada los ha preparado para los trabajos volátiles y el desempleo persistente, la transitoriedad de las perspectivas y la perdurabilidad de los fracasos. Es un nuevo mundo de proyectos que nacen muertos, de esperanzas frustradas y de oportunidades que, debido a su ausencia, se hacen aún más visibles.

Las últimas décadas fueron épocas de una expansión ilimitada de todas y cada una de las formas de educación superior, y de un imparable crecimiento en la cantidad de huestes estudiantiles. Un título universitario era una promesa de trabajos atractivos, prosperidad y gloria, y una cantidad de gratificaciones que iba a ir en aumento de forma continuada, para así ponerse a la par con el número de poseedores de un título universitario, que aumentaba también de modo constante y firme. Dado que la coordinación entre la demanda y la oferta estaba ostensiblemente predeterminada, asegurada y poco menos que automatizada, los seductores poderes

de la promesa resultaban imposibles de resistir. Sin embargo, ahora las multitudes de seducidos se están convirtiendo, en masa y casi de la noche a la mañana, en multitudes de frustrados. Es la primera vez de la que tengamos memoria, en que «toda una generación de graduados» se enfrenta a una alta probabilidad, casi a la certeza, de conseguir unos empleos que serán *ad hoc* —temporales, inseguros y de tiempo parcial—. O unos pseudoempleos impagados «de adiestramiento» que han sido recalificados, de modo engañoso, como de prácticas. Y todos ellos considerablemente por debajo de las habilidades adquiridas por los estudiantes y a años luz por debajo del nivel de sus expectativas. O bien se enfrentan a unos períodos de desempleo, cuya extensión será más larga de lo que tardará la nueva clase de graduados en añadir su nombre a las ya antinaturales y largas listas de espera de las oficinas de empleo.

En una sociedad capitalista como la nuestra —que en primera instancia se ocupa de la defensa y preservación de los privilegios predominantes, y sólo en segundo término, como un objetivo distante (mucho menos respetable y que requiere menos dedicación), de rescatar al resto de las personas de su situación menesterosa—; en una sociedad así, esta categoría de graduados, que tiene metas muy altas pero muy pocos medios, no tiene a nadie a quien acudir en busca de asistencia o solución. La gente que está en el timón de la nave, ya pertenezca a la derecha o la izquierda del espectro político, se alza en armas y utiliza toda su fuerza muscular cuando de lo que se trata es de proteger su silla parlamentaria —contra los recién llegados, que aún son lentos y ridículamente inmaduros a la hora de mostrar su fuerza—, y con toda probabilidad aplaza cualquier intento real de utilizar esta fuerza hasta que llegue la hora de las próximas elecciones generales. Precisamente igual que todos nosotros, como colectivo. Pues no importa cuáles sean las peculiaridades de las generaciones, lo cierto es que todos tendemos a ser muy entusiastas a la hora de defender nuestro confort contra las demandas de generaciones que aún están por nacer y que reclaman sus medios de vida...

En su artículo «Les jeunes sont mal partis» [«Mal comienzo para los jóvenes»], publicado en *Le Monde* el 4 de enero de 2011, el científico y político Louis Chavel deja constancia de la «furia, incluso odio», que pudo observar en los graduados del año 2010. Y al mismo tiempo se pregunta cuánto tiempo pasará antes de que el rencor del contingente de *baby boomers* franceses, furioso por las amenazas lanzadas contra sus pensiones de retiro, se una con el furor de la generación del 2010, a la cual se niega el derecho a ganar una pensión. Pero que se unan, ¿para dar lugar a qué? ¿A una nueva guerra de generaciones? ¿A un nuevo salto en la beligerancia de dos orillas extremas que rodean un centro cada vez más abatido y deprimido? ¿A un consenso suprageneracional aceptando que este mundo nuestro, por mucho que sepa usar la duplicidad como arma de supervivencia y por hábil que sea a la hora de enterrar esperanzas vivas, ya no resulta sostenible y necesita ser sujeto a una remodelación total que ya se ha retrasado por demasiado tiempo?

Pero ¿qué pasará con los graduados que están por venir? ¿Y qué decir sobre la sociedad de la cual deberán hacerse cargo, más temprano que tarde, y en la que les tocará asumir las labores que sus mayores acometieron en su momento, con mejor o peor fortuna? Esta sociedad en la que ellos deberán invertir la suma total de sus talentos —les guste o no, ya sea a propósito o por defecto—, conocimientos, competitividad, resistencia y arrojo. Y en la que deberán sacar el mejor provecho de sus aptitudes para enfrentarse a los desafíos, al tiempo que se mejoran a sí mismos.

Sería prematuro e irresponsable decir que el conjunto del planeta está entrando en una era postindustrial. Pero no sería menos irresponsable negar que Gran Bretaña entró en esta era hace ya unas cuantas décadas. A lo largo del siglo xx, la industria británica compartió los mismos problemas que había sufrido la agricultura británica durante el siglo xix. El siglo se inició con una sobrepoblación y terminó despoblado (de hecho, en casi todos los países occidentales «más desarrollados», los trabajadores de la industria actualmente constituyen menos del 18 por ciento de la población trabajadora). Sin embargo, lo que se ha pasado por alto demasiado a menudo es que, paralelamente a la reducción del número de trabajadores de la industria en las fuerzas nacionales de trabajo, también ha descendido el número de quienes estaban catalogados como empresarios industriales entre las élites acomodadas y del poder político. Seguimos viviendo en una sociedad capitalista, pero los capitalistas que marcan el ritmo y pagan los platos rotos ya no son los propietarios de las minas, dársenas, plantas de automóviles e industrias de acero. En la lista del 1 por ciento de americanos más ricos, sólo uno de los seis nombres pertenece al de un empresario industrial. El resto son financieros, abogados, médicos, científicos, arquitectos, programadores, diseñadores, y toda suerte de celebridades del escenario, la pantalla y los estadios. Las grandes fortunas ahora se consiguen manipulando y adjudicando movimientos financieros, o con la invención de nuevos dispositivos técnicos, útiles para la comunicación, y de trucos para el *marketing* y la publicidad, y también se consiguen en el universo de las artes y el entretenimiento. En otras palabras, el dinero se encuentra en las nuevas ideas, ideas que aún no han sido explotadas, que son imaginativas y que se propagan con facilidad. Las personas que hoy día viven en los círculos más altos son personas que tienen ideas brillantes y útiles (léase vendibles). Y son esas personas las que más contribuyen a lo que actualmente se entiende como «crecimiento económico». Los «recursos deficitarios» primarios, a partir de los cuales se construye el capital y cuya posesión y gestión proporcionan la fuente principal de riqueza y de poder, son actualmente el conocimiento, la capacidad de inventiva, la imaginación, la habilidad de pensar y la valentía de pensar de modo diferente, todas ellas cualidades que las universidades estaban llamadas a crear, a propagar y a instigar.

Hace más o menos unos cien años, en la época de la Guerra de los Bóers, la gente padeció un ataque de pánico. Hubo una inquietud profunda y extendida porque se creyó que peligraban el poder y la prosperidad de la nación. Peligraban a causa de la

existencia de un creciente número de trabajadores infraalimentados, de cuerpos decrepitos y con mala salud y, por esta razón, física y mentalmente no aptos para el trabajo de fábricas y los campos de batalla. Hoy ha llegado el momento de sentir pánico ante la idea del creciente número de personas que están infraeducadas (ciertamente, infraeducadas respecto a los estándares del mundo, cuyo nivel se eleva a gran velocidad) y, por lo tanto, no aptas para la investigación en laboratorios, para los talleres de diseño, para dar conferencias en auditorios, para trabajar como artistas o en las redes de comunicación. Y esto es el resultado del descenso de los recursos universitarios y de la disminución del número de graduados universitarios de alto nivel. Los recortes que los Gobiernos realizan en educación superior suponen también recortes en los proyectos de vida de una generación que llega a su mayoría de edad. Y, por lo tanto, son también recortes hechos a los estándares del futuro, y a lo que es el sustento de la civilización británica, y también al rol y al estatus que Inglaterra tiene en Europa y en el mundo.

Los recortes de los fondos gubernamentales llegan junto con una acción sin precedentes: un alza salvaje de las matrículas universitarias. Estamos acostumbrados a sentir alarma y una furia instantánea cuando se nos sube un pequeño porcentaje del costo de los billetes de tren, de la carne o de la electricidad. Pero tendemos a quedarnos consternados y perplejos cuando nos enfrentamos a subidas de un 300 por ciento. Y entonces nos hallamos incapacitados y desarmados, y no sabemos realmente cómo reaccionar... En el arsenal de nuestras armas defensivas no hay ninguna a la que podamos acudir. Nos acaba de ocurrir con el caso reciente de todos esos billones y trillones de millones de dólares que los Gobiernos han inyectado de golpe en las habitaciones blindadas de los bancos, después de que nosotros hemos tenido que bregar con su tacañería durante docenas de años, en los que se han sucedido litigios y pleitos sobre unos pocos millones que se restaron y que hubieran debido añadirse a los presupuestos de las escuelas, hospitales, fondos de bienestar o proyectos de renovación urbana. Apenas alcanzamos a imaginar la desdicha y la angustia de nuestros nietos cuando de pronto se dan cuenta de que su herencia consiste en un volumen, jamás imaginado hasta el momento, de deuda nacional que exige ser restituida. No estamos aún preparados para visualizarlo, ni siquiera ahora, cuando por cortesía de nuestro propio Gobierno se nos ha ofrecido la oportunidad de probar la primera cucharada de la amarga medicina que ellos, nuestros nietos, se verán forzados a tomar a calderos enteros. Y aún no llegamos a imaginar el pleno alcance de la devastación social y cultural que seguirá, necesariamente, a la erección de esta versión monetaria del Muro de Berlín o de Palestina colocada en las puertas de entrada de los centros de distribución del saber. Pero debemos, y deberíamos hacerlo, pues se trata de un peligro futuro que compartimos todos.

El talento, la penetración, la capacidad de inventar, el sentido de la aventura — todas estas piedras sin tallar que esperan ser pulidas y convertidas en diamantes, algo que harán los maestros talentosos, penetrantes, imaginativos y aventureros que se

encuentran en el interior de nuestros edificios universitarios— están repartidos en la especie humana de forma más o menos equitativa. Aun cuando las barreras artificiales erigidas por los seres humanos en el camino —desde la *zoon*, la «vida al desnudo», hasta la *bios*, la «vida social»— nos impidan percibirlo. Los diamantes en bruto no eligen los lodos en los que la naturaleza los ha colocado, y además son perfectamente indiferentes a las divisiones inventadas por los humanos. Pero estas divisiones creadas por los hombres tienen buen cuidado de hacer una selección y marcar a algunos de ellos en la categoría de los que son aptos y, por tanto, destinados al pulido, mientras que relegan a los otros a la categoría de los que «quizás hubieran podido ser aptos». También tienen buen cuidado en encubrir las huellas de esta operación. Pues bien, el aumento al triple de las tasas universitarias diezmará, de forma inevitable, el número de jóvenes procedentes de distritos desposeídos social y culturalmente que, aun en estas circunstancias, tienen el suficiente coraje y la suficiente determinación como para llamar a las puertas de la universidad en busca de oportunidades. Y así, esta subida de las tasas también destituirá al resto de la nación, pues la despojará de parte de sus jóvenes —diamantes en bruto— que año tras año hacían su contribución a la riqueza común. Y dado que hoy día el éxito en la vida y en particular la movilidad social en dirección ascendente se hacen posibles, y son propiciadas e impulsadas, por el encuentro entre la sabiduría y el talento, la penetración, la inventiva y el espíritu de la aventura, este aumento de las tasas universitarias hará retroceder a la sociedad británica al menos medio siglo en su camino hacia una sociedad sin clases. Hace tan sólo unas cuantas décadas nos vimos inundados de hallazgos intelectuales referentes al «adiós a las clases sociales». Ahora podemos esperar que en un futuro no muy distante aparezca una cascada de tratados que recen: «Nueva bienvenida a las clases sociales, aquí no ha pasado nada».

Podemos esperar que suceda todo esto. Y si nosotros, los académicos, somos las criaturas sociales responsables que tenemos que ser y que además se espera que seamos, deberíamos preocuparnos por un daño aún más pernicioso que los inmediatos efectos que supone el hecho de lanzar a las universidades en brazos de los mercados de consumo (pues esto y no otra cosa es el resultado de la retirada del patrocinio del Estado combinada con el aumento al triple de las matrículas). Se trata de la suspensión o el abandono de los proyectos de investigación, de su devenir superfluo. Y, con toda probabilidad, de un futuro empeoramiento de los porcentajes entre el número de maestros y de alumnos, y por lo tanto de un empeoramiento en las condiciones del aprendizaje y su calidad. Desde luego, también podemos contar con la resurrección de las divisiones clasistas, pues se han establecido argumentos suficientes como para que los padres menos acomodados se lo piensen dos veces antes de que sus hijos queden atrapados, contrayendo en tres años una deuda mayor que la que ellos han contraído a lo largo de toda su vida. ¿Y qué decir de los hijos de estos padres, que ven cómo sus amigos y conocidos, tan sólo un poco mayores que ellos mismos, hacen cola frente a las oficinas de empleo? Contemplando semejante

desatino, también ellos se lo pensarán dos veces antes de embarcarse en tres años de trabajo monótono y pesado, y una vida de pobreza gravada por deudas, tan sólo para verse al final confrontados a un conjunto de opciones que no será mucho más agradable del que están arrojando en estos momentos...

Y bien, sí, bastan unos pocos minutos y un par de firmas para destruir lo que se construyó con el trabajo de miles de cerebros, el doble de manos y montones de años.

LOS JÓVENES, UNA PROPINA PARA LA INDUSTRIA DEL CONSUMO

Riccardo Mazzeo: En nuestro «mundo de consumidores», además de los jóvenes que se rebelan con razón contra un poder injusto —aun cuando lo hagan de modo más templado que sus compañeros de Túnez o Egipto—, también existen muchos jóvenes que no respetan en absoluto a los adultos. Son jóvenes que han perdido el sentido de aquella ley formulada por Miguel Benasayag y Gerard Schmit en su libro sobre la «era de las pasiones tristes»: la ley de la «prioridad/autoridad», es decir, el derecho que tienen los padres o un maestro que ha vivido más tiempo en este mundo, a ser respetado por los niños^[17]. Hace más de sesenta años, Adorno describió esta inesperada actitud en el segundo aforismo de *Mínima moralia*:

En la sociedad hostil, incluso las relaciones entre generaciones son unas relaciones competitivas tras las cuales se esconde una violencia simple y llana. Pero hoy estamos empezando a retroceder, involucionando hacia un escenario que, más que conocer el complejo de Edipo, lo que conoce es el parricidio. La eliminación de la gente muy anciana es uno de los delitos simbólicos del nazismo. [...] Y estamos obligados a tener en cuenta, con terror, que cuando muy a menudo nos posicionamos contra nuestros padres en tanto que son representantes del mundo, nos convertimos, sin saberlo, en portavoces de un mundo aún peor^[18].

El fenómeno de la *paedofobia* está cada vez más extendido, y más de la mitad de padres tienen miedo de ser físicamente maltratados por sus hijos adolescentes.

Zygmunt Bauman: En un ensayo del 3 de febrero de 2011, titulado «Youth in the Era of Disposability» [«La juventud en la era de la desechabilidad»], Henry A. Giroux escribe lo siguiente:

Cada vez más vistos como otra carga social, los jóvenes ya han sido excluidos del discurso que aboga por la promesa de un futuro mejor. En vez de eso, ahora se les considera como parte de una población desechable cuya presencia amenaza con traer el recuerdo de memorias colectivas. Unas memorias sobre la responsabilidad adulta que han sido reprimidas^[19].

De hecho, los jóvenes no son enteramente desechables ni lo son de forma inequívoca. Lo que los salva de ser francamente desechables —aunque sólo lo justo— y les asegura una cierta cantidad de atención procedente de los adultos es su potencial de contribución a la demanda consumista: la que tienen en este momento y la que tienen en potencia. Las sucesivas generaciones de jóvenes significan una provisión perpetua de «tierra virgen» aún impoluta, que está lista para ser cultivada, y sin la cual incluso la simple reproducción de la economía capitalista, por no hablar del crecimiento económico, sería por completo inconcebible. Se piensa en los jóvenes y se les presta atención porque son «otro mercado» para ser adocenado y explotado. Y Giroux continúa diciendo: «Utilizando la fuerza educacional de una cultura que

comercializa todas y cada una de las facetas de las vidas de los niños, mediante Internet y las varias redes sociales, y con las nuevas tecnologías de los *media* como los teléfonos móviles», el objetivo de los grupos corporativos apunta a «una inmersión masiva de los jóvenes en el mundo del consumo por unos caminos más directos y extensivos de lo que jamás habíamos visto en el pasado». Un estudio reciente de la Kaiser Family Foundation descubrió que la gente joven de edades comprendidas entre los 8 y los 18 años pasa, en estos momentos, más de siete horas y media al día con los teléfonos, ordenadores, televisiones y otros artefactos electrónicos, en comparación con las menos de seis horas y media de hace cinco años. Si a esto le añadimos el tiempo adicional que invierten los jóvenes en mandar textos, hablar con sus teléfonos móviles, o realizar múltiples tareas al mismo tiempo tales como «ver la televisión mientras se ponen al día en Facebook», entonces la cantidad de horas sube a una media de un total de once horas diarias.

Se pueden seguir sumando, de forma constante, nuevas evidencias a las anotadas por Giroux. Un enorme volumen de evidencias que emplaza el «problema de la juventud» en algo tan simple y llano como es el objetivo de «ejercitarlos para que se conviertan en consumidores». Y entre tanto, se dejan de lado otras cuestiones relacionadas con los jóvenes, o bien se borran por completo de la agenda política, social y cultural. Por una parte, tal y como ya he apuntado anteriormente, las severas limitaciones presupuestarias de la educación superior impuestas por el Gobierno, sumadas a los igualmente salvajes aumentos de las matrículas universitarias, son testimonio del decreciente interés que existe sobre la juventud vista como el futuro político y la élite cultural de la nación. Sin lugar a dudas, el Estado decide lavarse las manos en lo que respecta a su obligación de «educar a la gente». Y esto es algo que se manifiesta de forma clara en el caso de los «cortes precisos» en áreas de primera magnitud que son estratégicas y de fundamental importancia. Pero también se manifiesta, aunque de forma más indirecta, en la idea de reemplazar las escuelas secundarias estatales por academias dirigidas por el mercado de consumo, y en los parámetros que están destinados a determinar el volumen completo de conocimientos y aptitudes de los que debe disponer la nación, al igual que su distribución entre los segmentos de la población. Y por otra parte, a las agencias publicitarias se les han abierto nuevos panoramas con, por ejemplo, Facebook y otras redes sociales. Y estas agencias publicitarias apuntan a los jóvenes con el objetivo de abordarlos en tanto que son «tierra virgen» en espera de ser conquistada y explotada por las tropas del cada vez más invasor mercado de consumo.

Gracias al exhibicionismo despreocupado y entusiasta de los adictos a Facebook, que se exponen ante miles de amigos que están conectados y ante millones de otros que simplemente vagan por la red, los dirigentes de las agencias de publicidad están ahora en condiciones de canalizar los deseos y aspiraciones más íntimos; los más ostensiblemente personales y únicos, ya sean articulados o tan sólo conscientes a medias, ya estén rabiosamente presentes o sean sólo deseos y aspiraciones

proyectados por el gigante consumista. Y lo que entonces aparecerá en las pantallas, ya bien nutridas, de Facebook, será una oferta «personal», preparada, bien emperifollada y cuidadosamente vestida «especialmente para usted». Una oferta que usted no podrá rechazar porque será incapaz de resistir la tentación. Después de todo, lo que le ofrecen es precisamente lo que usted había estado necesitando durante todo el tiempo, eso que «es ideal para su personalidad única» y que le reafirma a tal efecto: era exactamente la reafirmación que usted siempre quiso hacer, y que le demuestra que usted es ese, ese que tiene una única y original personalidad. Nunca, en la naturaleza del *marketing*, se dio un salto hacia delante que fuera tan genuino.

Es bien sabido que la parte del león del dinero que se gasta en *marketing* se consume en el costo exorbitante que supone el esfuerzo de detectar al futuro comprador, y de inculcar y cultivar en él unos deseos que finalmente le lleven a tomar la decisión de obtener un producto o una oferta en particular. Alguien llamado Sal Abdin, un consejero de *marketing* muy activo en la red, explica muy bien la tarea a la que se enfrentan los aficionados al arte del *marketing* cuando da el siguiente consejo:

Si lo que usted va a vender son taladros, escriba un artículo sobre la manera de hacer mejores agujeros. De este modo conseguirá muchas más ventas de las que conseguiría simplemente haciendo publicidad sobre taladros, o bien dando información sobre ellos o instrucciones específicas sobre la acción de taladrar. ¿Y por qué funciona así? Pues porque, en realidad, ninguno de los que compraron un taladro quería un taladro. Lo que querían era un agujero. Ofrezca usted información sobre cómo hacer agujeros y obtendrá muchísimo más éxito. Si está vendiendo un curso sobre cómo perder peso, venda los beneficios de ser delgado, o de ser más saludable, o de sentirse mejor, o venda lo divertido que es ir a comprarse ropa, o también lo bien que responde el sexo opuesto a la delgadez... ¿Comprende lo que quiero decir? Venda los beneficios del producto y luego el producto se venderá solo cuando los compradores lleguen a la página de ventas. Mencione usted las características del producto, pero lo que de verdad debe hacer es enfatizar lo que el producto puede conseguir para que la vida del comprador sea mejor, más fácil, más rápida, más feliz, más exitosa... ¿Comprende a qué me refiero^[20]?

Desde luego, lo expuesto no promete una vida repleta de facilidades, pues no se trata de una ruta que lleve hacia el objetivo de modo breve, suave y rápido. Y el objetivo no es otro que el encuentro entre un cliente que quiere comprar y un producto que quiere ser vendido. Puede que estimular el deseo de hacer bonitos agujeros y ligar esto a un taladro que promete hacerlos no sea una labor imposible. Pero requerirá tiempo y habilidad, primero, dejar este deseo asentado en la imaginación del lector, y luego, que más tarde este deseo se agudice hasta llegar a ser una de sus máximas prioridades. El emocionante encuentro por fin sucederá, pero el camino que lleva a ese glorioso momento de plenitud es largo, pedregoso, lleno de baches. Por encima de todo, no hay ninguna garantía de alcanzar la meta que supone este destino hasta que se ha llegado de verdad a ella. Y por añadidura, la ruta necesita estar bien pavimentada y ser lo suficientemente amplia como para acomodar a un número desconocido de caminantes. Y aun así, lo más probable es que el número de personas que realmente decidan transitar por ella no vaya a justificar el enorme gasto que ha sido necesario para convertirla en una ruta tan ancha y agradable de caminar,

tan tentadora y atractiva.

Y esta es, precisamente, la razón por la que yo definí como un «genuino salto adelante» la oportunidad que supone Facebook, pues es una oportunidad para el presupuesto de *marketing*. Le ofrece nada menos que la oportunidad de rebajar, al completo o casi, los costes de la construcción de esta ruta. Al igual que sucede en tantos otros casos de asunción de responsabilidades, desplaza la tarea de inculcar el deseo en los futuros clientes: de los directores de *marketing* a los mismos clientes. Gracias al banco de datos ofrecido de modo voluntario por los usuarios de Facebook (¡y ofrecido de modo gratuito!), y a su expansión diaria, las ofertas de *marketing* pueden ahora dirigirse sin fallar a clientes que ya están «preparados», ablandados y maduros, que ya tienen unas aspiraciones adecuadas y completas (y que, en consecuencia, ya no necesitan ser aleccionados respecto a las bellezas de los agujeros). Las ofertas de mercado pueden alcanzarlos de forma directa vistiendo el disfraz, doblemente atractivo, del halago y de la acogedora bienvenida, la bendición que supone el «haber sido especialmente diseñadas para usted, para satisfacer sus propias necesidades».

Y ahora, una pregunta banal para nuestros tiempos banales: ¿es esta capacidad recientemente descubierta —y que ya es operativa—, la de la utilización de los jóvenes como propina disponible de los excesos de la industria de consumo en nuestra era de desechos, la última barrera que se alza entre ellos y su eliminación?

EL ESFUERZO DE MEJORAR LA COMPRENSIÓN MUTUA ES UNA FUENTE PROLÍFICA PARA LA CREATIVIDAD HUMANA

Riccardo Mazzeo: Acabo de leer la entrevista que le hizo la revista mensual Italiana *E*, en la que explica que los turcos que viven en Alemania «aman su nuevo país, quieren vivir según el sistema alemán, pero sólo piensan en convertirse en alemanes como una posibilidad». Y no pude evitar recordar un artículo que publicó el corresponsal en Berlín del *Corriere della Sera*, ahora hace un mes, en el que contaba la siguiente historia. Un grupo de familias alemanas empezaron a quejarse y protestar cuando cerca de ellos vieron a una familia turca haciendo una barbacoa en la hierba. Disgustados por el olor de su comida, les obligaron a apagar el fuego. Después, ellos se instalaron cinco metros más allá y se desnudaron al completo para disfrutar del sol, como hacen a menudo muchos autóctonos. Puede usted imaginar el enfado del padre turco y el desconcierto de la madre y de la hija ante lo que para ellos era una ofensa a su sentido del pudor. En su libro más reciente *La vie en double: Ethnologie, voyage et écriture*^[21], Marc Augé describe la labor de la antropología como un trabajo capaz de abordar no solamente el seguimiento de las poblaciones extraeuropeas, sino también «la resbaladiza complejidad del mundo occidental». Incluso lo que parece «natural» es, sin lugar a dudas, una construcción cultural que difiere según los diferentes contextos, épocas y tradiciones. Esta forma de pensar es subversiva porque niega la existencia de las verdades absolutas y, en consecuencia, la legitimidad de cualquier forma de poder. Augé compara la antropología con Fabrizio Del Dongo, el héroe de la famosa novela de Stendhal, *La cartuja de Parma*, que, hallándose en medio de la batalla de Waterloo, no consigue comprender qué es lo que está sucediendo. Lo mismo le sucede al antropólogo, que tiene una visión de campo limitada y no puede asimilar la batalla planetaria al completo. Y esto resulta especialmente cierto para los jefes de Gobierno de Inglaterra y Alemania, David Cameron y Angela Merkel, quienes anuncian la muerte del multiculturalismo desde la estrecha perspectiva que les da su reluctancia a explorar y conceder una oportunidad a vías de coexistencia que puedan diferir de un modelo de asimilación que ya no es susceptible de ser aplicado.

Creo que el lento proceso hacia unas vías de coexistencia nuevas y respetuosas no puede venir de nuestros políticos. Tal y como lo explicó usted, y de modo admirable, en sus anteriores respuestas, dichos políticos están demasiado concentrados en la tarea de conservar sus privilegios, por lo que estos nuevos caminos para la coexistencia deberán gestarse en los laboratorios activos, hervideros de vida, de las interrelaciones entre jóvenes.

Zygmunt Bauman: El arte de traspasar información de una cultura a otra es algo

sobre lo que los antropólogos han reflexionado mucho y con gran esfuerzo, sin haber encontrado hasta el momento un método patentado que esté exento de riesgos y que sea perfecto. Como mucho, han llegado a elaborar algunas recetas sobre cómo proceder, aunque nada garantiza, a toda prueba, la llegada al objetivo. Una completa «fusión de horizontes», lo que desde el punto de vista de Hans-Georg Gadamer sería la condición *sine qua non* para que se diera un entendimiento infalible, resulta una perspectiva distante, quizás un objetivo inalcanzable. La práctica de la comunicación intercultural está llena de trampas, y en ella las interpretaciones equívocas son más la regla que la excepción, pues no existen dos idiomas culturales que se puedan traducir de uno a otro de forma íntegra. Para que un mensaje sea comprendido enteramente por el receptor, necesita ser de alguna manera readaptado al estado mental de este receptor y, por lo tanto, estará distorsionado, pues si retuviera su forma original prístina, debería entonces estar dispuesto a ser comprendido sólo en parte. Este es, sin lugar a dudas, el estado actual en el que se encuentra la partida. Por supuesto, es un engorro, aunque a mi modo de ver no una tragedia, porque de alguna manera nos las hemos arreglado, pese a todo, para comunicarnos interculturalmente y, lo que es aún más importante, porque el extenuante esfuerzo que supone mejorar la comprensión mutua ha probado ser, pese (o quizá gracias) a estar condenado, una fuente prolífica de creatividad cultural.

De los diversos consejos sobre «cómo proceder», permítame nombrar los conceptos de «compromiso y distanciamiento» de Norbert Elias^[22]. Este apunta que el esfuerzo de la comprensión mutua requiere de un espacio de maniobra que abarca desde el extremo que supone la completa identificación con el otro, hasta el otro extremo: la total separación de él, actuando siempre con cautela para no aproximarse en exceso a cualquiera de los dos polos. O también puedo nombrar otra estratagema, la de «rendirse y atrapar el botín», esta promovida por Kurt Wolff. Se trata de zambullirse tan a fondo como sea posible en otra cultura y profundizar en cualquier cosa que esta posea y que sea única, y luego llevarse ese botín de riquezas a casa... De todos modos, ambas recetas, al igual que la «observación participante» de Bronislaw Malinowski^[23], se inician y proceden partiendo de la premisa de que existe una estricta división entre el investigador y el investigado, que son sujeto y objeto del encuentro intercultural: yo, el antropólogo, tengo la intención de adquirir conocimientos sobre cómo vive la otra parte, pero entre tanto ignoraré que en la otra parte se da una ausencia de avances a la hora de que ella comprenda cómo vivimos yo y los que están en mi casa... La gran pregunta es, desde luego, si este aprendizaje unidireccional es de alguna utilidad, excepto en los casos en que se trata de una visita aislada y excepcional del antropólogo a alguna tierra exótica. Es decir, si este aprendizaje unidireccional puede ser de alguna utilidad a lo que es necesario y se requiere para una cohabitación y una cooperación permanente entre las distintas culturas.

Para responder esta pregunta, incluso de una forma preliminar, déjeme referirle la

experiencia de Frank Cushing, que fue un pionero genuino en la práctica de la «observación participante» *avant la lettre*, treinta años antes del exilio de Malinowski en las islas Trobriand (Malinowski, un ciudadano austrohúngaro, quedó atrapado en Australia por el estallido de la guerra y, en su condición de extranjero enemigo, fue deportado con rapidez lejos de las costas australianas). Cushing vivió con los indios de la tribu zuni durante el período que abarca los años de 1879 a 1884. Era un antropólogo entusiasta, dedicado y concienzudo, e intentó lo mejor que pudo penetrar cada vez más a fondo en la *Lebenswelt* zuni. Pero se encontró frustrado de forma constante (incluso llegando a sentir desesperación) porque tenía la sensación de que, cada vez que intentaba transmitir sus hallazgos a otros antropólogos de forma que estos fueran capaces de aprehenderlos, no estaba haciendo justicia a los propósitos que tenían los zunis. Cushing llegó más allá de lo que cualquier otro antropólogo había llegado antes que él, y que la mayoría después de él, en lo que se refiere a «participar en la forma de vida» de los nativos. Terminó siendo aceptado por los zuni como uno de los suyos, un insólito logro que quedó ratificado cuando le promocionaron al sacerdocio del Arco Iris, el supremo objeto de culto de los zuni. Sin embargo, continúa la historia, después de esto ya no tuvo nada más que contar a sus compañeros antropólogos, pues habiéndose convertido en «uno de los zunis», él mismo pasó a ser un objeto en la búsqueda antropológica en vez de ser el sujeto de la misma... Cushing dedicó el resto de su vida a promover la idea de la «antropología recíproca», que implica la doble direccionalidad en el encuentro y el estudio mutuo. En definitiva, una igualdad de las partes en un aprendizaje e instrucción realizados de modo simultáneo, en el que cada una de las partes exploraría a la otra mientras sería, a su vez, explorada. Esto, sospecho, es lo que tiene verdadera relevancia en el contexto en que nosotros, profanos en la materia, devenimos en seres conscientes de los malentendidos que hay en nuestras vidas cotidianas y de que la comunicación entre las culturas (incluyendo las culturas entre distintas generaciones) genera un problema que desea —de modo anhelante— ser resuelto, y que busca con ansia un camino que le saque del difícil dilema.

Así que volvemos a Gadamer y a su veredicto en el sentido de que el último objetivo de la «fusión de horizontes» es tan deseable y tan meritorio de persecución como improbable, quizás incluso imposible, en su consecución.

A LOS DESEMPLEADOS SIEMPRE LES QUEDA JUGAR A LA LOTERÍA, ¿NO ES CIERTO?

Riccardo Mazzeo: Más o menos a finales del año pasado, su colega Anthony Giddens criticaba la subida de las tasas universitarias, diciendo que esta decisión iba a convertir la universidad en un supermercado, y que no era sólo injusta desde un punto de vista ético, sino también económicamente contraproducente. Porque bloquear el acceso a la universidad a los estudiantes pobres pero inteligentes implicaría pérdidas inconcebibles para el conjunto de la sociedad. El análisis que usted hace de este fenómeno es más radical y más amplio, así que sería interesante comparar las visiones que tienen los dos del problema. Existe tan sólo un aspecto del tema expuesto por Giddens que a mí me gustaría someter a su escrutinio: según él, el hecho de que los estudiantes se encuentran gravados por su deuda con el Estado significará que se orientarán a potenciar aptitudes que les garanticen amplios beneficios después de su graduación. Lo que significa que la mayoría de ellos intentarán convertirse en directores, banqueros, abogados e ingenieros, en detrimento de los estudios clásicos.

En su libro *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*^[24], Martha Nussbaum hace una defensa vigorosa de la educación liberal, en particular estableciendo una comparación entre los sistemas educativos de Estados Unidos y de la India. Y Tullio De Marco, en su prólogo a la edición italiana del libro, subraya la complejidad de lo que tendemos a llamar ya sea «escuela» o «educación». Así, mientras que en Estados Unidos prevalece una visión mecánica y simplificada de las relaciones entre la escuela y el desarrollo económico (incluyo una cita de Robert J. Samuelson en *Newsweek*: «Los americanos tienen una fe extravagante en las capacidades de la educación cuando se trata de resolver toda clase de problemas sociales»), y los estudiantes eligen estudiar ciencias puras de modo regular, y en Austria, Dinamarca, Francia, Alemania, Reino Unido, Bélgica, Irlanda y Portugal se está dando cada vez más una reducción de los estudios clásicos, en otros países la relación con las humanidades sigue estando viva y floreciente. En la India, los cimientos clásicos que se dan en la educación han propiciado el nacimiento de grandes matemáticos y economistas. En China se estudian los textos clásicos de forma sistemática. En Japón, el estudio de los ideogramas chinos (que se corresponderían con nuestro griego) es obligatorio. En Israel, el hebreo de la Biblia ha sido el punto de partida del nacimiento y la expansión del nuevo hebreo.

A mi modo de ver, la persecución de un aprendizaje meramente técnico-científico, olvidando el horizonte crítico, más amplio y más rico, que sólo ofrece una educación clásica histórica y filosófica, es (en palabras de De Mauro) «incompleto e

infructuoso», al igual que es estéril y peligroso creer que uno domina el mundo entero gracias a Internet cuando no se tiene la cultura suficiente que permite filtrar la información buena de la mala.

Zygmunt Bauman: Las instituciones académicas más notorias, esas que otorgan los títulos académicos más prestigiosos —y que han sido generosas a la hora de otorgar privilegios sociales o de maquillar el desposeimiento social— están alejándose, año tras año, paso a paso, de modo constante e implacable, de lo que es el mercado «social». Y también se están distanciando más que nunca de aquella multitud de jóvenes que vivían con la esperanza de alcanzar gratificaciones brillantes, una aspiración que ellos mismos se encargaron de nutrir y enardecer. Tal y como nos explica William D. Cohan, en *The New York Times* del 16 de marzo de 2011, el precio global de las matrículas y de otros gastos para ingresar en la Universidad de Harvard ha ido aumentando un 5 por ciento anual durante los últimos veinte años. Este año, el precio de estos gastos ha alcanzado los 52 000 dólares. «Hablando en términos generales, quien quiera pagar la matrícula de Harvard debería ganar un sueldo bruto anual de cien mil dólares. A los que luego habría que sumar todos los demás gastos familiares, entre ellos la gasolina, la hipoteca, la comida, los gastos médicos... La cifra se convierte en astronómica a una gran velocidad».

Y aun con eso, de los treinta mil candidatos que presentaron su solicitud en Harvard el año pasado, sólo un 7,2 por ciento fue admitido. La demanda de plazas ha sido —y sigue siendo— alta. Sigue habiendo miles de parejas para quienes el precio de las matrículas, incluso siendo exorbitante, no supone un obstáculo. Para estas parejas, que sus hijos vayan a Harvard o a otro establecimiento académico de élite es tan sólo un asunto rutinario: el ejercicio de un derecho heredado y el cumplimiento de un deber familiar, el último toque final antes de que sus hijos se asienten en el lugar legítimo que tienen reservado entre la élite acomodada del país. Pero también existen otros miles de parejas dispuestas a hacer cualquier sacrificio financiero que se requiera para ayudar a que sus hijos se unan a las filas de esta élite y así lograr que también para sus nietos este lugar en la élite pase a ser una esperanza legítima. Las ambiciones paternas de estos últimos, y su confianza en el sueño americano, se ven dolorosamente frustradas en el momento en que las universidades dan la espalda a su papel de promotoras de la movilidad social, papel que antes se les imputaba y que además ellas reclamaban para sí. Cohan tiene palabras de consolación para estas últimas parejas, cuando sugiere que quizá «los mejores y los más brillantes de entre nosotros acabarán por encontrar un camino para conseguir su nivel de excelencia, puesto que este es ineludible, y lo harán *con o sin el beneficio de la educación tradicional*» (las cursivas las añado yo). Y para que esta promesa parezca plausible y creíble, Cohan añade una lista del impresionante número, que además crece a toda velocidad, de nuevos billonarios. Y todos ellos son, sin excepción, personajes que han abandonado la escuela antes de acabar sus estudios. Bien. Dado que las ofertas de

empleo industrial seguro que han dejado de existir, a los desempleados siempre les restará jugar a la lotería, ¿no es cierto?

Durante muchos años, un diploma de enseñanza superior procedente de una universidad de primera fila fue la mejor inversión que los padres amantísimos podían hacer en pro de sus hijos y en pro del futuro de sus hijos. O, al menos, eso es lo que se creía. Esta creencia, como tantas otras que se conjugaban en el sueño americano (y no sólo americano), ese que habla de unas puertas abiertas de par en par a todas aquellas personas dispuestas a trabajar duro y dispuestas a empujar estas puertas hasta conseguir abrirlas, y luego dispuestas a mantenerlas abiertas... pues bien, este sueño ahora se ha hecho añicos. Para quienes ostentan títulos de enseñanza superior, en la actualidad el mercado laboral se encuentra cayendo en picado. Quizás, incluso, está naufragando con más rapidez que el mercado laboral dirigido a quienes no tienen diplomas universitarios con los que dar realce a su valor mercantil. Aquellas personas que fracasaron, y que no hicieron el esfuerzo adecuado o el sacrificio necesario, se encuentran con las puertas cerradas y ello no es ninguna sorpresa. Pero es que hoy en día estas personas no son las únicas en toparse con las puertas selladas. Pues las personas que hicieron todo lo que estuvo en sus manos y lo que parecía necesario para alcanzar el éxito también se hallan, aunque en este caso de forma inesperada, en la misma situación. Se dan de bruces con unas puertas atrancadas y se ven obligados a dar media vuelta con las manos vacías. Y esto, con toda seguridad, y tal como dicen los americanos, significa empezar a jugar una partida enteramente nueva...

Durante muchos años, la promoción social mediante la educación sirvió como una hoja de parra que cubría las desnudeces e indecencias, el resultado del desequilibrio que se da en las perspectivas y condiciones de los seres humanos. En tanto los logros académicos tuvieran una correlación con atractivas gratificaciones sociales, las personas que fracasaron en sus intentos por ascender en la escala social sólo podían culparse a sí mismas por ello. Y debían dirigir su amargura y su cólera hacia ellos mismos. Después de todo (o eso es lo que la promesa de la enseñanza insinuaba), los mejores lugares estaban reservados para las personas que trabajaban mejor. Y la buena fortuna recaía en las personas que la forzaban a ser bondadosa, con la colaboración del sudor de su frente y un aprendizaje diligente. Y si en el lote de la vida a usted le había tocado una mala fortuna, eso significaba —de forma obvia— que su aprendizaje y su trabajo no eran tan buenos como deberían haber sido. Esta excusa, que justificaba una desigualdad persistente y siempre en ascenso, hoy parece completamente superficial, incluso más superficial de lo que hubiera parecido si no se hubiera anunciado a bombo y platillo el advenimiento de la «sociedad del conocimiento». Esa clase de sociedad en la que el conocimiento iba a convertirse en la primera fuente de riqueza nacional y personal. Y en la que sus poseedores y usuarios tendrían plenos derechos sobre su parte del león correspondiente en esta riqueza.

La conmoción que ha supuesto el fenómeno, nuevo y en rápido ascenso, de los

graduados sin empleo, o de los graduados que tienen empleos muy por debajo de las expectativas generadas por sus títulos (expectativas consideradas legítimas), es un golpe muy doloroso. Y lo es no sólo para la minoría celosa por progresar, sino también para la mucho más amplia categoría de personas que han soportado el destino, poco apetecible, que les ha caído en suerte. Esas personas que están paralizadas y avergonzadas por haber dejado pasar las oportunidades que han salido a su paso, pero que creían que estas abundaban para los menos perezosos que ellos. Es muy difícil decir si los efectos de lo que está sucediendo serán más perniciosos para la primera o para la segunda categoría. Pero lo cierto es que si se aúnan y, además, aparecen de modo simultáneo, constituyen una mezcla más bien explosiva... Casi se alcanza a visualizar la imagen del puñado de personas que están al timón, estremeciéndose al leer las premoniciones y sombrías advertencias de Cohan:

Una de las lecciones que hay que aprender de las recientes insurrecciones en Oriente Medio, especialmente en Egipto, es que las personas en posesión de una educación superior, que carecen de empleo y que han padecido mucho tiempo, pueden convertirse en el catalítico para la consecución de un cambio social que se ha retrasado durante demasiado tiempo.

¿Cree usted que esto es tan sólo una característica más de la idiosincrasia americana? Bien puede pensarlo, pues una de las características más notables del «sueño americano» es pensar que en Estados Unidos pueden ocurrir cosas que en otras tierras más prosaicas serían más o menos inimaginables. Para descartar este concepto equivocado, vamos a trasladarnos algunos miles de kilómetros más hacia el este del Edén. Concretamente a Polonia, un país que en las dos últimas décadas ha experimentado un exorbitante crecimiento del número de instituciones de enseñanza superior, al igual que un alza en el número de estudiantes graduados. Pero también una subida en los costes de la educación, junto con un aumento igualmente espectacular de la polarización de los ingresos y las desigualdades sociales en general. Lo que sigue son unos cuantos ejemplos entresacados de un número extraordinario de casos similares, de los que informó el destacado periódico polaco *Gazeta Wyborcza*, con fecha del 19 de marzo del año 2011^[25].

Hace dos años, Agnieszka se graduó con un diploma en finanzas y sistemas bancarios. Las innumerables solicitudes de trabajo que envió permanecieron sin respuesta. Después de más de un año de esfuerzos vanos y una desesperación cada vez más profunda, un amigo le consiguió un trabajo como recepcionista. Entre sus muchos deberes no especificados había uno que consistía en recoger, día sí día no, los currículos de otros graduados que, como los de ella, estaban destinados a permanecer sin respuesta. Tomek, graduado de otra prestigiosa facultad, no gozó de la suerte de Agnieszka y tuvo que conformarse con un trabajo como guarda estatal ganando el equivalente a doscientas ochenta libras esterlinas mensuales. Un compañero suyo, de la misma generación de graduados, está determinado a aceptar cualquier clase de trabajo si en unos cuantos meses más no surge nada remotamente relacionado con las

aptitudes que él ha adquirido y que vienen certificadas por su título de enseñanza. Cada vez hay más y más graduados cuyos títulos universitarios van a parar al cajón de los recuerdos de familia. O que aceptan trabajos que no demandan excesivos talentos, tales como el de mensajero, ayudante de tienda, taxista, camarero (esta última ocupación se ha convertido en la más popular, dado que los escasos ingresos se pueden complementar con las propinas que dejan los clientes).

En un informe que llevaba por título «Pas de rentrée pour les “Ni-Nis”» *Le Monde* explica la historia de Yetzel Decerra, un chico de 17 años que vive con sus padres en el norte de México y que es uno de los activistas del Movimiento de Aspirantes Excluidos de la Educación Superior, fundado en el año 2006^[26]. «En la escuela pública no hay lugar para mí, no hay dinero para estudiar en una escuela privada, y tampoco hay trabajo». Decerra habla de las dificultades de su condición y de la de los cientos de miles de compañeros de miseria. Las universidades estatales son de calidad alta, pero son muy pocas y, desde luego, resultan de acceso muy remoto (de los 122 750 alumnos que este año presentaron solicitud para entrar en la Universidad Nacional Autónoma de México, sólo 10 300 consiguieron plaza; si se hacen cálculos a escala nacional, resulta que sólo uno de cada tres candidatos puede tener la esperanza de ser admitido). De los veintiocho millones de mexicanos que están en edades comprendidas entre los 15 y los 29 años, diecinueve millones no asisten a ninguna institución educacional, mientras que siete millones y medio buscan en vano un empleo. El Movimiento de Aspirantes Excluidos de Decerra lucha por conseguir plaza universitaria para doscientos mil jóvenes que carecen de medios económicos, pero que están ansiosos por estudiar.

Este panorama y las voces que lo habitan son similares desde el Hudson hasta el Vístula, pasando por Ciudad de México. Y lo que se oye en todas partes es el ensordecedor estrépito de puertas y candados que se cierran y atrancan, es el desagradable cuadro de una situación en la que la cantidad de esperanzas frustradas se amontona y aumenta con rapidez. En nuestras sociedades dirigidas por la información y en las que se da por supuesto que el motor de las economías es el conocimiento —en una sociedad como esta, cuyos éxitos económicos se consiguen gracias a la educación—, parece que el saber está fracasando, pues ya no garantiza el éxito, mientras que la educación también fracasa a la hora de cumplir su función: impartir ese saber. La visión de una movilidad social ascendente guiada por la educación, que neutralice las toxinas de la desigualdad haciéndolas soportables y convirtiéndolas en inofensivas, y la aún más desastrosa visión de la educación utilizada como medio para mantener en activo la movilidad social ascendente, son ahora dos visiones que están empezando a evaporarse de forma simultánea. Y con su desaparición, aquella excusa, propiciada y usada de modo común por nuestra sociedad en su esfuerzo por justificar sus injusticias, se va a encontrar en un serio aprieto.

En unas memorables palabras, Milan Kundera expresó lo que ha mantenido unida

a la humanidad hasta el momento, y no es otra cosa que el hecho de que no tiene ningún otro lugar al que escapar. Cuán verdad es esto. Y quizá para nadie resulta más verdadero que para los jóvenes, este único apoyo del que dispone la humanidad en las tierras del futuro... Sea como fuere, algunos observadores franceses ya se están apresurando en profetizar la llegada de la «generación ni-ni» («ni empleo, ni educación»), quizá la primera generación verdaderamente global.

Xavier Decros, ministro de Educación de Francia entre los años 2007 y 2009, anunció una gran reforma de la educación. Prometió «una nueva libertad a las familias» que favorecería «la igualdad de oportunidades», al igual que iba a mejorar (realzar) la «diversidad social en escuelas y liceos^[27]». Unos cuantos años más tarde, dos inspectores generales de escuelas descubrieron que en las mejores instituciones educativas había muy pocos alumnos de clases humildes, mientras que el grupo de estudiantes a los que se les habían concedido ayudas había desaparecido. La «mezcla social» de los niños en las escuelas se halla en disminución en todas partes, y el hecho es resultado de la unión de dos factores, por una parte el *embourgeoisement* de las escuelas de «categoría» y por la otra la proletarización de las escuelas comunes. Y lo mismo sucedió con el resto de reformas que el ministro había proclamado como objetivos que alcanzar. Pierre Merle, profesor de sociología de la Universidad de Bretaña, analizó la totalidad del programa de la reforma educativa, y concluyó que las palabras usadas en los títulos de los sucesivos capítulos del programa («Igualdad de oportunidades», «Mezcla social», «Derrota del analfabetismo», «Asistencia a los niños con dificultades de aprendizaje», «Rectificación de las prioridades educativas») había sido una malversación. Los resultados obtenidos fueron exactamente los opuestos a los de la declaración de intenciones. Estaba claro que no podían cuadrar con la lógica del mercado, y se esperaba que este fuera el responsable de orquestar la reforma...

DISCAPACIDADES, ANOMALÍAS... LAS MINORÍAS COMO UN PROBLEMA POLÍTICO

Riccardo Mazzeo: Martha Nussbaum fue uno de los primeros filósofos en hacerse eco del valor ético que tenía el hecho de otorgar plena dignidad a las personas con discapacidades. En Italia, Dario Ianes ha sido el intelectual que más ha contribuido — con sus enseñanzas, sus libros y otras actividades (fue miembro de la comisión ministerial de Italia para la inclusión en la escuela, pero no en la época del Gobierno de Berlusconi)— en ayudar a las personas con discapacidades o necesidades especiales. Uno de sus treinta libros, *La Speciale Normalità*, ha sido traducido fuera de Italia, al alemán y al portugués. Yo quisiera citar un fragmento de este texto:

«Quiero hacer las mismas cosas que hacen todos los demás». Sólo un estudiante discapacitado podría expresar en una sola frase, y con una fórmula tan cristalina, los múltiples sentidos de la normalidad. Quiero hacer las mismas cosas que hacen todos los demás. En primer lugar porque tengo los mismos derechos. Quiero hacer las mismas cosas que hacen todos los demás, porque esto me supone una necesidad profunda y sentida. Poder hacer las mismas cosas que hacen todos los demás es un derecho, pero también una manera de impulsar el desarrollo social. Quiero hacer las mismas cosas que hacen todos los demás para beneficio de ustedes, para ustedes, para ayudar al crecimiento y la cohesión de nuestro grupo.

De esta manera, la normalidad significa igual valía. La normalidad significa en primer lugar «igualdad de derechos». La normalidad vista como una equiparación de valor aplicable a todos nosotros, y como una equiparación de derechos aplicable a todos nosotros, con independencia de la condición social y personal. La igualdad de la valía de cada individuo se halla en la misma base de la ley italiana, empezando por la Constitución. Nuestra legislación reconoce la igualdad de valía, derechos, y oportunidades de todos los ciudadanos. Y se compromete a liberar de obstáculos el camino para que todos los individuos puedan alcanzar su autorrealización^[28].

Incluso dejando a un lado el hecho de que personajes prominentes y en extremo inteligentes como Robert J. Sternberg (que fue presidente de la American Psychological Association) o Massimo Recalcati (el discípulo italiano más importante de Jacques Lacan, que ha desarrollado teorías partiendo de varias ideas brillantes y que, al contrario que Lacan, es capaz de escribir obras inteligibles para el lector) fueron considerados «niños retrasados» en la escuela primaria, y que probablemente se habrían perdido para siempre de no haber sido por la ayuda sensata de algunos maestros extraordinarios, ¿qué opinión le merece a usted la inclusión de las personas con dificultades en la escuela?

Zygmunt Bauman: «Normalidad» es un sustantivo ideológicamente procesado para designar a la mayoría. Pues ¿qué otra cosa puede significar «ser normal», más que estar incluido en una mayoría estadística? ¿Y qué otra cosa puede significar «anormalidad», si no es el hecho de pertenecer a una minoría estadística? Hablo de mayorías y minorías porque la idea de normalidad presume que algunos componentes de un conjunto no cumplen los requisitos de la «norma». Si el cien por cien de los

componentes tuvieran todos los mismos rasgos, es difícil que hubiera emergido la idea de una «norma». Así que la idea de «norma» y de «normalidad» da por supuesta la disparidad: una fractura del conjunto que se rompe en una mayoría y una minoría. Es decir, en un «la mayoría de...» y «algunos». El «procesado ideológico» que mencionaba se refiere a una superposición del «debería ser» sobre el «es»: en una mayoría no sólo hay componentes de un cierto tipo, sino que son lo que «deberían ser», «correctos y apropiados». Y a la inversa, aquellos que carecen de los atributos en cuestión son lo que «no deberían ser», «incorrectos e impropios». El paso de una «mayoría estadística» (la enumeración de un hecho) a la «normalidad» (un juicio de valor), y de una «minoría estadística» a la «anormalidad» imputa una calidad distinta a las diferentes cantidades numéricas: estar en la minoría significa también ser inferior. Cuando se superpone una diferencia de calidad sobre una diferencia de cantidad, y esto se aplica a las relaciones humanas, las diferencias de la fuerza del número se reciclan y convierten en un fenómeno (que, a la vez, se presume y se practica) de «desigualdad social». La cuestión «normalidad versus anormalidad» es la forma en la cual se asimila y domestica la cuestión de «mayoría versus minoría», que más tarde resulta necesaria para construir y preservar el «orden social». Por lo tanto, yo sospecho que cuando la «discapacidad» y la «invalidez», esos términos afiliados a la «anormalidad» (términos que son algo más «políticamente correctos», aunque tampoco de modo completo), se usan en relación con un trato de inferioridad dado a las minorías humanas, son parte inherente de una cuestión más amplia, que es la de «mayoría versus minoría» y, por tanto, en última instancia son un problema «político». Este problema se concentra en la defensa de los derechos de la minoría, que los actuales mecanismos democráticos —basados en la fusión desde el interior de una «mayoría» con el derecho a tomar decisiones que son vinculantes para todos— no parecen ser capaces (y probablemente tampoco ponen especial entusiasmo en ello) de afrontar, asumir y resolver de forma definitiva.

En la famosa historia de H. G. Wells *El valle de los ciegos*, se propone y explora este tema de forma talentosa: en una sociedad de ciegos, ¿sería rey un hombre que fuera tuerto? Eso esperaba la persona que caminaba en dirección al valle para escapar de la sociedad de hombres en posesión de un par de ojos, pues entre ellos ser tuerto estaba considerado como un defecto humillante. Si realmente iba a convertirse en rey una vez se hallara entre ciegos, entonces la asunción tácita que subyacería en nuestra sociedad —el hecho de que la superioridad de ver sobre la ceguera es un veredicto de la naturaleza, y no una creación sociocultural— quedaría respaldada y tendría más fuerza, puede que incluso quedara «probada». Pero las cosas no sucedieron así. El extranjero tuerto no fue aclamado como un rey al que adorar y obedecer, sino que fue calificado como un monstruo al que había que aborrecer y expulsar. En la «normalidad» de los habitantes del valle, una normalidad cortada a la medida de quienes resultaban ser ciegos, él —el hombre tuerto— traía consigo una anormalidad amenazadora. Lo que demuestra que la anormalidad no repele o se siente como una

amenaza porque sea inferior de modo inherente, sino porque colisiona con el orden establecido para satisfacer las necesidades, los hábitos y las expectativas de lo «normal», es decir, de la mayoría. En resumidas cuentas, la discriminación contra lo «anormal» (dicho con más ingenio, la condición minoritaria) es una acción destinada a defender y a preservar el orden, la creación sociocultural...

En su historia en dos volúmenes *Ensayo sobre la ceguera* y *Ensayo sobre la lucidez*, José Saramago desarrolló este tema llevándolo aún más lejos^[29]. En el primer volumen, una inexplicable ceguera aflige a la totalidad de la población de una ciudad excepto a una mujer. En esta minoría de una sola persona se concentran y magnifican los horrores de la nueva «norma», que interrumpe e invalida todas las reglas del antiguo orden. Y en las aterrorizadas mentes de la mayoría ciega, esta minoría adquiere el estatus de causa fundamental, incluso principal, de sus desgracias. En el segundo volumen, la ciudad se ha recuperado enteramente de la plaga de la ceguera, pero ahora se encuentra afligida por una igualmente inexplicable calamidad relacionada con el orden: el electorado no tiene ninguna voluntad de acudir a las urnas y, por tanto, de tomar parte en el juego democrático, que es el actual modelo vinculante. Entonces se moviliza a todas las fuerzas de la policía secreta para que den caza, encuentren y desactiven los poderes de aquella mujer que en los tiempos de la ceguera colectiva consiguió no perder su visión. Quien ha sido anormal una vez, será para siempre anormal. Quien es anormal en un aspecto, es anormal en todos. Y quien es anormal no supone una amenaza dirigida hacia un orden en particular, sino para el orden en sí mismo. A fin de cuentas, todo está relacionado con el orden.

El orden se constituye a la medida de la mayoría, de tal modo que aquellos que son relativamente pocos y no tienen la voluntad de obedecerlo se encuentran en minoría, y por tanto es fácil prescindir de ellos en tanto son una «desviación del rango». Y así, también es fácil señalarlos, localizarlos, desactivarlos y avasallarlos. Seleccionar, señalar y apartar a un lado a quienes entran en el «rango de la anormalidad» es una necesidad que es simultánea a la construcción del orden y al inevitable coste que supone su perpetuación.

Esta es una verdad desagradable, dolorosa y difícil de digerir, pero aun así es una verdad. El mundo habitado está estructurado para resultar acogedor —conveniente y confortable— a sus moradores «normales»: la gente que pertenece a la mayoría. Es obligatorio que los coches estén equipados con luces y bocinas para alertarnos de su proximidad, pero estos son artefactos sin utilidad para quienes son ciegos y sordos. Las escaleras, que se han construido para facilitar el acceso a los lugares elevados, no resultan de ninguna ayuda a las personas que usan sillas de ruedas. A mi avanzada edad, yo mismo he perdido mucho oído y, por lo tanto, ya no oigo cuando suena la llamada del teléfono o el timbre de la puerta. Hasta ahora, todos estos ejemplos que he puesto se relacionan con daños del cuerpo. Una sociedad compasiva puede solucionar estos daños de forma completa gracias a los medios médicos. Y si esto no

fuera posible, puede mitigarlos utilizando unas herramientas tecnológicas que, o bien son una «extensión» del cuerpo humano o bien funcionan sustituyendo las facultades corporales que se han perdido. Sin embargo, existen otras clases de incapacidades. Y estas están mucho más extendidas, aunque en este caso su acción discapacitadora se esconda debajo de la alfombra, o se niegue su existencia con hipocresía, o se aleguen razones para ignorarlas y encubrir las. No se trata de problemas médicos o tecnológicos, sino de asuntos políticos. Por ejemplo, el hándicap que se impone a las personas que no poseen coche cuando se cancelan los trayectos de autobús que son «no lucrativos» (y que, por lo tanto, resultan incómodos al contribuyente «normal»), o bien cuando se cierran oficinas de Correos «no rentables» u oficinas bancarias. Y ya más en particular, hay que hablar de los consumidores «descalificados», esos que, en nuestra sociedad de consumidores, no disponen de mucho dinero. Esos a los que se deniega el crédito y a los que, en consecuencia, se deniega la oportunidad de alcanzar el estándar de «normalidad» establecido por el mercado, y que se contabiliza por el número de posesiones y de acciones adquisitivas. Y, aún más importante, referente al tema que tratamos, es el vasto número de jóvenes aptos y en edad escolar al que se incapacita cuando intenta alcanzar los estándares establecidos por el mercado laboral. Y esta incapacitación viene dada por su circunstancia, la de haber nacido y haber crecido en familias con unos ingresos por debajo de la media, o bien la de haberse criado en barrios desatendidos y menesterosos. Las familias que viven en la pobreza (de nuevo una condición que se mide por los estándares de «normalidad» establecidos socioculturalmente) son las proveedoras más profusas de estudiantes con una «educación inferior al nivel medio». En estos casos, se tiende a aplicar unos remedios que serían los equivalentes políticos de los medios médicos o tecnológicos utilizados para compensar las discapacidades del cuerpo. Desde luego, estos medios existen, pero su disponibilidad o carencia dependen muy poco y de forma muy relativa de las escuelas y de los maestros. Y la desigualdad de oportunidades en educación es un asunto que sólo puede ser abordado, en su conjunto, por las políticas de Estado. Sin embargo, tal como hemos visto, y al menos hasta el momento, las políticas de Estado parecen más bien distanciarse del problema, en vez de acercarse y abordarlo con el empeño debido.

LA INDIGNACIÓN Y LAS AGRUPACIONES POLÍTICAS QUE FUNCIONAN COMO ENJAMBRES

Riccardo Mazzeo: Hace casi quince años, en su libro más importante, *Self-Efficacy: The Exercise of Control*, Albert Bandura escribió:

Las personas no viven en el aislamiento social, ni tampoco pueden ejercer enteramente por sí mismos el control sobre aspectos esenciales de su vida. Muchos de los desafíos de la vida se centran en problemas comunes que requieren que las personas trabajen juntas y usen una voz colectiva para lograr cambios que mejoren su vida. La fuerza que poseen las familias, las comunidades, las organizaciones e instituciones sociales, incluso la que poseen las naciones, reside, al menos en parte, en que las personas tienen la percepción de que existe una eficacia colectiva capaz de resolver los problemas que afrontan... Sucede, cada vez más a menudo, que la vida de las personas es modelada por influencias poderosas que operan fuera de sus instituciones tradicionales, y más allá de las fronteras de los estados nacionales. Los cambios tecnológicos, ampliamente generalizados, y la globalización de las fuerzas económicas, están creando unas interdependencias transnacionales que imponen un incremento de las primas necesarias para el ejercicio de los organismos colectivos, y de este modo detentan, en alguna medida, el control de las personas sobre el curso de sus propias vidas^[30].

Tal y como usted observó de modo agudo, el área para el ejercicio de la acción política no puede quedar confinada al uso de Facebook o Twitter, porque resulta demasiado fácil desconectar después de pasar un rato en lo que pretendía ser un compromiso. El predominio de las soluciones en forma de tentativas individuales tiende a perpetuar la condición *quo ante*, pero cuando los individuos unen la efervescencia de sus mentes y además juntan sus *cuerpos*, aún a riesgo de sus propias vidas, para protestar contra la injusticia, arriesgando sus vidas, entonces es cuando entran en juego los organismos colectivos. Y, tal como se nos está confirmando, en Túnez, en Egipto, en Siria, estos son poderosos.

En lo que respecta a la escuela, en Chile está sucediendo algo que es impresionante. En el pasado, Pinochet había hecho una reforma de la educación orientada de modo clasista: escuelas y universidades privadas muy caras para los ricos, y una educación pública, también cara, para el resto de la población, de tal modo que las familias se iban endeudando cada vez más para poder construir un futuro para sus hijos. En los últimos veinte años de democracia este sistema había permanecido inalterado, pero desde hace unos cuantos meses los jóvenes se han agrupado para exigir una reforma. El presidente Piñera ha tenido que ceder dos veces ante la joven presidenta de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, Camila Vallejo. En primera instancia tuvo que despedir a su ministro de Educación, y ahora acaba de prometer una reforma de la Constitución y también unas inversiones significativas en las escuelas y las universidades.

Zygmunt Bauman: El 3 de enero del año 2011, John Lichfield decía en *The*

Independent:

Indignez-vous! (¡Indignaos!), un breve panfleto escrito por Stéphane Hessel^[31], héroe de la resistencia francesa durante la guerra, está batiendo todos los récords de publicación en Francia. El libro urge a los franceses, y a cualesquiera otros, a recuperar el espíritu de la resistencia contra los nazis que imperó en tiempos de guerra. Y los apremia para que rechacen el «insolente, egoísta» poder del dinero y de los mercados, y para que defiendan los «valores sociales de la democracia moderna» [...]. Para el señor Hessel y su pequeño editor de izquierdas (acostumbrado a hacer tirajes que no van más allá de unos centenares) resulta evidente que, al escribir este texto, Hessel ha tocado un punto sensible, tanto en el nivel nacional como en el internacional, en una época que se caracteriza por la tiranía del mercado, las bonificaciones a los banqueros y las amenazas de recortar presupuestos que resultan imprescindibles para la supervivencia del Estado del bienestar que se creó en la posguerra.

Tres meses más tarde, el 13 de abril, Sudhir Hazareesingh confirmó de pleno el instinto del editor. Y escribió lo siguiente sobre el «breve panfleto» —en el ínterin había vendido más de un millón de copias solamente en Francia, además de haber sido traducido a más de diez lenguas europeas— en *The Times Literary Supplement*:

Es un vigoroso texto que llama a abandonar la apatía y a establecer un compromiso con una «insurrección pacífica». Es una apelación contra todas las injusticias que aquejan al mundo contemporáneo: la explotación continuada de los países ricos al mundo en vías de desarrollo, el atropello de los derechos humanos cometido por Gobiernos despóticos y la mano de hierro del mercantilismo que atenaza al cuerpo político, amenazando con socavar los logros sociales y económicos del Estado del bienestar por los que la generación antifascista luchó (y murió).

El «pequeño panfleto» era, de hecho, más un folleto que un libro: tan sólo treinta páginas de texto que se vendían a tres euros la copia. Ciertamente, la brevedad del texto ayudó a que se propagara el mensaje. Para una generación habituada a hacer correr rumores, a los estribillos, a los SMS y al Twitter, la longitud del escrito era lo suficientemente corta como para no resultar incómoda. Y era legible y digerible, se podía comprimir con facilidad para adquirir la extensión habitual de los comentarios que se hacen *on line*. El tipo de noticia perfectamente adecuada para extenderse mediante el boca-oído (o, siendo más exactos, para leerse de modo táctil y a la carrera en un mensaje de móvil), y que sobrepasó con rapidez ese punto crítico en el que se activa la «ley de Daniel Boorstin» (que dice lo siguiente: los *best sellers* son libros que se venden bien porque se están vendiendo bien).

Por supuesto, esto no lo explica todo. Particularmente, 2011 fue el año de la Primavera Árabe y del sorprendente fenómeno que supuso ver a las personas tomando la calle y acampando en las plazas públicas de las ciudades de España, Grecia, Italia e Israel. Dicho de modo breve, las semillas que plantó Hessel debieron haber caído en un terreno bien abonado para fructificar como lo hicieron. Y la gente debía ya estar indignada para que el llamado *Indignez-vous!*, fuera escuchado con tanta avidez, y además atendido. O, acudiendo a otra metáfora: la solución en que se encontraban suspendidas las partículas de frustraciones, esperanzas traicionadas y expectativas fallidas ya estaba llena a rebosar. A ello se sumó una enorme incertidumbre, más la inseguridad, más los temores respecto a lo que estaba por llegar

en el futuro... Y toda esta mezcla junta sólo requirió de una levísima sacudida para que se precipitara una sedimentación masiva de lo que sólo se puede denominar «cristales de cólera».

¿Y qué es lo que abonó este suelo y luego sobresaturó la solución? En su traducción más resumida, la respuesta es: el abismo cada vez más profundo entre los gobernantes y los gobernados. Resulta muy difícil descubrir, por no decir comprender, qué conexión existe entre las inquietudes que se manejan en las altas esferas, y los problemas y ansiedades de los hombres y mujeres ordinarios que viven en un escalafón mucho más bajo (esta es una alienación recíproca que los organismos gubernamentales intentan ocultar de vez en cuando, aunque sólo sea durante un breve lapso de tiempo, y a tal efecto tratan de desviar los problemas que tiene el electorado hacia malhechores imaginarios, tales como los inmigrantes... y de este modo eluden sus propias responsabilidades). Los Gobiernos estatales, que han sido despojados de muchos de sus poderes por los bancos, compañías multinacionales y otras fuerzas supranacionales, son incapaces de prestar atención, con seriedad, a las causas genuinas de la miseria de la gente. Y como era de esperar, la gente les ha retirado su confianza. Ya nadie cree que los Gobiernos sean aptos, o tan siquiera tengan la voluntad de resolver los problemas. Han ido pasando los años y la afamada declaración de Peter Drucker en el sentido de que ya no existe redención posible para la sociedad, ha probado ser una profecía autocumplida. Las personas buscan desesperadamente una salvación, y ya no miran hacia arriba, sino a su alrededor. Y los jóvenes que viven entre nosotros lo hacen aún más que sus mayores, pues nunca, a lo largo de sus breves vidas, han tenido la posibilidad o la esperanza de que la ayuda les llegue de quienes habitan en las altas esferas. Y, desde luego, sus esperanzas jamás han sido satisfechas.

Las políticas emergentes, las que suponen una alternativa esperanzadora a los desacreditados mecanismos políticos, tienden a ser horizontales y transversales, en vez de verticales y jerárquicas. Yo digo que funcionan «a la manera de los enjambres», pues al igual que estos, las agrupaciones políticas y las alianzas son creaciones efímeras, que se convocan con facilidad, pero que tienen grandes dificultades en mantenerse unidas el suficiente tiempo como para «institucionalizarse» (construir estructuras perdurables). Se las arreglan muy bien sin cuarteles, sin burocracias y sin líderes, sin capataces y sin caporales. Se agrupan y se dispersan poco menos que de forma espontánea, y con la misma facilidad. Cada momento de duración de su vida es intensamente apasionado, pero es notorio que las pasiones intensas se desvanecen con rapidez. Uno no puede construir una sociedad alternativa tan sólo con pasión, y la falacia de su viabilidad consume la mayor parte de la energía que hubiera sido necesaria para construir semejante sociedad. Adoptando el ejemplo que usted puso: yo espero sinceramente que el celo de Camila Vallejo no se agote antes de que el atroz legado de Pinochet sea reemplazado por una educación modélica, justa y equitativa, pero me temo que las oportunidades de que

esto suceda no son particularmente prometedoras. Mi sospecha (y ojalá esté equivocado) es que la acción emprendida a través de Internet sólo puede lograr la reposición de lo apolítico mediante la creación de una ilusión política... Hasta el momento, y por desgracia, mis sospechas se ven respaldadas por los hechos. Ninguno de los estallidos de protesta de raíces populares, que han sido propiciados de forma verdaderamente espectacular por Internet y luego magnificados por la electrónica, han conseguido, al menos hasta ahora, eliminar las causas que han desencadenado la ira y el desespero de la población...

CONSUMIDORES IMPERFECTOS Y ZONAS MINADAS QUE NO TIENEN FIN

Riccardo Mazzeo: Ayer (22 de agosto de 2011) leí en el periódico *The Guardian* las opiniones opuestas que sostienen David Cameron y Tony Blair en referencia a los recientes disturbios que tuvieron lugar en Inglaterra, y en los que se cometieron 3296 delitos, que a su vez han llevado a 1875 arrestos y a la imputación de 1073 personas:

Ayer, David Cameron ratificó su convicción de que los disturbios son un síntoma del declive moral de Inglaterra, en contraste con la opinión de Tony Blair, quien rechazó este argumento calificándolo de «lamento pomposo» que ignoraba la verdadera causa del problema.

Creo que los dos políticos hablan (actúan) de mala fe. Pues ¿cómo es posible que Cameron declare: «La codicia y el gamberrismo [...] no aparecen de la nada [...], son problemas profundos de nuestra sociedad que han estado aumentando durante largo tiempo: el deterioro del sentido de la responsabilidad, el egoísmo en alza, y la percepción creciente de que los derechos individuales se anteponen a cualquier otra cosa»? Tal y como subrayó Howard Jacobson, ganador del Man Booker Prize for Fiction en 2010, en *The Independent*: «Esta forma particular de pillaje conocido como robo en grupo está aumentando de forma descontrolada». Los chacales económicos están arrastrando el mundo a la fractura y a la devastación. Cameron ha triplicado el precio de las matrículas universitarias. Y en lo que respecta a Blair, declaró que argumentar como lo había hecho Cameron era «lanzar por la borda nuestra propia reputación [...]. Inglaterra, en conjunto, no ha caído en un declive moral general». Loretta Napoleoni pone de manifiesto las mentiras de los dos políticos ingleses en el último número de la revista semanal italiana *L'Espresso* (25 de agosto de 2011):

En la capital británica hay dos sociedades que viven juntas, codo con codo: la marginal, la sociedad frustrada y furiosa de los disturbios de agosto; y la integrada, la sociedad feliz y acomodada que en el último mes de abril celebró la boda de William y Kate. Esta es, sintetizada en el espacio de un par de *tweets*, la narrativa, sólo en apariencia esquizofrénica, de una nación que es muy candorosa a la hora de esconder sus contradicciones socioeconómicas. Un país en el que durante los últimos treinta años las divisiones raciales se han solapado con las divisiones de clase, generando una red social que no es otra cosa que la alambrada de púas de la exclusión. Una inexpugnable frontera entre «los que poseen», y los «que no poseen» y nunca poseerán.

Creo que usted tiene algo importante que decir sobre el ejemplo de consumismo que hoy día se da entre los jóvenes.

Zygmunt Bauman: Sería un error describir el reciente malestar de Londres como un caso de disturbios debidos al hambre o a la falta de pan. Fueron disturbios protagonizados por consumidores imperfectos e incapacitados.

Las revoluciones no son el producto básico de la desigualdad social, pero los campos minados sí que lo son. Las zonas minadas están repletas de explosivos esparcidos de forma aleatoria: uno puede estar muy seguro de que alguno de ellos explotará en algún momento, aunque no existe ninguna certidumbre respecto a cuál de ellos explotará o cuándo. Puesto que las revoluciones sociales son asuntos enfocados y dirigidos por sectores específicos, se puede hacer algo para localizarlas y desactivarlas a tiempo. Pero no se puede hacer lo mismo con las explosiones de minas. En una zona minada donde los soldados de un ejército han diseminado los explosivos, se puede mandar a los soldados de otro ejército para desenterrarlas y desactivarlas. Es un trabajo peligroso, de los más peligrosos que hay, tal y como nos sigue recordando la sabiduría del viejo soldado: «El zapador comete un solo error». Pero en las zonas que han sido minadas por la desigualdad social, no se puede tan siquiera aplicar esta solución, por traicionera que sea, pues en este caso poner las minas y luego desenterrarlas y sacarlas a la luz es algo que debe ser realizado por el mismo ejército, y la desigualdad social es un ejército que jamás puede dejar de añadir nuevas minas a las ya existentes, y tampoco puede evitar pisar las minas una y otra vez. Colocar minas y a la vez convertirse en víctima de sus explosiones es algo que viene en el mismo paquete.

La desigualdad social siempre se deriva de la división existente entre los que poseen y los que no poseen, tal y como Miguel de Cervantes Saavedra ya apuntó en una época tan lejana como hace medio milenio. Pero al cambiar los tiempos, lo que ha generado el resentimiento más apasionado entre las dos posiciones es el hecho de poseer o no poseer objetos *diferentes*, unos objetos que son deseados con pasión. En la Europa de hace dos siglos y en algunos lugares remotos de la misma Europa hace tan sólo unas cuantas décadas, y aún hoy en algunos campos de batalla de guerras tribales o bien en zonas de recreo de dictadores, los objetos básicos que soliviantaban a quienes no poseían contra quienes sí poseían eran el pan o el arroz. Gracias a Dios, la ciencia, la tecnología y ciertas políticas y medidas razonables, ahora este ya no suele ser el caso. Lo que no significa que las antiguas divisiones estén muertas y enterradas. Más bien lo contrario... los objetos de deseo cuya carencia es causa de mayor y más violento resentimiento son muchos y variados, y su cantidad, al igual que las tentaciones que presentan, sigue creciendo a diario. Y con ellos se acrecientan la ira, la humillación, el rencor y la envidia que despierta la no posesión de estos objetos, y al mismo tiempo también despierta una urgencia por destruir lo que no se puede poseer. El pillaje y el incendio de tiendas derivan del mismo impulso y gratifican el mismo anhelo.

Ahora somos todos consumidores. Ante todo y en primer lugar somos consumidores, consumidores por derecho y por deber. Después del ataque del 11 de septiembre de 2001, George W. Bush apeló a los americanos para que superaran el trauma y volvieran a la normalidad, y a tales efectos sus palabras fueron: «Vuelvan ustedes a comprar». Lo que nos sirve como medida básica para evaluar nuestro lugar

y nuestra calificación social en la carrera para alcanzar el éxito en la vida es el grado de nuestra actividad como compradores y la facilidad con que desechamos un objeto de consumo para reemplazarlo con otro «nuevo y mejor». Buscamos una solución en las compras y tiendas cada vez que necesitamos alejarnos de los problemas, al igual que lo hacemos cuando vamos en busca de satisfacciones. Desde la cuna hasta la sepultura se nos entrena y ejercita para que nos acerquemos a las tiendas, como si estas fueran farmacias repletas de drogas que sanan o cuando menos mitigan todas las enfermedades y aflicciones de nuestras vidas personales, y de nuestra vida en común. En consecuencia, las tiendas y la acción de comprar adquieren una dimensión escatológica plena y verdadera. Expresado con las famosas palabras de George Ritzer, los supermercados son nuestros templos. Y yo añadiría, la lista de la compra es nuestro breviario, mientras que los paseos por los centros comerciales se han convertido en nuestros peregrinajes. Nuestras emociones más intensas consisten en comprar de forma impulsiva y luego librarnos de las posesiones que ya no son lo suficientemente atractivas, para en su lugar colocar unas que nos resulten más atractivas. La plena satisfacción del placer del consumidor significa la plenitud vital. Compro, luego soy. Comprar o no comprar, esta es la cuestión.

Para los consumidores imperfectos, estos «no poseedores» contemporáneos, no comprar es el irritante estigma de una vida no realizada, una vida de vacío que no es buena para nada. Significa no sólo la ausencia de placer, sino también la ausencia de dignidad humana. La falta de sentido de la vida y, en última instancia, de humanidad y de cualquier otra base en la que fundamentar el propio respeto y el respeto de quienes nos rodean.

Los supermercados son los templos de culto para los miembros de la congregación. Pero para quienes están anatemizados, para esos que son considerados deficientes y están proscritos de la Iglesia de los consumidores, estos templos son los puestos de avanzadilla que el enemigo ha elegido en la tierra de la que ellos se encuentran exiliados. Sus baluartes, sólidamente fortificados, les impiden a ellos el acceso a unos bienes, a la vez que protegen a otros de sufrir un destino similar al suyo: George W. Bush no tendría más remedio que estar de acuerdo, bloquean el camino de retorno (y el acceso de aquellos jóvenes que nunca han llegado a sentarse en un banco de la iglesia) a la «normalidad». Las rejas metálicas y las celosías, las cámaras de vigilancia, los guardias de seguridad en la puerta y los que están escondidos en el interior, todo ello ayuda a crear una atmósfera de campo de batalla y de hostilidades continuadas. Estas ciudadelas del enemigo, que se hallan en nuestro entorno, y que están armadas y estrechamente vigiladas, sirven como un recordatorio incesante y diario de las desdichas de los nativos, de su escaso valor y de su humillación. Desde su inaccesibilidad altiva y arrogante, nos desafían y parecen increparnos: «¡Atrévete!». Pero atrévete ¿a qué?

Poco después de los disturbios, Fernando Duarte me entrevistó (vía electrónica) para un periódico brasileño, *O Globo*. Dado que los temas abordados están

estrechamente relacionados con su pregunta de ahora, permítame citar sus preguntas y respuestas al completo.

Dado que su obra trata sobre posmodernismo y consumismo, ¿no le parece irónico el hecho de que los disturbios se centraran en el pillaje de objetos de consumo?

Estos disturbios fueron, por decirlo de alguna manera, una explosión destinada a suceder tarde o temprano. Al igual que sucede en un campo minado, donde uno sabe que tarde o temprano algunos de los explosivos harán justicia a su propia naturaleza y explotarán. Aunque uno no sepa dónde ni cuándo. Sin embargo, en el caso de un campo de minas social, lo más probable es que una explosión se expanda de forma instantánea. Y esto es debido al modo en que la tecnología contemporánea transmite la información en «tiempo real», propiciando el efecto de «mimesis». Este campo de minas social en particular se generó a causa de una combinación de consumismo y de desigualdad creciente. No se trató de una rebelión o una insurrección de personas que estuvieran hambrientas o en la pobreza, o bien de una minoría étnica o religiosa oprimida. Fue un motín de consumidores imperfectos e incapacitados, personas ofendidas y humilladas por el despliegue de riquezas, unas riquezas a las que a ellos se les denegaba el acceso. Se nos ha coaccionado y seducido para que en el hecho de comprar veamos la receta que nos procurará una buena vida y que será la principal solución de todos nuestros problemas. Se nos ha coaccionado y seducido a todos, pero luego se impide el uso de esta receta a una gran parte de la población. El mejor modo de comprender los disturbios ciudadanos de Gran Bretaña es entenderlos como una revuelta de consumidores frustrados.

Existen muchos debates que analizan las raíces sociales que se ocultan tras los disturbios, y es inevitable que uno de ellos trabaje con la hipótesis de las desigualdades. ¿Cuán tramposo resulta el establishment a la hora de plantearse estas cuestiones, teniendo en cuenta que los conceptos de poseedores y no poseedores parecen haber variado tanto en estas últimas y pocas décadas?

Resulta tan tramposo como la reacción que han tenido los Gobiernos ante la depresión económica provocada por el colapso del crédito (refinanciar los bancos para devolverlos a la «normalidad»: ¡para que sigan ejerciendo la misma actividad que fue la razón principal del colapso y de la depresión!). Hasta el momento, la respuesta del Gobierno británico ante el motín de los humillados está destinada a agudizar la misma humillación que ha causado su rebelión, en tanto dejará intactas las fuentes de esta humillación, en particular el consumismo incontrolado combinado con una desigualdad creciente. Es probable que la política de la línea dura y las medidas despóticas tomadas por el Gobierno sofoquen esta explosión aquí y ahora, pero no ayudarán en absoluto a desactivar el campo de minas que la ha causado ni van a prevenir futuros estallidos. Los problemas sociales jamás pudieron ser solventados mediante la imposición de un toque de queda, pues este sólo consigue que se pudran e infecten. La reacción del Gobierno británico ha sido un intento desencaminado para encontrar una solución puntual e instantánea a algo que hace mucho tiempo aflige a la sociedad. Abordar, de verdad, esta clase de aflicción requeriría nada menos que una reforma muy seria de los modos en que funciona la sociedad y una genuina revolución cultural, algo que Edgar Morin sugirió en su reciente visita a São Paulo.

Cuando se habla con los jóvenes que proceden de los entornos más pobres, uno puede sentir claramente su resentimiento por la falta de oportunidades en la educación y en el trabajo. Sin embargo, no hemos visto que se quemaran universidades, por poner un ejemplo. ¿Podríamos entonces presumir que resulta mucho más simbólico abrasar una tienda de la cadena Dixon?

Digan lo que digan los jóvenes cuando se les pide que expliquen los motivos de su enfado (y la mayoría de veces repiten las explicaciones que han escuchado en la televisión y leído en los periódicos), el hecho es que cuando se entregaron al pillaje y prendieron fuego a las tiendas estaban intentando «cambiar la sociedad». Es decir, intentaban reemplazar el orden actual por otro que fuera más humano, en el que tuviera cabida una vida digna y decente. No se rebelaron contra el consumismo, sino que hicieron un intento (erróneo y condenado al fracaso) de unirse —aunque sólo fuera por un momento fugaz— a las filas de consumidores de las cuales habían sido excluidos. Su motín fue disperso, no planificado, una explosión espontánea de frustración acumulada que sólo puede ser explicada en términos de «sucedió porque», y no en términos de «sucedió para que». Y yo pongo en duda que la pregunta «para qué» tuviera algún papel en aquella orgía de destrucción.

¿Hasta qué punto son culpables las políticas públicas que crearon los barrios de viviendas de protección oficial, descritas como bolsas de exclusión?

Los sucesivos Gobiernos británicos cesaron de construir viviendas de protección oficial hace ya mucho

tiempo. Y dejaron la distribución espacial de la población, junto con sus problemas y dificultades, enteramente en manos de las fuerzas del mercado. La condensación de personas desfavorecidas en ciertas áreas de la ciudad, un caso no muy alejado al de las favelas, es un hecho que no está guiado por las políticas sociales, sino por el precio de las viviendas sumado e instigado por la propensión de los segmentos de habitantes urbanos de clase superior, que tienden a cerrarse en sí mismos —apartándose de las dificultades de la ciudad— en lo se ha dado por llamar «comunidades cerradas». Hoy, la segregación y la polarización en las ciudades es el resultado de la libre actividad, sin control político, de las fuerzas del mercado. Y si en algún momento las políticas de Estado contribuyen de alguna manera, su contribución adopta la forma de un rechazo gubernamental: el Estado no se toma la molestia de asumir responsabilidades ligadas al bienestar humano y toma la decisión de «contratar a terceros», en este caso, al capital privado.

En su artículo para el periódico Social Europe, usted se niega a calificar los disturbios como cierto tipo de revolución social. ¿No cree que en esta situación exista al menos un atisbo, un pequeño deseo de cambio social? ¿O simplemente nos encontramos ante un enorme desequilibrio entre fases del deseo?

Hasta el momento, he fracasado a la hora de encontrar cualquier evidencia de este deseo que nombra usted. Revestir de romanticismo una vida humilde de sacrificio siempre ha sido una filosofía de la clase pudiente y acomodada, siempre y cuando no se den efectos colaterales que afecten a la prosperidad de la que ellos gozan. Sin embargo, los que protagonizan disturbios desean ardientemente imitar a los ricos (un sueño irracional, alcanzable sólo por medios irracionales), en vez de cambiar su propio estilo de vida reemplazándolo por uno regido por el autodomínio, la templanza y la moderación. Tal y como señaló Neal Lawson, ese agudo observador de las tendencias actuales: «Lo que algunos han etiquetado de un modo que ha sido muy poco útil como la “salvaje clase baja”, no es más que un simple espejo de la actual “élite salvaje”». Un espejo distorsionado y distorsionante, sin duda alguna, pero aun así un espejo...

La policía no podrá permanecer en las calles por mucho tiempo ni en tan gran número. Y muy pronto la vida volverá a la «normalidad». Dado el relativo éxito de los primeros disturbios de consumidores, ¿hasta qué punto deben temer los londinenses? ¿Pueden esperar que haya más disturbios en el futuro?

Sus conjeturas serían tan buenas como las mías... pero todos sabemos, por abundantes experiencias, que las expediciones de castigo tan sólo pueden extinguir este o aquel fuego local, pero que no se centran en reacondicionar y reconstruir las zonas en las que han prendido las llamas para que estas dejen de ser áreas «socialmente inflamables» para siempre. El único efecto de las acciones policiales improvisadas es hacer que las futuras acciones policiales sean aún más apremiantes. La acción policial, por expresarlo de alguna manera, se destaca a la hora de saber reproducir sus propias necesidades. No olvide que en el caso de los consumidores frustrados e incapacitados, devolverlos a la «normalidad», significa retornarlos a su condición de campo de minas.

Y por último, pero no menos importante, y haciendo mía la famosa pregunta final del New Statesman: dado que el consumismo está tan arraigado en la sociedad posmoderna, ¿cree usted que estamos todos condenados? ¿Cómo enfocar el shopping como un marco de normalidad?

Hace unos pocos meses, François Flahaut publicó un notable estudio sobre la idea del bien común y las realidades por las que apuesta^[32]. El mensaje más importante de su nuevo libro, centrado en la condición actual de nuestra sociedad, radicalmente «individualizada», es que la idea de los derechos humanos hoy se usa para reemplazar y eliminar el concepto de las «buenas políticas». Cuando la verdad es que esta idea, para ser realista, debe estar fundada en la idea del bien común. La coexistencia entre humanos y la vida social constituyen el bien común, que lo es de todos nosotros, del cual y gracias al cual derivan todos los bienes culturales y sociales. Por esta razón, la búsqueda de la felicidad debería concentrarse en promover experiencias, instituciones, y otras realidades culturales y naturales de la vida en común, en vez de concentrarse en los índices de riqueza, que tienden a deformar la unidad de los hombres para convertirla en competiciones y realidades individuales.

Por lo tanto, la cuestión —y es una cuestión para la que aún no tenemos una respuesta convincente ni empíricamente bien fundada— es si las alegrías de la convivencia son capaces de reemplazar la persecución de riquezas, el placer de los bienes abastecidos por el mercado y la necesidad de aventajar siempre a los demás, además de la idea de un crecimiento económico infinito. Todas ellas son ideas que se

presentan como recetas universalmente aceptadas para conseguir una vida feliz. En resumidas cuentas, nuestro deseo de disfrutar de los placeres de la convivencia, por muy «natural», endémico y espontáneo que sea, ¿es un deseo que perseguir dentro de la clase de sociedad actual y predominante en la que vivimos? ¿Y podemos aspirar a él sin caer en la trampa del utilitarismo y siendo capaces de sortear la mediación del *marketing*? Bien, si este no es el camino que escogemos nosotros por propia voluntad, puede muy bien suceder que las consecuencias de nuestro rechazo nos obliguen a aceptarlo...

En su libro *Prosperidad sin crecimiento: economía para un planeta finito*, el profesor Tim Jackson, de la Universidad de Surrey, dispara las alarmas^[33]. El actual modelo de crecimiento causa unos daños que son irreversibles. Y esto es así porque el «crecimiento» se mide en función del aumento de la producción material, en vez de ser medido en función de servicios como el ocio, la salud y la educación... Tim Jackson advierte que para cuando termine este siglo, «nuestros hijos y nuestros nietos tendrán que enfrentarse a un clima hostil y a unos recursos empobrecidos, a la destrucción de los hábitats, a la extinción de las especies, a la escasez de alimentos, a las migraciones masivas y, casi de forma inevitable, a la guerra». Nuestro consumo, estimulado por la deuda, celosamente impulsado, inspirado y asistido por los poderes «es ecológicamente insostenible, socialmente problemático y económicamente inestable». Jackson también dice que en un escenario social como el nuestro, donde las cinco personas más ricas del mundo reciben el 74 por ciento del beneficio anual del planeta, mientras que las cinco más pobres tienen que arreglárselas con el 2 por ciento, la estratagema común para justificar la devastación perpetuada por las políticas económicas de crecimiento —a saber, que estas sirven para dar al traste con la pobreza—, no puede ser otra cosa que mera hipocresía, un insulto a la razón. Pues bien, esta escalofriante observación ha sido casi universalmente ignorada por los canales de información más populares (y efectivos). O bien ha sido relegada, en el mejor de los casos, a las páginas y horas del día conocidas por acoger y dar cabida a voces que ya se han acostumbrado y resignado a verse siempre en la difícil situación de clamar en el desierto.

En *The Guardian* del 23 de enero de 2010, Jeremy Leggett sigue la pista marcada por Jackson, y sugiere que una prosperidad perdurable (en oposición a un suicidio fatal o categórico) ha de ser buscada «fuera de las trampas convencionales de la opulencia» (y yo quisiera añadir, fuera del círculo vicioso del uso, mal uso y abuso de los productos y de la energía). Y ha de ser buscada en las relaciones humanas, en las familias, en los vecindarios, en las comunidades, en el sentido de la vida y en esas zonas, reconocidas como brumosas, de «las vocaciones en una sociedad funcional que en el futuro apueste por los valores éticos». El mismo Jackson inicia su argumento admitiendo, con parquedad, que cuestionar el crecimiento económico será conceptuado como un acto de «lunáticos, idealistas y revolucionarios». Y asume el riesgo —temido y esperado, y no sin razón— de que los apóstoles y adictos a la

ideología del crecer o morir, le asignen a una de estas tres categorías, o a las tres a la vez.

Tal y como señaló Adam Smith, debemos nuestras provisiones diarias de pan fresco a la codicia del panadero, y no a su altruismo, a su sentido caritativo, a su benevolencia o a su noble moralidad. Gracias al deseo humano, demasiado humano, de sacar provecho a las situaciones, los bienes llegan a las estanterías del mercado y nosotros podemos tener la seguridad de hallarlos allí. Incluso Amartya Sen —quien insiste en que el bienestar y la libertad de vivir una vida decente deben ser considerados como los objetivos definitivos de la economía—,^[34] admite que «realmente, no es posible una economía floreciente sin hacer un uso amplio de los mercados. En consecuencia, lo que debemos hacer, para tener un mundo económico próspero y justo, es cultivar el desarrollo de estos mercados que son necesarios, en vez de ponerles impedimentos». Lo que sigue a continuación es, en primer lugar, que si se neutralizan el ansia y la subsiguiente búsqueda de lucro, entonces lo que se está consiguiendo es la desaparición de los mercados y, por consiguiente, la de los bienes. En segundo lugar, ya que los mercados son necesarios para que «prosperes la economía», si se eliminan el egoísmo y la avaricia como rasgos que motivan a los humanos, entonces será a costa de asumir unos riesgos compartidos. Finalmente, hay una tercera conclusión: el altruismo va en contra de una «economía próspera». Se puede tener el uno o se puede tener la otra, pero es difícil que se puedan conseguir los dos juntos...

Jackson sorteas este obstáculo, que es bastante serio, apostando por la razón humana y por el poder de persuasión. Sin duda, ambas son armas poderosas, y desde luego serían efectivas para la «remodelación del sistema económico», si no fuera por el desafortunado hecho de que los dictados de la razón dependen de la realidad sobre la que se razona, y que estas realidades, cuando quienes razonan sobre ellas son agentes razonables, disponen de un «poder de persuasión» mucho más fuerte que cualquier argumento que pretenda ignorarlas o restarles importancia. La realidad en cuestión es una sociedad que puede resolver (aunque sea de modo imperfecto) los problemas que ella misma genera (conflictos sociales y antagonismos que amenazan su propia preservación) tan sólo mediante un ininterrumpido engrosamiento del «ansia por la novedad». Y por lo tanto, apelando de modo constante a esa codicia y avaricia que mantienen la economía «en estado de prosperidad»...

Jackson propone un programa de tres puntos: concienciar a la gente para que comprenda que el crecimiento económico tiene sus límites, convencer (¿obligar?) a los capitalistas para que, llegado el momento de distribuir sus beneficios, se guíen no sólo por «términos financieros», sino también teniendo en cuenta los beneficios sociales y medioambientales para la comunidad. Por último, «cambiar la lógica social» que utilizan los Gobiernos cuando maniobran y preparan las actuaciones previstas para generar los estímulos económicos, de tal modo que estas induzcan a las personas a expandir y enriquecer sus vidas de otro modo que no sea sólo el

materialista. Todo esto está muy bien, pero existe un obstáculo. ¿Cómo contemplarlo, con algo de seriedad, sin antes abordar aquellos aspectos de la condición humana que inducen a las personas a compensar sus carencias buscando, en primer lugar y antes que nada, satisfacción en los mercados? Es decir, sin antes abordar los pesares que no encuentran una solución, ya sea genuina o facultativa, y las ansias que no han sido atendidas por la sociedad, y que por lo tanto no encuentran otra salida que no sea la de las ofertas del mercado. Esos pesares y anhelos que son redirigidos hacia los mercados de consumo con la esperanza, insistente pero vana y engañosa, de que en ellos se va a encontrar una medicina o solución.

RICHARD SENNETT HABLA DE LA DIFERENCIA

Riccardo Mazzeo: ¡Qué análisis tan esclarecedor! El periodista Fabrizio Gatti, corresponsal de Birmingham para el semanario italiano *L'Espresso*, le cita a usted esta semana:

Uno de los más penetrantes análisis hechos sobre los disturbios, publicado por el sociólogo Zygmunt Bauman, revela que «la organización espacial de la población, junto con sus ansias y problemas, ha sido totalmente desatendida para ser entregada a las fuerzas del mercado. La concentración de habitantes pobres y menesterosos en zonas concretas de la ciudad no ha sido decidida por las políticas sociales, sino por los precios de las viviendas».

El periodista subraya que usted no habla de una «sociedad rota» como hace David Cameron, sino que habla de «comunidades cerradas». Michela Marzano, que en mi opinión es una de las más brillantes filósofas jóvenes, ha descrito las comunidades cerradas de modo impresionante:

En un mundo globalizado, donde se supone que las fronteras han desaparecido, existe una clase de gente que puede vivir, trabajar y viajar dentro de ciertas áreas protegidas sin jamás verse confrontada con el resto de la población del mundo, en particular con aquellos que son los más desfavorecidos. ¿Cómo podemos esperar que comprendan que, en realidad, pertenecen a la misma humanidad? Lo que no se ve, no se contempla. Es obvio que este atrincheramiento es una manera de sobreponerse al miedo que inspiran los otros, pero a menudo el resultado es el opuesto al que se esperaba. Lejos de procurar protección, las barreras consolidan las diferencias, propician el egocentrismo y generan más miedo. La presencia de los muros da pie a una idea, la de que el enemigo está por todas partes, de que es peligroso y anónimo, y de que todas las medidas defensivas que se tomen son legítimas.

Esto es lo que muestra Rodrigo Plá en *La zona* (2008). La película narra la historia de tres jóvenes mexicanos que proceden de un vecindario pobre y que se introducen en una comunidad cerrada protegida por muros, vigilada por cámaras, y en la que hay patrullas privadas del servicio de seguridad. El acceso al área está reservada a los residentes. Los tres jóvenes irrumpen en una casa y dos de ellos acaban por asesinar al propietario que los descubre. Los servicios de seguridad intervienen de inmediato y matan a dos de ellos mientras que el tercero se las arregla para escapar. En su huida, penetra más y más en el interior de la zona y los residentes, en vez de llamar a la policía, deciden tomarse la justicia por su propia mano, basándose en el estado de excepción del que goza su comunidad cerrada. No confían en nadie excepto en ellos mismos, y cualquiera que llegue desde el exterior es rechazado como una amenaza. Se produce entonces una cruel persecución humana y todos aquellos que expresan su desacuerdo son tratados primero como sospechosos y luego con abierta hostilidad. Todos ellos están atrapados en una lógica infernal que no permite una salida. El fugitivo ya ni siquiera es considerado un ser humano, y por fin es ejecutado de forma implacable, aun siendo inocente.

La zona habla de una sociedad fragmentada y feudal dividida en dos partes supuestas que se temen y odian la una a la otra. Pero ¿qué puede hacerse con una sociedad en la que una minoría es vergonzosamente rica y la otra es desesperadamente pobre? ¿Podemos construir muros lo suficientemente altos para que apacigüen el miedo? ¿Acaso el aislamiento de todos aquellos que viven detrás de un muro no genera aún más terror? Al rodearse ellos mismos de muros, los residentes de *La zona* son los responsables de su propio aprisionamiento. Los muros acaban por exacerbar el miedo porque se convierten en una auténtica materialización de lo que es la separación de los otros. En este mundo indiferente y frío —donde las comunidades tan sólo obedecen sus propias reglas, y estas son las únicas que se estiman capaces de preservar la paz y la seguridad— todo está permitido. Esta es la razón de que cualquier extranjero se convierta en un enemigo susceptible de ser cazado y ejecutado^[35].

Y Gatti sintetiza:

Tras el desmantelamiento de Al-Qaeda, miembros de la clase alta inglesa que jamás habían puesto un pie en los barrios de las clases trabajadoras descubren de repente que los nuevos enemigos son sus alumnos, o sea, sus adolescentes. La solución se presenta clara para todo el mundo: necesitaremos políticas que inviertan en fortalecer las escuelas, en cualificar a los profesores, en ayudar a las empresas para que creen empleo. Una sociedad por reconstruir. Pero hoy día cualquier política dispuesta a invertir en el crecimiento social será penalizada por el mercado de valores y por el libre comercio financiero.

Zygmunt Bauman: La nuestra es una sociedad que se basa cada vez más en la diáspora, y no es sorprendente que muchos residentes de la ciudad se muestren aprensivos y se sientan amenazados cuando se ven expuestos no sólo a los extranjeros (después de todo, la vida ciudadana siempre ha significado una existencia rodeada de extranjeros), sino a una nueva clase de extranjeros nunca vista hasta ahora, y en consecuencia que se presume «sin domesticar» y «sin domar», y que trae consigo una amenaza desconocida. La primera reacción, la inspirada por las tripas, es la de retirarse en las pequeñas fortalezas llamadas «comunidades cerradas» y una vez dentro atrancar las puertas. A continuación se sigue la demanda de expulsar a los extranjeros, y a partir de entonces ya hay campo libre para toda suerte de demagogias. Si este proceso no se contrarresta de alguna manera, adquiere su propio impulso y tiende a reforzarse a sí mismo: el miedo hace que las personas rehúsen comunicarse con quienes son ostensibles mensajeros del miedo o que corten toda comunicación con ellas, y una vez se ha roto la comunicación, el espectro de la amenaza, ya sea pretendida o imaginada, crece. Y ello, a su vez, convierte el fallo de la comunicación en algo aún más desafiante, radical y, finalmente, absoluto. Cuando existe una ausencia de comunicación recíproca, hay pocas oportunidades para que la imaginación se pueda someter a la prueba de la práctica, y casi ninguna oportunidad de que se pueda elaborar un modo de convivencia que sea mutuamente satisfactorio y que permita que la variedad cultural de la ciudad, hoy considerada obligatoria, sea refundida para convertirse en un bien activo. Sospecho que la educación podría hacer mucho para ayudar a romper este nudo gordiano...

Pat Bertroche, que se ha postulado para el Congreso de Estados Unidos como candidato republicano por el estado de Iowa, hizo una propuesta en su *blog* (<http://affordance.typepad.com>): los inmigrantes ilegales deberían llevar microprocesadores insertados en su cuerpo. Después de todo, explicó, si puedo insertar un microprocesador en mi perro para así poder saber dónde está, ¿por qué, entonces, no hacer lo mismo con los ilegales? En efecto, ¿por qué no?

En las recientes noticias que se recibieron en Europa y que versaban sobre los masivos choques ocurridos entre los manifestantes prodemócratas y las fuerzas policiales que defendían los regímenes dictatoriales en el mundo árabe, hubo dos clases de información que ocuparon una posición destacada. Una de ellas se refería a la situación difícil que vivían los ciudadanos de los países europeos: sus vidas corrían

peligro, debían ser trasladados a una distancia segura de las zonas del conflicto tan pronto como ello fuera posible, había que desplazarlos, moverlos desde aquellos lugares del sur de la costa del Mediterráneo hasta otros lugares en el norte. Esta era la tarea más urgente que debían abordar los Gobiernos y cualquier retraso al respecto sería un crimen. El otro tipo de información se refería al peligro de que la costa norte del Mediterráneo se viera repentinamente invadida por los refugiados que huían para salvar la vida desde las zonas de la costa sur en las que atronaban guerras civiles. También esta era una tarea extremadamente urgente. Los Gobiernos debían detener este flujo de refugiados y cualquier retraso en la tarea también sería poco menos que un crimen...

Poco después pudieron escucharse profundos —y similares— suspiros de alivio en los responsables de los noticieros que comunicaron, de forma simultánea, las dos nuevas noticias procedentes de una Libia bañada en sangre: un barco repleto de evacuados británicos había atracado en el puerto de La Valeta, y las masas de libios que huían en busca de refugio se dirigían hacia las fronteras de Egipto y Túnez. Cuando el Gobierno de Italia recibió las noticias del cambio de régimen en Túnez, su primera reacción fue mandar más unidades navales que salvaguardaran el acceso a la isla italiana de Lampedusa y que impidieran el desembarco de tunecinos en busca de asilo... Y entonces el primer ministro francés, François Fillon, anunció que Francia iba a enviar dos aviones con ayuda médica hacia la ciudad liberada de Bengasi. Un hermoso gesto, diría uno, que atestigua nuestra solidaridad con los valientes luchadores por la democracia y nuestra voluntad de sumarnos a ellos en la batalla. Uno diría esto, a menos, claro está, que hubiera leído las explicaciones dadas por el propio Fillon: esta es una de las medidas destinadas a detener la ola de inmigrantes que amenazan con invadir los países mediterráneos; la mejor manera de detenerlos es asegurarnos de que en Libia se estabilice pronto la situación.

Sería fácil, pero equivocado, explicar estos hechos como si fueran acciones extraordinarias o medidas de emergencia. Durante casi dos décadas, las políticas de los países de Schengen en la parte norte del Mediterráneo han consistido en «subsidiar» las labores de detección y confinamiento de los inmigrantes en potencia, dejándolas en manos de los países nativos o bien en las de sus vecinos más próximos en la costa sur. En prácticamente todos los casos se firmaron «acuerdos bilaterales», o se llegó a acuerdos no oficiales con regímenes tiránicos y corruptos, que sacaron provecho —junto con las pandillas de contrabandistas de seres humanos carentes de escrúpulos— de la desgracia de los exiliados empobrecidos y perseguidos, miles de los cuales jamás consiguieron alcanzar la otra orilla de la costa navegando en las embarcaciones —pequeñas, atiborradas de gente y no aptas para la navegación— que les habían proporcionado esos gánsteres^[36].

E incluso así, cabe señalar que en estos momentos el rigor, ya habitual, de las leyes europeas referidas a la inmigración y al derecho de asilo está intensificándose y volviéndose aún más estricto. Y que la posición que se adopta respecto a los futuros

peticionarios de asilo y a quienes puedan conseguirlo se está endureciendo cada vez más. Y ello no está en absoluto vinculado a los desórdenes que se han extendido desde Túnez hasta Bahréin. En *Le Monde* del 26 de febrero de 2011, el distinguido antropólogo y sociólogo Éric Fassin habló sobre el súbito endurecimiento de la postura adoptada por Nicolas Sarkozy respecto a los extranjeros que en tiempos recientes se han convertido en franceses o francesas, y observó que el propósito de este endurecimiento no era otro que lograr que los franceses y francesas «olvidaran el fracaso de las políticas del presidente en todos los frentes, desde la (fallida) búsqueda de poder hasta la (creciente) inseguridad». Y, más en particular, el objetivo de este endurecimiento era utilizar el arma de la identidad nacional como una tapadera que camuflara el hecho de que estaba reemplazando la protección social por una salvaje ley de la selva orquestada por los mercados.

Desde luego, todo esto no es nada nuevo. A los extranjeros que viven dentro (en particular los que ya están asentados) y a los extranjeros que están en la puerta de entrada (en particular aquellos que tienen buenas razones para que se les permita entrar) ya se les ha asignado, de forma fija, el papel de sospechosos habituales. Cada vez que se inicia una investigación pública relacionada con nuevos delitos, fallos o fiascos procedentes de los círculos de Gobierno, estos extranjeros son los primeros en ser conducidos a la comisaría de policía y, además, se les filma con avidez durante la operación. Y luego se les exhibe en la televisión con la frecuencia de aquel memorable vídeo del avión secuestrado empotrándose en las torres gemelas del World Trade Centre. Poco después de que se señalara como la tarea más urgente del Gobierno francés el abordaje de los problemas de seguridad interna generados por la inmigración, se decidió colocar a los más grandes de entre los pesos pesados en el timón de Asuntos Exteriores, del Ministerio del Interior y del Departamento de Defensa. El significado de esta remodelación fue detallado, con prontitud y claridad, por el presidente Sarkozy. Y de una manera que no dejaba nada a la imaginación: «Mi deber como presidente de la República es explicar los peligros del futuro, pero por encima de todo, mi deber es proteger el presente de los franceses», y por esta razón «he decidido reorganizar los ministerios que se ocupan de nuestra diplomacia y seguridad». Así que se ha designado a personas que están «preparadas para afrontar futuros acontecimientos cuyo curso nadie puede predecir».

En los buenos y viejos tiempos de 2004, cuando los precios de las mercancías y de las viviendas se disparaban hacia la estratosfera día tras día y los números del PNB no hacían más que crecer, en tanto los de los desempleados se mantenían estables; aquellos días en que las carteras de la gente de clase media y los bolsillos de los que esperaban sumarse a ella rebosaban de tarjetas de crédito; en aquellos días, la voz de Nicolas Sarkozy se tornaba cálida cada vez que hablaba del «islam de Francia», de la diversidad de Francia, del multiculturalismo. Por aquel entonces Sarkozy incluso respaldaba las políticas de la discriminación positiva y el papel beneficioso que tenían a la hora de asegurar la paz y la amistad en las *banlieues*. Y desde luego no

hubiera abrazado esa causa populista que consiste en elegir el islam como un fenómeno peculiarmente sospechoso que requiera una atención peculiar y cuidadosa. En *La République, les religions, l'espérance* (publicado en el año 2004^[37]), Sarkozy señala que el islam es una de las grandes religiones y que la Francia de 2004 ya no es un país exclusivamente católico. Francia se ha convertido en una nación multicultural y, en consecuencia, ya no debería hablarse de asimilación, sino que debería hablarse y debería haber una preocupación respecto a la integración, que es un asunto difícil y totalmente diferente. Al contrario de lo que sucedía con el postulado de la «asimilación», que se abandonó entonces, una política basada en la integración no exige que los inmigrantes renuncien a lo que son. Incluso en el año 2008, cuando el cielo notoriamente azul de Francia ya estaba cubierto de negros nubarrones, el presidente —tal y como nos recuerda Éric Fassin— condenó enfáticamente el principio de la «consanguinidad», exigiendo que fuera reemplazado por el principio de la «igualdad de oportunidades» y señalando que «la mejor medicina contra el comunitarismo —el comunitarismo, en el discurso francés, es el concepto de una población fragmentada en comunidades autónomas que, de modo parcial, se autorregulan y están encerradas en sí mismas— es que la República cumpla lo que ha prometido».

Pues bien, en estos momentos nos encontramos ante una jugada totalmente distinta, para tomar prestada una expresión americana. Todo empezó a principios del año 2010, con el alboroto de los gitanos asentados en Grenoble. Pues los gitanos, ¿no es cierto?, son los primeros de los primeros entre los sospechosos habituales. Pero el incidente de los gitanos demostró ser tan sólo un modesto *hors d'oeuvre*, un mero aperitivo. La presunción de simetría entre *ceux qui arrivent* (los que llegan) y *ceux qui accueillent* (sus anfitriones), que acostumbraba a ser el fundamento de las declaraciones que partían de los edificios gubernamentales, desapareció por completo. De pronto, ya no se exigía el mismo grado de respeto a las dos partes. Ahora, el respeto se debía tan sólo a Francia y presentarle sus respetos era deber de los *accueillis* (los recibidos), y que estos fueran recibidos bien o mal no tenía, en realidad, ninguna importancia. La comunidad francesa (sea lo que fuere lo que esto significa), se dijo y anunció desde el Estado que no desea cambiar su modo de vida, sus maneras. Pero la condición no escrita para que estos «recibidos» sigan siendo «recibidos» es que cambien su modo de vida, les guste o no. Y, de acuerdo con una costumbre de la que ya habló Albert Camus, ese gran ciudadano francés (cuya contribución personal a la gloria de Francia no se puede comparar con ninguna otra), definiéndola como la marca registrada de la hipocresía moderna, una vez más se hace el mal en nombre del bien. En nombre de la igualdad se promociona la discriminación y en nombre de la libertad se promociona la opresión. Por poner un ejemplo: «No queremos hacer concesiones en lo que se refiere al derecho de asistencia a la escuela».

Este es, sin duda alguna, un asunto espinoso. Y es la razón por la que eslóganes

del tipo «Ninguna tolerancia hacia los enemigos de la tolerancia» o «Ninguna libertad para los enemigos de la libertad» suenan tan convincentes. Y suenan convincentes porque toman como un axioma lo que aún no ha sido probado, pues se anticipan a la pregunta de si la parte cuya condenación y supresión pretende legitimar el eslogan es, en verdad, culpable de las transgresiones de las que se la acusa. Y porque omiten la cuestión de los derechos del acusado y, al mismo tiempo, esconden bajo bellos colores la complicidad —ilegal— que se da entre los dos roles: el de acusador y el de juez. Pero ¿resulta útil la prohibición de que las «niñas» lleven velo cuando van a la escuela? ¿Lo es a la hora de asegurar el derecho de las «niñas» a la escolaridad? En el mismo número de *Le Monde*, André Grjebine, del Sciences Po-Centre d'Études et Recherches Internationales, declara que «la alteridad, percibida generalmente como una fuente de apertura espiritual, también puede ser portadora de fundamentalismo, oscurantismo y cerrazón^[38]». Dice esto y, sin embargo, ¿estaría él de acuerdo en que esta forma de razonar, con todas sus apariencias de imparcialidad y de ser *sine ira et studio*, es ya un juicio de valor por derecho propio, sólo que disfrazado? Después de todo, él no menciona que la cerrazón de espíritu, percibida por algunos como una portadora de identidad y seguridad, también es una fuente de fundamentalismo y oscurantismo, y esta es una conexión al menos tan real como la que él prefiere emplazar en primer lugar. Tampoco dice que, por mucho que la presencia de un espíritu abierto en algunos pueda empujar a otros hacia la cerrazón, en realidad, lo que caracteriza de forma invariable e infalible a todos y cada uno de los fundamentalismos es la ausencia de apertura del espíritu. En la mayoría de los casos, la apertura de la mente propicia y alimenta más apertura, mientras que la cerrazón anima, propicia y alimenta la cerrazón...

Amin Maalouf, el autor libanés que escribe en francés y que reside en Francia, considera que la reacción de las minorías étnicas —es decir, de los inmigrantes— es una respuesta a las conflictivas presiones culturales a las que se ven sometidos en su país de acogida. La conclusión de Maalouf es que si los inmigrantes sienten que en su país de adopción se respetan sus tradiciones y su cultura original, y si, en paralelo, sienten que no existe rechazo hacia ellos, que no son odiados, apartados, atemorizados y discriminados, y que no se les mantiene a una distancia prudencial a causa de sus identidades diferentes; si se dan estos supuestos, entonces se sentirán más atraídos hacia las opciones culturales de su nuevo país y se aferrarán con menos avidez a las diferencias que los separan de él. Las observaciones que hace Maalouf son, y lo sugiere él mismo, de gran importancia para el futuro del diálogo intercultural. Y confirman nuestras conjeturas y sospechas previas: existe una rigurosa correlación entre el grado de percepción de «no amenaza», de una parte, y la «desactivación» del problema de la diferencia cultural, de la otra parte. Y esto se produciría como resultado de unos impulsos que superan la separación cultural y de una disposición —simultánea en ambas partes— a participar en la búsqueda de la humanidad común.

Demasiado a menudo, la causa principal y lo que más estimula las sospechas mutuas, a las que luego se siguen el alejamiento y la ruptura de la comunicación —y que además convierte la teoría del multiculturalismo en una realidad que degenera en «multicomunitarismo»—, es el hecho de que los recién llegados no se sienten bienvenidos, que tengan un sentido de culpa sin haber cometido ningún crimen, y también la impresión de estar amenazados y de vivir en la incertidumbre (algo que sucede en ambos lados de la supuesta frontera, sucede entre los inmigrantes y también entre la población indígena). Esto no es un problema fuera de lo común, sino un desafío que nosotros, y en particular los que somos expertos en educación, deberemos afrontar de aquí en adelante y por mucho tiempo. Porque no hay ninguna perspectiva de que el flujo de extranjeros se frene, y mucho menos que se detenga. Por mucho que los políticos prometan cualquier cosa cuando se trata de ganar votos para la siguiente elección.

En un notable y breve estudio que hace Richard Sennett sobre una de las alternativas a las que nos enfrentamos, el autor sugiere que «la mejor forma de experimentar la diferencia es estableciendo una cooperación informal y abierta^[39]». Cada una de las palabras de esta fórmula es crucial. En lo que se refiere a la «informalidad», significa que no hay reglas de comunicación fijadas por adelantado y que se confía en que se vayan desarrollando a su propia manera, pues de todos modos están destinadas a cambiar a medida que la comunicación amplíe su círculo de acción, y se vuelva más profunda y sustanciosa: «Los contactos entre personas que tienen diferentes aptitudes o intereses son tanto más ricos cuando son heteróclitos, y se debilitan cuando se convierten en regulados». «Abiertos» significa que el resultado debería seguir a la comunicación (presumiblemente prolongada), en vez de estar fijada de forma unilateral por adelantado: «Lo que se desea es descubrir qué es la otra persona sin saber adónde conducirá todo ello. Dicho de otra manera, lo que se desea es evitar la regla de hierro utilitaria que establece un objetivo fijo —un producto, una política objetiva— por adelantado». Y, finalmente, la «cooperación»: «Se da por supuesto que las diferentes partes salen todas ganando si se dedican a intercambiar, en vez de que una parte consiga ganancias a expensas de las otras». Y yo añadiría: es necesario aceptar que ganar en este particular juego, al igual que perder, es sólo concebible de un modo «conjunto». O ganamos «todos», o «todos» perdemos. *Tertium non datur*.

Sennett resume sus consejos de la siguiente manera: «Las oficinas y las calles se convierten en lugares inhumanos cuando en ellas reinan la rigidez, el utilitarismo y las reglas de la competición. Y devienen humanas cuando propician las interacciones informales, abiertas y de cooperación».

Doy por hecho que todos los que deseamos enseñar y estamos llamados a hacerlo podemos y debemos asumir nuestra estrategia partiendo de este precepto trino, lacónico pero abarcador, articulado por Richard Sennett. Podemos aprenderlo nosotros para luego aplicarlo, pero también, y esto es lo más importante, para

transmitírselo a aquellos que están llamados a aprender de nosotros y que desean hacerlo.

DEL «CAPITALISTA» DE LACAN AL «CONSUMIDOR» DE BAUMAN

Riccardo Mazzeo: El movimiento que, partiendo del fordismo —bajo el cual lo normal sería que el trabajador pasara toda su vida con el mismo empleo, viviendo en la misma ciudad y con el mismo cónyuge— ha llegado hasta el nuevo paradigma de modernidad líquida, ha causado, tal y como usted ha demostrado en *Amor líquido*^[40] y en otros de sus escritos, una transformación en el campo de las relaciones afectivas y sexuales. En la disertación que Jacques Lacan hizo en Milán en el año 1969, apuntaba a un cambio que partiendo del discurso del amo —algo que creo corresponde al fordismo— llegaría hasta el discurso del capitalista, en el que los poderes dinámicos están fragmentados, desmembrados, son difusos, líquidos, y donde el antagonismo de la dialéctica amo-esclavo (pero también su lealtad y estabilidad) daría paso al poder absoluto del mercado. Los hombres y las mujeres van a la deriva y carecen de anclaje. Y ya no existe ninguna autoridad, por castradora que sea, que les dé un sentido de orientación. En estas condiciones, los individuos se ven enfrentados a la tarea de reinventarse a sí mismos cada día en busca de unos medios de salvación que deben descubrir por ellos mismos.

La infinita libertad de la que gozan los individuos en nuestra época señala una inversión del mandato ético. Ya no se nos exige que pospongamos el placer para construir un futuro mejor para aquellos que vendrán detrás de nosotros (Kant), sino que, en cambio, se nos incita a disfrutar ahora (Sade). Usted ha hablado maravillosamente sobre esta condición en *44 cartas desde el mundo líquido*.

Esta especie de «complejo de impaciencia» quedó perfectamente condensado, hace unas décadas, en la memorable queja de Margaret Thatcher contra el Servicio Nacional de Salud y en su explicación de por qué, a su juicio, la privatización de los servicios sanitarios representaba una mejora: «Quiero elegir al médico que yo quiera, cuando yo quiera». Poco después se inventaron las herramientas —varitas mágicas en forma de tarjeta de crédito—, si no para que se hiciera exactamente realidad el sueño de Thatcher, al menos para convertirlo en una opción posible y verosímil^[41].

Este mandato de disfrutar ha pulverizado las relaciones de amor tal y como las habíamos conocido tradicionalmente. La incertidumbre, la dificultad y el riesgo, elementos todos ellos que forman parte del cortejo y de las historias de amor dignas de ser llamadas por este nombre, han perdido todo crédito y ahora se consideran una mera pérdida de tiempo. Hoy podemos encargar el sexo *on line*, basta con echar un vistazo a un menú formado por innumerables amantes disponibles (de acuerdo con la página web que usted menciona, la cifra de alternativas distintas es de dos millones y medio):

Conseguir sexo en nuestros días es «como pedir una *pizza*... ahora es posible entrar en la red y pedir genitales». El flirteo o la insinuación ya no son necesarios, como tampoco el esfuerzo por lograr la

aprobación de la pareja, por merecer y obtener su consentimiento, por congraciarse con ella, o la larga espera, tal vez infinita, hasta que todos esos afanes den sus frutos^[42].

Es obvio que después de un cierto número de encuentros sexuales ocasionales desprovistos de toda poesía, uno acaba por sentirse aún más triste y solo. Y creo que es este vacío abismal el que ha generado lo que Massimo Recalcati define como los «nuevos síntomas» que afectan cada vez más a nuestros hijos. En su libro *Elogio del fallimento* [*Elogio del fracaso*], Recalcati escribe:

Existe una conexión entre las epidemias actuales y la vida de las sociedades postindustriales que está fundada en el narcisismo y en el mito del consumo. La bulimia y la anorexia representan la expresión patológica de estos dos mitos de nuestra época. La bulimia manifiesta el mito puro del consumo —los bulímicos lo engullen todo, lo mastican y lo trituran, pero los excesos prueban la imposibilidad de colmar el agujero vacío que se halla en el núcleo de su existencia y revelan el engaño en que se basa el discurso del capitalista—. Todo puede ser comprado, excepto el amor. El amor es un regalo que no tiene precio, no es un objeto lanzado al mercado para que allí se venda al postor más alto, el amor es totalmente gratuito. Los anoréxicos, por otra parte, rechazan la lógica del consumo [...]. Se entregan al culto narcisista de la masa corporal. Es un culto privado, autista y antisocial, un culto letal que conduce a una irreversible pérdida de peso. Es un culto perverso que cultiva la propia imagen y que afecta no sólo a los anoréxicos, sino a todo el cuerpo social [...]. Esta es la nueva forma histórica que la falsa democracia de los mercados adopta en los países más avanzados industrialmente. A los sujetos se los rellena, literalmente, de placer. Pero al mismo tiempo se les apremia para que consuman más y más, de tal manera que el consumo en sí mismo abre nuevos espacios en los que habrá cabida para otra pseudonecesidad [...]. Esto es lo que Lacan define como la astucia del discurso del capitalista. Lo que se nos hace olvidar es que, en el ser humano, las carencias no son un déficit que corregir, sino la condición de toda la creación^[43].

Esta cita tiene similitudes con lo que usted, en «Soledad masificada», la segunda de sus *44 cartas...*, definió como la compulsión que tienen nuestros hijos de estar constantemente conectados con sus colegas mediante Facebook o Twitter. Usted habló de una atrofia de la creatividad:

Porque cuando uno pasa a estar «siempre conectado», puede que nunca esté total y verdaderamente solo. Y si nunca está solo, entonces [...] «es menos probable que uno lea un libro por placer, dibuje, se asome a la ventana e imagine mundos distintos de los propios^[44]».

Los nuevos síntomas no se limitan a la anorexia y a la bulimia. También incluyen el abuso de sustancias, la depresión y los ataques de pánico. Lo que todos ellos tienen en común es que rehúyen establecer relaciones con los seres humanos. Las relaciones con los seres humanos son difíciles, arriesgadas e impredecibles, mientras que el apego a los objetos es apaciguador, ya se trate de la botella, de una dosis de heroína, de una raya de cocaína, de un objeto de diseño, de un iPhone, con el que estar conectado con todo el mundo, o de asaltar el frigorífico. Los objetos son fáciles de adquirir e igualmente fáciles de desechar.

Zygmunt Bauman: Tiene usted toda la razón, y no hay prácticamente nada en su exposición que yo pueda o quiera cuestionar.

Tan sólo me gustaría añadir una observación a su razonamiento: la guerra

emprendida por el «discurso del consumo» (desde mi punto de vista, esta es la descripción adecuada del fenómeno que usted hace y que nos preocupa; el «discurso del capitalismo» era una cosa bien distinta en los tiempos de la «sociedad de productores») es contraria a satisfacer las necesidades humanas, deseos, aspiraciones y ambiciones, a menos que sea por la vía de pasar antes por las tiendas. O que de por medio esté la consecución y el uso de artículos de consumo, y que además haya involucrada una cantidad de dinero que va a pasar de unas manos a otras (y el discurso político refuerza y apoya esta guerra, de modo oblicuo, cuando evalúa la cualidad de la sociedad por los números de su PNB). Y esta guerra aboga incluso en contra de la búsqueda de diversión —a cuyo servicio se supone que dedica todos sus esfuerzos y su energía—, si es que de camino a su consecución se da la circunstancia de que uno pasa al lado de un centro comercial. Los mercados de consumo se expanden, prosperan y se lucran mediante la mercantilización de la búsqueda de la diversión, el confort y la felicidad. Y esto apela a que se rebajen, se repriman y se extirpen todos los medios que, siendo necesarios para esta búsqueda, se opongan a ser desviados hacia un deseo por los bienes de consumo que llevan colgada su etiqueta con el precio...

Un aspecto de la condición humana que resulta particularmente atractivo a los expertos en *marketing* (porque, en apariencia, ofrece unas oportunidades de expansión infinitas) es la ambivalencia de las necesidades y los deseos humanos, ambivalencia que usted ha ilustrado con viveza cuando ha citado a Massimo Recalcati y sus palabras sobre la bulimia versus la anorexia: lo irreconciliable de dos necesidades y deseos que son abrumadores por igual; la necesidad de devorar las cosas y de permanecer delgado y en forma —es decir, en situación de seguir devorando, una contradicción esta ya conocida por los patricios que frecuentaban los banquetes en la antigua Roma, y descrita por Petronio cuando explica que se metían plumas en la garganta para inducir el vómito y de esta manera vaciar sus estómagos y poder entonces saborear más exquisiteces—. La naturaleza humana está llena de esta clase de ambivalencias. Por poner algunos ejemplos improvisados: seguridad versus libertad, autonomía versus sentido de pertenencia, privacidad versus aprobación social... En cada uno de los pares de posiciones ambos valores resultan indispensables. Sin embargo, el obstáculo que hay que sortear es que resulta condenadamente difícil incrementar uno de ellos sin dañar y disminuir el otro. Cuanto más nos acercamos a uno de los polos de la oposición, más se acrecienta nuestro deseo de dar la vuelta y dirigirnos en dirección contraria. Vacilamos, manoteamos con impotencia y revoloteamos... con una perpetua propensión, al modo del péndulo, a cambiar de dirección, por decirlo de alguna manera. Y de este modo también sentimos temor de llegar a un punto de no retorno, el miedo a lo irrevocable. Que nos movamos en esta ambivalencia parece ser la matriz de las tácticas de *marketing*. Pues la promesa de que uno «puede comerse el pastel y al mismo tiempo tenerlo» —tal como dice un refrán popular inglés— es la gran baza para atraer la atención de los

futuros clientes y para inducirlos a comprar. Se trata, pues, de disfrutar sin miedo a consecuencias inoportunas. Al menos, así es como se presenta la oferta, de tal manera que las preocupaciones queden desterradas en el cuarto de los trastos. A modo de ejemplo, sirva la insidiosa tentación del «Disfruta ahora, paga más tarde». Una oferta esta que tiene una gran responsabilidad tanto en el reciente colapso del crédito como en la orgía consumista.

Todas estas tensiones tienen consecuencias que van mucho más allá de los inconvenientes individuales. Algunas de las más importantes están relacionadas con el deterioro de los vínculos entre humanos, que no se limitan sólo a lo que usted ha descrito como la pulverización de las relaciones amorosas. Por desgracia, todos conocemos demasiado bien los aspectos saludables y terapéuticos que nos ofrecen los mercados de consumo. Y los conocemos por su autopsia: porque tenemos una experiencia diaria sobre ellos. Conocemos los sentimientos de culpabilidad que sentimos cuando somos incapaces de pasar el tiempo suficiente con nuestros seres más cercanos y queridos, familia y amigos, y cuando no podemos escuchar sus problemas de la forma atenta y compasiva que sería obligada. También cuando no podemos «estar siempre allí» y cuando no estamos dispuestos a abandonar cualquier cosa que estemos haciendo para apresurarnos a acudir en ayuda de alguien, o simplemente a compartir sus penas y ofrecer consuelo. Estas experiencias, más que cualquier otra cosa, son las que se están convirtiendo en usuales en las vidas siempre apresuradas que vivimos. Tan sólo una ilustración de esa tendencia tomada al azar: hace veinte años el 60 por ciento de las familias americanas cenaban juntas con regularidad; hoy tan sólo un 20 por ciento se sientan juntas en la mesa para cenar.

Casi todos nosotros vivimos sobrepasados por las preocupaciones que surgen de nuestras relaciones cotidianas con los jefes, los compañeros de trabajo o los clientes, y casi todos nosotros cargamos con estas preocupaciones —las llevamos en nuestros ordenadores o en los teléfonos móviles— adonde quiera que vayamos. Y así nos siguen hasta el interior de nuestras casas, en nuestros paseos de fin de semana, en los hoteles donde pasamos las vacaciones. Nada nos separa de la oficina, a la que servimos de modo incondicional, pues la tenemos siempre a tiro de una llamada de teléfono o de un mensaje de texto. Y dado que estamos perpetuamente conectados a la red de la oficina, no hay nada que nos sirva de excusa para no trabajar sábados y domingos, utilizarlos para completar aquel informe inacabado o el proyecto que debe estar listo para entregar el lunes. A las oficinas ya nunca llega la «hora de cierre». La frontera, antes sacrosanta, que separa el hogar de la oficina, el tiempo de trabajo del «tiempo libre» o del «tiempo para el ocio», ha desaparecido por completo, y todos y cada uno de los momentos de la vida se convierten en momentos en los que hay que estar eligiendo. Y es una elección grave, una elección dolorosa y a menudo fundamental, una elección entre la carrera y las obligaciones morales, entre los deberes profesionales y las demandas de todas aquellas personas que necesitan nuestro tiempo, compasión, cuidados, ayuda y socorro.

Es obvio que el mercado de consumo no va a resolver estos dilemas por nosotros, y tampoco los va a alejar ni anulará su carga. Y nosotros no esperamos que lo hagan. Sin embargo, el mercado de consumo sí puede, y está ansioso por hacerlo, ayudarnos a mitigar o incluso hacer desaparecer las punzadas de una conciencia culpable. Y lo hace mediante los regalos que pone en oferta, dones preciosos y excitantes. Presentes que se pueden atisbar en las tiendas y en Internet, y que se pueden comprar y usar para conseguir que aquellas personas que buscan nuestro afecto sonrían y se alegren, aunque sólo sea por un breve momento. Se nos ha adiestrado para esperar que los regalos comprados en una tienda compensen a las personas por todas las horas de trato directo y de compañía que deberíamos haberles ofrecido, pero que no les hemos dado. Cuanto más caros sean los regalos, más grande será la compensación que quien los otorga espera ofrecer a quien los recibe y, en consecuencia, también será más fuerte su impacto aplacador y tranquilizador en la conciencia desasosegada de quien los ofrece.

Por consiguiente, ir de compras se convierte en una suerte de acto moral (y viceversa: un acto moral conduce a entrar en las tiendas). Vaciar la cartera de dinero y utilizar la tarjeta de crédito sustituyen la generosidad y el espíritu de sacrificio que requiere la responsabilidad moral hacia los otros. Por supuesto hay un efecto colateral. Pues cuando los mercados de consumo anuncian y proporcionan analgésicos morales mercantilizados, lo que hacen es facilitar, en vez de prevenir, la desaparición, el debilitamiento y el desmoronamiento de los vínculos entre los seres humanos. En vez de ayudar a las personas a enfrentarse a las fuerzas que son culpables de la destrucción de estos vínculos, lo que hacen es colaborar activamente en su extenuación y destrucción gradual.

Al igual que el dolor físico señala un problema orgánico e incita a pasar a la acción para aplicar un remedio urgente, los escrúpulos morales señalan los peligros que amenazan a los vínculos humanos. Y estos escrúpulos facilitarían reflexiones más profundas, y acciones más enérgicas y adecuadas, si no fuera porque se encuentran entibiados por los analgésicos y sedantes morales que proporciona el mercado. Nuestras intenciones de hacer el bien al prójimo han sido mercantilizadas. Y, sin embargo, la mayor responsabilidad no debe cargarse sobre el mercado de consumo, mucho menos atribuirle una responsabilidad solitaria por lo que ha sucedido. Ya sea de forma intencionada o por defecto, los mercados de consumo son «cómplices» del delito de haber causado la ruptura de los vínculos entre seres humanos: cómplices antes y después de que se haya cometido el delito...

El nivel de consumo determinado por la supervivencia biológica y social es, por su propia naturaleza, estable. En cambio, los niveles que se requieren para satisfacer otras necesidades que han sido generadas, que se nos han prometido, que crean expectativas, y que además deben ser servidas por los mercados de consumo, están —una vez más, a causa de la propia naturaleza de estas necesidades— intrínsecamente orientados para sufrir una escalada en aumento. La satisfacción que ofrecen estas

necesidades añadidas no depende de unos estándares que se mantienen estables, sino de la velocidad y el grado de su escalada ascendente. Los consumidores que dirigen la vista hacia el mercado de consumo buscando satisfacer sus impulsos morales, y buscando realizarse al cumplir plenamente con sus deberes de autoidentificación (léase, autoabastecimiento de artículos de consumo), se encuentran obligados a buscar diferencias tanto en el valor de los bienes como en su cantidad, y así, esta clase de «demanda del consumidor» resulta ser un factor abrumador e irresistible en esta escala en ascenso. Al igual que la responsabilidad hacia los otros no tolera límites, el consumo que se invierte en dar satisfacción y desahogo a los impulsos morales no tolera ningún tipo de restricciones que puedan imponerse a su expansión. Estando como estamos equipados para la economía de consumo, resulta irónico que los impulsos morales y las responsabilidades éticas se reciclen y conviertan en una gran barrera cuando la humanidad se ve enfrentada a lo que pudiera ser la más formidable amenaza a su supervivencia. Y para luchar contra esta amenaza se requerirá una enorme cantidad, quizás una cantidad sin precedentes, de autorrestricción y de disposición para el sacrificio.

ŽIŽEK Y MORIN, SOBRE EL MONOTEÍSMO

Riccardo Mazzeo: En los últimos once años he leído seis libros y un gran número de artículos de Slavoj Žižek que, en mi opinión, es un filósofo lacaniano muy interesante, aunque no siempre convincente. Y esta es la primera vez que he hallado su nombre citado por este talentoso y extraño pensador. Lo encontré en su artículo «Shoplifters of the World Unite» [«Ladrones del mundo, uníos»], publicado el 19 de agosto de 2011 en la *London Review of Books*. En él, el autor habla sobre el significado de los recientes disturbios. Al principio del artículo, su análisis es apropiado:

Se nos repite una y otra vez que estamos pasando por una crisis de la deuda, y que todos debemos compartir esta carga y apretarnos los cinturones. Todos, es decir, todos excepto los (muy) ricos. La idea de gravarles a ellos con más impuestos es tabú: si lo hacemos, razona el argumento, los ricos ya no tendrán incentivos para invertir. Se crearían menos puestos de trabajo y todos sufriríamos. La única forma que tenemos de superar estos tiempos duros es que los pobres se vuelvan más pobres y los ricos se vuelvan más ricos. ¿Qué harán los pobres? ¿Qué pueden hacer^[45]?

Žižek es muy penetrante cuando explica la debilidad, tanto la de la predecible reacción de los conservadores, encarnada en las posiciones de Cameron, como la de la no menos predecible y cándida reacción de la izquierda liberal. Por fin le nombra a usted:

Zygmunt Bauman define los disturbios como actos cometidos por «consumidores defectuosos e imperfectos»: más que nada, fueron manifestaciones, expresadas con violencia, del deseo del consumidor cuando este es incapaz de hallar su plena realización del modo «adecuado», es decir, comprando. Como tal, el acto también contiene un momento de protesta genuina, en forma de una respuesta irónica a la ideología consumista: «Vosotros nos llamáis a consumir cuando al mismo tiempo nos estáis despojando de los medios para hacerlo de la forma adecuada, así que aquí estamos, acatando vuestro mandato en la única forma que podemos». Los disturbios son una demostración de la fuerza material de la ideología, quizás, en cierto modo, destinados a la «sociedad postideológica». Desde un punto de vista revolucionario, el problema con los disturbios no es su violencia como tal, sino el hecho de que su violencia no es verdaderamente autoafirmativa. Es rabia impotente y desesperación enmascaradas como un despliegue de fuerza. Es la envidia enmascarada como un carnaval triunfante.

Žižek también está de acuerdo con usted en que los «indignados^[46]» carecen de un «programa positivo de cambio sociopolítico. Expresan un espíritu de revuelta sin revolución».

Pero ya no estoy de acuerdo con Žižek cuando define los disturbios como un *passage à l'acte* y cuando afirma que la religión, en la medida en que proporciona un «sentido absoluto», engendra terrorismo. Soy agnóstico, pero creo que nuestra época de cinismo se beneficiaría si en ella hubiera algo de trascendencia. Un poco de sentido religioso no necesariamente implica fanatismo, y ni siquiera implica, de

forma estricta, que exista una «religión». Tal y como expresa Edgar Morin:

El propósito es crear un diálogo entre la fe y la incertidumbre. No estoy hablando de la fe religiosa, pues yo no tengo ningún credo, si no de la fe en los valores, en la posibilidad de mejorar las relaciones humanas, una fe en los valores de la fraternidad. Creo que esta clase de fe no puede ser probada científicamente, porque nada garantiza que sus esfuerzos lleguen a buen fin [...]. A modo de ejemplo, he propuesto el apareamiento de las ballenas tal y como lo describe nuestro gran Michelet. En su imaginación, para que dos ballenas consiguieran aparearse, el macho y la hembra deberían erguirse simultáneamente hasta alcanzar una posición vertical, y así los órganos genitales del macho podrían encontrarse con los de la hembra, al menos por unos breves instantes. Las ballenas hacen muchos intentos fallidos hasta que finalmente consiguen copular.

He elegido esta metáfora porque tengo la impresión de que, en el dominio de la ética y de la vida política y social, debemos actuar de esta manera. Es decir, debemos invertir grandes esfuerzos y hacer un gran gasto de semen para, finalmente, obtener un resultado. Este resultado no puede darse por garantizado, pero aun así debemos intentar, en el nivel ético, hacer lo mismo que las ballenas^[47].

Zygmunt Bauman: Tan sólo para clarificar el tema: un politeísta puede ser también una persona profundamente religiosa. El antiguo panteón de los romanos estaba lleno de dioses hasta el techo, y cada año había más y más, pues aumentaban en tanto se iban añadiendo provincias al Imperio romano que se expandía... Lo que ambos, Žižek y Morin, asumen de forma tácita en las afirmaciones que usted cita —y que también asumen la mayoría de nuestros lectores—, es la naturaleza «monoteísta» de la religión, y no la religión como tal. De esto se derivan actitudes específicas hacia las tres «religiones del mundo», todas ellas procedentes de Jerusalén. Bueno, para que estas tres religiones «llegaran a un consenso» haría falta que desertaran de sí mismas y que traicionaran su propia fe, pues las tres tienen una clase de fe que descansa en la asunción de un solo y único Dios. Esta asunción justifica la alegoría de Michelet y Morin, y su apareamiento entre ballenas, muy en particular cuando la gente que, en materia de religión, es agnóstica intenta comprender y convertir en inteligible la conducta de los otros, que son religiosos. Sin embargo, sí es imaginable llegar a cierta clase de consenso que implicara licencia —de quienes se pusieran de acuerdo— para permanecer leal a los respectivos dioses: una aceptación de que las diferencias entre las tres religiones, cuando se trata de buscar una cohabitación pacífica y mutuamente beneficiosa, no supone un obstáculo para el ejercicio de la buena voluntad. Por cierto, en el pillaje de los supermercados de Londres participaron personas pertenecientes a las tres religiones monoteístas, sin degollarse las unas a las otras y sin andar a la greña a la hora de repartirse el botín... ¿Debemos entonces asumir que la experiencia de cooperación —pese a sus respectivos monoteísmos— en aquellas acciones grotescas referidas a un solo problema podría extenderse a causas más nobles y más merecedoras de alabanza?

Llegados a este punto, yo traería a colación la «cooperación informal y abierta» de Sennett, un modelo totalmente realista de comunicación colaborativa introducida sin presunciones y sin poner antes la carreta que el caballo. Es decir, sin situar la resolución final antes que el debate. Después de todo, tanto hablar los unos con los otros y disparar los unos contra los otros, puede ser comparado con el difícilísimo,

tortuoso y arriesgado destino de las ballenas ansiosas de sexo. Las dos posiciones demandan un esfuerzo tremendo, ninguna posee la garantía del éxito. Y sus respectivos méritos deberían medirse también por otros criterios que no fueran lo arduo de la labor y su posibilidad de éxito.

Y otra nota, esta al margen: el movimiento de los «indignados^[48]» es, sin duda y en algunos casos (como los disturbios de Londres), una «revuelta sin revolución». Pero en conjunto, como un fenómeno de reivindicación «directa» o «sin mediatizar», parece estar evolucionando hacia una «revolución sin revolucionarios», pues quienes lo protagonizan asumen el *statu quo*, por decirlo de alguna manera, «como lo que es». Y así se oponen a él con todo lo que este conlleva, con la carga entera de ambiciones que propicia y que ha sido aprobada oficialmente, una carga que excede con mucho los propios poderes de quienes lo respaldan. Y de este modo, las exigencias de los indignados, aunque en conjunto no sean revolucionarias por sí mismas, están destinadas a cumplir una hazaña auténticamente revolucionaria: desacreditar el *statu quo*, dejar expuesta su impotencia y de esta manera impulsar su colapso.

LA PETITE MADELEINE DE PROUST Y EL CONSUMISMO

Riccardo Mazzeo: El 2 de septiembre de 2011 fui a escucharle cuando daba una conferencia en Sarzana, en el Festival della Mente. Siempre resulta muy emocionante escucharle y es obvio que el resto de la audiencia pensaba de la misma manera, porque recibió usted varias rondas de aplausos durante la alocución y cuando terminó se desencadenó un aplauso general que fue como un aguacero poderoso, liberador y purificador.

Aquella vez percibí en usted un cambio de estilo. Habló sobre las redes sociales como de una gran innovación que, al igual que la multiplicación de los panes y los peces de Jesucristo, convierte en abundante e incluso ilimitado lo que hasta el momento había sido dolorosamente escaso y difícil de conseguir. En el nuevo escenario social, una gran cantidad de individuos ha abandonado la mesa de la cocina alrededor de la cual compartía la cena con su familia y, a cambio, se ha entregado frenéticamente a los nuevos artefactos, a los vestidos de diseño y a la soledad. Esta masa de individuos ahora ha descubierto cómo hacer «amigos» en Facebook.

Pero usted no se ensañó contra esta inútil proliferación de contactos que no tienen nada que ver con las auténticas relaciones humanas. Dijo que no era un profeta y que nos corresponde a nosotros decidir si resulta mejor vivir en una comunidad al estilo de antes —una sociedad que demanda compromiso y devoción a sus miembros, y que no puede ser abandonada sin que se sufra el estigma de la vergüenza y la desgracia—, o bien vivir en esta nueva modalidad de interacción social que puede ser anulada con el simple acto de clicar sobre el icono apropiado que reza *Delete*. Usted siempre ha sido socrático, pero este sobreseimiento del juicio, y su inquietud por todos los seres humanos que leen sus ensayos y escuchan sus conferencias, enardecieron la atmósfera en aquel momento. Y al final de su discurso, de forma casi mágica, estalló una tormenta. Una tormenta que, sin duda alguna, nos urgía a salir de este callejón sin salida, a detener estas torturas de Sísifo, y a poner fin a la lógica sin sentido de un consumo que genera cada vez más consumo y más desechos. Debemos luchar contra los expertos en *marketing*, quienes por ejemplo —leí esto en el periódico de ayer (*La Stampa*, 5 de septiembre de 2011)— acaban de urdir una estrategia, otra más, de persuasión. Y esta consiste en crear inciensos artificiales de los que se desprenden los aromas de las comidas simples y apetitosas de nuestra infancia.

Gracias a las tecnologías de los aerosoles, la cadena de supermercados Net Cost de Brooklyn ha incrementado sus ventas un 5 por ciento en estos últimos tres meses. Pero el éxito más impresionante ha sido el de Nike, que ha visto un aumento de ventas de un 80 por ciento. Claudio Risé, psicoterapeuta y autor de *Guarda, tocca, vivi*^[49], cita «los territorios de caza siempre nuevos» que usted mencionaba en su

libro *Mundo consumo*^[50], y dice que la estimulación de los sentidos es el último recurso para conmovir a los consumidores, que ya se han vuelto impermeables a todas las demás técnicas de *marketing*. Y en verdad, ¿cómo vamos a escapar? ¿Qué posibilidades tenemos si incluso la pequeña magdalena de Proust está siendo explotada como último recurso para reforzar nuestra identidad personal en tanto consumidores crédulos y estúpidos?

Zygmunt Bauman: El placer, el confort, lo que nos es conveniente y la reducción del esfuerzo —lo instantáneo de la satisfacción, los sueños que se convierten en realidad y que suavizan las realidades engorrosas lo suficiente como para que las descartemos en tanto sueños (o fantasmas, o invenciones de la fantasía) —, estas son las promesas, las apuestas, las estrategias de una economía dirigida por la codicia y gestionada mediante el acto de comprar. En este contexto, hacer y deshacer amistades no es más que un ejemplo de una estrategia que se aplica de forma universal. Al lado de todo esto, añadió usted de forma correcta, ha aparecido una última promesa: la de hacer que las dulces memorias de la infancia estén disponibles (obviamente, en las tiendas) a demanda. Ya no será necesaria la laboriosa tarea de *En busca del tiempo perdido*. De hecho, ya no existirá más el «tiempo perdido», y tampoco será necesario ir en búsqueda de genios al estilo de Proust, resucitarlos y recuperarlos. Una tarjeta de crédito servirá para lo mismo y de forma estupenda, ¡muchas gracias!

Nosotros, los consumidores creados, ¿somos cándidos? Lo más probable es que sí lo seamos. Pero ¿también somos idiotas? No necesariamente. Pues ¿quién en su sano juicio no preferiría conseguir algo sin esfuerzo en vez de conseguirlo con un duro trabajo? La promesa del consumo llegó cuando nos encontrábamos en la cúspide de unas aspiraciones acariciadas durante siglos. La promesa del consumo puede ser falsa, engañosa e inducir a errores, pero de ninguna manera está falta de atractivos. Y, desde luego, está en armonía con nuestra «predisposición natural» (Freud señaló la pereza innata de los hombres como una de las grandes razones por las que existe la necesidad de la coerción; desprovistas de poderes de coacción, las grandes mentes del *marketing* se las han arreglado para sustituir la coerción por la seducción). La tentación consumista está destinada a inducir a la acción o, siendo más precisos, a inducir a una desviación de la acción, ese antónimo de la pereza, poniéndola al servicio de lo que es lucrativo, en vez de buscar como respuesta la rutina y la disciplina, que en su momento fue el principal objetivo de la coerción. La sumisión a las tentaciones de consumo es un acto de servidumbre voluntaria. Es, para utilizar una expresión de nuevo cuño, un acto «proactivo»: presume una elección y una acción positivas. Y esto es lo que, quizá, convierta la trampa en algo excepcionalmente difícil de resistir, y aún más difícil de desactivar. Después de todo, una vida de consumo se vive como una suprema expresión de autonomía, de autenticidad y de autoafirmación. Y estos son los atributos (desde luego, las modalidades) *sine qua non*

de un sujeto soberano. Esta es la razón por la cual en una vida con una orientación cada vez más consumista, la energía vital se desperdicia (o al menos queda profundamente lastrada) cuando podría destinarse al servicio de aquellas otras inquietudes humanas en pro de las cuales usted apela: el compromiso, la devoción, la responsabilidad...

SOBRE COMBUSTIBLES, CHISPAS Y FUEGOS

Riccardo Mazzeo: El sábado de la semana pasada, 10 de septiembre, fui con mi hija y mi mujer a la ciudad de Rovereto para protestar contra la carrera ciclista, el *Tour* de Padania. Hacía mucho tiempo que no tomaba parte en acciones que implicaran multitudes invadiendo una calle. Pero en este caso, mi familia estaba dispuesta a participar, con o sin mí, y no quise que lo hicieran sin mí. Además, estaba totalmente de acuerdo en que hacía falta rebelarse contra el partido racista Lega. Este partido pretende que la llamada Padania sea reconocida como una parte especial, diferente y *mejor* de Italia. Al no estar ya acostumbrado a esta clase de experiencias, que en general son propias de la juventud, y tratando de recordar lo que Canetti escribió sobre las masas en *Masa y poder*^[51], tuve la impresión de ser un entomólogo. Y mi hija pequeña me hizo notar que mi ropa sobria, las gafas de sol Ray-Ban y los cinco periódicos que llevaba bajo el brazo me hacían parecer un agente secreto. Al revés de lo que sucedía con las hileras, uniformes, de la policía antidisturbios, en nuestro grupo había grandes diferencias: jóvenes agresivos de la extrema izquierda, nuestra asociación antifascista, que tiene convicciones sólidas, pero es de signo moderado, algunos comunistas, e incluso los mazzinianos, que siempre resultan muy vistosos (seguidores de Mazzini, que ha resucitado de su tumba). Tres horas más tarde hubo una pequeña escaramuza. La policía cargó con porras contra los manifestantes que estaban en primera línea, pero la ruta de los ciclistas se cambió y pudimos sentirnos satisfechos con este resultado.

Le cuento esta historia banal porque las calles y las plazas de todas partes están siendo invadidas: ¿qué piensa usted de esta clase de «primavera»?

Zygmunt Bauman: Thomas L. Friedman, de *The New York Times*^[52], escribe lo siguiente:

La Primavera árabe ha sido el detonador popular de rebeliones contra los autócratas en todo el mundo árabe. El verano israelí sacó a la calle a 250 000 israelíes, que protestaban por la falta de viviendas asequibles y el modo en que su país se encuentra dominado por un oligopolio de viejos capitalistas. Desde Atenas hasta Barcelona, las plazas de las ciudades europeas están siendo tomadas por jóvenes que protestan contra la falta de empleo y contra la injusticia que suponen unos salarios cuyas diferencias son abismales.

La gente ha tomado las calles. Y las plazas públicas. Primero fue la Vaclavske Namesti de Praga, en el año 1989. Poco después sucedió lo mismo en una capital tras otra en los países del bloque soviético. Y luego, la famosa plaza principal de Kiev. Todas estas plazas, al igual que algunas otras, han servido como laboratorio de pruebas de unas costumbres nuevas: ya no se trata de una marcha, una manifestación

que va desde un punto de encuentro a un destino, sino más bien de un tipo de ocupación permanente, un asedio que perdurará hasta que las demandas sean satisfechas.

Después de haber sido probado y ensayado en los últimos tiempos, el nuevo modelo se ha convertido en norma. La gente tiende a sentarse en las plazas públicas con la clara intención de quedarse allí por un tiempo bastante largo, el tiempo necesario para conseguir lo que piden, o para que se les garantice su consecución. Las personas llevan consigo tiendas y sacos de dormir, una manera de mostrar su determinación. Otros llegan y luego se van, pero sus idas y venidas son regulares: cada día o cada noche, una vez por semana. ¿A qué se dedican estas personas una vez se encuentran en la plaza? Escuchan discursos, aplauden o abuchean, llevan carteles o pancartas, gritan o cantan. Quieren que cambie algo. En cada caso, este algo es diferente. Nadie sabe con seguridad si este significado es el mismo para todos los que están allí. Para muchos, el significado no es en absoluto claro como el cristal. Pero sea lo que fuere este algo, han saboreado el cambio que ya está ocurriendo: quedarse en la plaza Rothschild o Tahrir, día y noche, rodeados por multitudes que es evidente están en sintonía con sus propias emociones, significa un cambio enorme. Un cambio que está sucediendo de verdad y que se disfruta. Lo que antes se había ensayado verbalmente en Facebook o Twitter se está experimentando por fin en vivo. Y sin perder las características que lo habían convertido en algo tan cautivador cuando se practicaba en la red: la habilidad de disfrutar del presente sin hipotecar el futuro, derechos sin obligaciones.

La sobrecogedora, intoxicante, experiencia del compañerismo. Quizá también, quién sabe, de la solidaridad. Este cambio, que ya está ocurriendo, significa que cada una de las personas ha dejado de estar sola. Y supuso un esfuerzo tan pequeño conseguirlo, poco más que cambiar un par de letras de esa fea palabra llamada «soledad» para convertirla en «solidaridad». Solidaridad a la carta, y que dure tanto tiempo como este «a la carta» requiera (y no un minuto más). Solidaridad, no tanto en el hecho de compartir la causa elegida, sino solidaridad en el hecho de tener una causa; yo, junto contigo y con el resto de nosotros (nosotros, la gente que hay en la plaza) tenemos un propósito y nuestra vida tiene un sentido.

No todas las personas que toman las calles entran en la plaza y se quedan allí. La experiencia de ese «todos juntos en la plaza» puede ser más como una chispa cayendo en una sartén sobrecalentada que no un peregrinaje. Sucedió así en Londres, Birmingham, Mánchester y Bristol durante un breve lapso de tiempo. Ninguna pretensión de tener una causa. Ningún tiempo para la solidaridad. Ningún deseo de buscar un significado, un rato de diversión está muy bien, y se agradece. Alegría para ser consumida sobre la marcha. Realización ahora. Satisfacción instantánea. ¿No es esto de lo que se trata en la vida de los consumidores? Cuatro adolescentes de los que saquearon los barrios de Londres declararon en Sky News que fue como «correrse una juerga comprando^[53]». Correrse una juerga comprando, desde luego. La única

diferencia con otras juergas que se disfrutaban en otras tiendas es que en estas no hubo dinero ni tarjetas de crédito de por medio: una juerga en las tiendas, pero hecha a la medida de la gente que no tiene nada.

Según Elias Canetti, una de las primeras metáforas utilizadas para designar a una multitud (ya se halle «en movimiento» o «estacionaria») es el fuego. No tiene nada de sorprendente. El fuego convoca sensaciones de calidez, al igual que la comodidad de la posesión. Sin embargo, algunas veces se convierte en algo demasiado caliente como para ser confortable, y las llamas prenden sin previo aviso, se descontrolan y queman, al igual que hacen a menudo las muchedumbres. Los combustibles que pueden ser utilizados para mantener vivo el fuego difieren los unos de los otros. Todos los combustibles son inflamables, pero cuando se encienden, algunos arden de forma apacible y brillan. Y otros, en cambio, explotarán a partir de una simple chispa.

Pero abandonemos la metáfora del fuego para volver a lo que esta simboliza: las multitudes que discurren por las calles en dirección a la plaza de la ciudad. Algunas de ellas están listas para explotar mientras que otras lo están para arder de forma tranquila, pero prolongada. Y si bien es cierto que ambas requieren de una chispa para avivarse y encenderse, también lo es que lo que seguirá al encendido no está determinado por la chispa, sino por las propiedades de los combustibles. Incluso aunque diferentes tipos de chispas puedan atraer a distintos tipos de multitudes. Con la llegada de los medios móviles de comunicación instantánea y masiva, las chispas se suceden volando, pero no son los aparatos electrónicos, por inteligentes que sean, quienes determinan la incidencia y la naturaleza de las explosiones sociales. Y las personas que son responsables de la producción masiva de explosivos y de su acumulación —los más notorios son la patente desigualdad social (deshumanizadora, incontrolada) y la producción masiva de consumidores imperfectos (sin medios económicos) colocados en medio de una sociedad de consumidores— comprenden muy poco de esto, aunque tampoco desean comprenderlo. Lo que mueve y guía a la sociedad de la que son responsables queda demostrado con la idea de David Cameron: desconectar las redes sociales para que las tiendas no sean quemadas y saqueadas.

Friedman sugiere: «Existen razones diversas y múltiples para estas explosiones, pero hasta cierto punto deben tener un denominador común, y creo que puede ser encontrado en uno de los eslóganes que surgieron en una de las insurrecciones de la clase media en Israel: “Luchamos por un futuro accesible”. En estos momentos, muchas personas pertenecientes a la clase media y a la clase media baja de todos los lugares del mundo sienten que el futuro está fuera de su alcance, y así se lo hacen saber a sus dirigentes». Friedman resume su diagnóstico y sus recomendaciones:

A la clase media se le está negando, cada vez más, el crédito asequible, el trabajo estable, el acceso al funcionariado y los programas sociales. Y esto sucede en un momento en el que son necesarias más aptitudes para lograr conservar un trabajo decente, en un momento en el que los ciudadanos tienen más acceso a los *media* para organizarse, protestar y desafiar a la autoridad. Y en un momento en el que la fusión de la globalización y las tecnologías de la información está generando enormes salarios para la

gente que tiene talentos globales (o para aquellos que aprenden las reglas de juego del sistema, y así, manteniéndose próximos a quienes están en el poder, consiguen acceder al dinero, a los monopolios o a los contratos gubernamentales), lo que aumenta las diferencias salariales y alimenta más aún los resentimientos^[54].

Puede estar en lo cierto.

Está claro que el mundo, tal y como nosotros lo conocimos, o como creíamos conocerlo, se está desmembrando. Corre más deprisa cada día que pasa, y, en tiempo real, el día a día se está volviendo más breve. Las antiguas certidumbres han desaparecido. Las antiguas medicinas no funcionan. Los tableros de dibujo, fiables y antiguos, descansan ociosos, o bien reproducen sin cesar, como en un trance sonámbulo, interminables copias de antiguos modelos. Tal parece que el único refugio para la esperanza sean las tiendas montadas en las plazas públicas.

Unas tiendas llenas de sonidos y de furia, en busca de un significado...

SOBRE LA MAYORÍA DE EDAD DE LA GLOCALIZACIÓN

Riccardo Mazzeo: Mi estimado Zygmunt, esta es nuestra última conversación. Estamos a 19 de septiembre del año 2011 y estuvimos hablando de todo esto hace tres días en Módena, antes de que usted diera sus dos últimas conferencias. Una trataba sobre «Lo que queda de la naturaleza» en Sassuolo, y la otra, titulada «¿Acaso no somos todos emigrantes?» la dio en Pordenone. Nunca lo había visto a usted tan a menudo como durante estos últimos meses, y a partir de sus dos charlas he entresacado tantas ideas que quisiera extenderme sobre ellas. Pero me temo que no cabrían en esta página, la última que voy a escribirle a usted. Así que me voy a centrar en un par de cosas. La primera es el sentido de culpa que, como usted bien dice, impregna las relaciones con nuestras familias. Dado que somos negligentes con nuestras parejas y nuestros hijos para correr en pos de nuestras carreras, los expertos en *marketing* capitalizan nuestro sentido de culpabilidad dirigiéndolo hacia formas de compensación (desde el último modelo de teléfono móvil o iPhone, pasando por zapatos o bolsos de diseño) que siempre implican comprar alguna cosa. Gastamos un montón de dinero en regalos que llevamos a nuestros seres amados el día en que finalmente conseguimos verlos. El resultado es que aún tenemos menos tiempo para dedicar a nuestra familia, pues nos vemos obligados a trabajar más y más duramente para ganar más dinero que nos permita la compra de regalos más caros. Este es un círculo vicioso que se podría rectificar con facilidad si, en vez de ofrecer objetos, ofreciéramos nuestra presencia, atención y cuidado. Tal y como usted señaló, si Freud hoy estuviera vivo, debería reescribir *La civilización y su descontento*, teniendo en cuenta el hecho de que nuestra cultura ya no nos alienta a que reprimamos y pospongamos el placer, sino que nos apremia a disfrutar con libertad de todos los placeres y bienes que nuestra sociedad de consumo puede proporcionarnos.

En su libro *Senza vergogna* un gran intelectual italiano, Marco Belpoliti, hace referencia a Alain Ehrenberg para presentar la idea de «vergüenza amoral». Usted hizo lo mismo en *44 cartas*...^[55]

La creciente inseguridad sobre la identidad personal, propia de la sociedad posmoderna, y las constantes humillaciones a las que está sujeta nuestra imagen, provocan lo que Alain Ehrenberg ha llamado la «tensión de ser uno mismo». Nos hemos desplazado de una sociedad basada en la obediencia y la disciplina, hacia una sociedad que valora lo que no es convencional y promueve la creencia de que todo es posible en cualquier nivel. Edipo, el símbolo de la sociedad patriarcal, y el clásico sentido de culpabilidad burgués, son reemplazados por la vanidad, por ejemplo por Narciso y su fascinación con el espejo. Narciso trae consigo la libertad, pero también un creciente sentido de vacío e impotencia^[56].

Mi segunda observación se refiere al texto de Kant que usted analizó en su fascinante libro *La sociedad sitiada*^[57]. El texto es *Idea de una historia universal con*

propósito cosmopolita (1784). En él, su autor explica que, dado que nuestro mundo es una esfera «no se puede aumentar una distancia determinada de modo indefinido sin que esta se anule». La superficie del globo en el que vivimos no permite una «infinita dispersión». Y en última instancia todos seremos vecinos simplemente porque no hay otro lugar al que ir. Así que no tendremos más remedio que soportarnos los unos a los otros y vivir juntos.

Yo creo que este momento ha llegado: lo global limita con lo local, y viceversa. Mick Jagger, el cantante y líder de los Rolling Stones, acaba de inaugurar un nuevo supergrupo con Dave Stewart de Eurythmics, el joven cantante de *soul* Joss Stone, el rey del *reggae* Damian Marley y el compositor ganador de un Oscar A. R. Rahman. Estuve viendo el primer vídeo que grabaron y me complació percibir que en él no se da el clásico cambio de escenarios, los cambios frenéticos de vestuario o peinado. Ni tampoco se muestra el también usual conjunto de esculturales bailarines masculinos o femeninos ligeros de ropa. En el vídeo lo único que vemos son músicos con diferentes voces, orígenes étnicos y aspecto que cantan juntos. Y cada uno de ellos preserva su propia singularidad y estilo musical. Quizás esto sea tan sólo una más de las exitosas operaciones de *marketing*, pero me recordó a aquellos grupos de niños de nuestra primera conversación, cuando usted nos contó que acostumbraba a verlos desde su ventana al volver a casa desde la escuela. Cuarenta años atrás, cada grupo de niños tenía el mismo color de piel, hoy eran todos diferentes.

Zygmunt Bauman: Uno siente la tentación de decir que las invenciones o reinventaciones sociales (al igual que las recientemente inventadas o redescubiertas posibilidades de volver a usar las plazas de las ciudades como si fueran la antigua ágora, lugar donde se hacían y deshacían las reglas del juego) tienden a extenderse como un incendio en el bosque. Uno diría esto si no fuera por el hecho de que la globalización ha invalidado finalmente esta metáfora consagrada por el tiempo. Es cierto que los incendios forestales avanzan «extendiéndose». Pero las invenciones sociales de hoy progresan «dando saltos».

Para explicar lo que tengo en la cabeza, permítame recordar uno de los aspectos menos fantasiosos de esa experiencia, ya casi olvidada a medias, que ha sido la Primavera árabe...

Lo que podemos y debemos aprender de esta experiencia es que las distancias geográficas ya no tienen importancia. Las distancias ya no suponen un obstáculo, y su extensión ya no determina la distribución de oportunidades. Tampoco lo hacen la vecindad o la proximidad física, por eso la metáfora del efecto dominó, que implica cercanía, desde luego una contigüidad de causa y efecto, está perdiendo mucha, quizás incluso casi toda, su veracidad. Los estímulos viajan con independencia de sus causas: las causas pueden ser locales, pero el alcance de sus inspiraciones es global. Las causas pueden ser globales, pero el impacto que provocan se moldea y alcanza de modo local. Prendidas en la amplia red planetaria, las pautas de imitación vuelan por

los espacios extraterritoriales casi de forma azarosa —sin itinerarios programados y encontrando muy pocas, si no ninguna, barreras o puntos de control—, pero, de forma invariable, llegan a pistas de aterrizaje que han sido construidas localmente. Nunca se puede asegurar de antemano en qué pista aterrizarán, o cuál de las innumerables torres de control las detectará, interceptará y lanzará hacia el espacio aéreo local, y cuántos aterrizajes forzosos se verán forzadas a hacer y dónde. El hecho de que las pistas de aterrizaje y las torres de control compartan las mismas pautas fluctuantes hace que las predicciones sean una pérdida de tiempo y la prognosis, poco fiable. Ambas están construidas *ad hoc*, para atrapar un único trofeo elegido e ir de caza tras una presa, y tienden a clausurarse para siempre en el momento en que la misión ha sido llevada a término. ¿Quién es este *al-shahid* («mártir», en árabe) cuya inmolación provocó que las multitudes se congregaran para transformar la plaza Tahrir en un (temporal, *ad hoc*) ágora por unos cuantos días? Antes nadie había oído hablar de ella o de él (léase, ella o él antes no estaban allí) y nadie, más allá de su apodo, reconoció a la mujer o al hombre en la plaza (léase, ella o él antes no estaban allí) cuando las multitudes respondieron a su llamada... Sin embargo, esto no tiene importancia.

La transferencia al ciberespacio y la subordinación a la lógica del *on line* o de la transmisión en directo, con todo su potencial pragmático —que no de la imaginación, de la que puede prescindirse con total pereza— han hecho que la distinción entre lejos y cerca, aquí y allí, se haya convertido en algo virtualmente nulo y sin efecto. Esta es la condición que la «glocalización» —el proceso de despojar de su importancia a lo local, y en simultáneo añadir más a su significado— tenía como objetivo desde su mismo inicio. Ha llegado el momento de admitir que se ha alcanzado este objetivo. O, más bien, que el objetivo nos ha traído (tirando de nosotros o empujándonos) hasta aquí.

Despojar un lugar de su «importancia» significa que este lugar ya no puede considerar como asuntos privados sus dificultades y su fuerza, su plenitud o su vacío, los dramas que se desarrollan en él y los espectadores que atrae. Los lugares pueden, y lo hacen, proponer, pero quienes ahora disponen son las fuerzas desconocidas, las fuerzas incontroladas, intratables e impredecibles que discurren en el «espacio de flujos». Las iniciativas aún son locales, pero sus consecuencias ahora son globales, y se mantienen tozudamente fuera del alcance de los poderes —que predicen, planifican y comandan— de sus lugares de origen. O de cualquier otro lugar, para el caso sería lo mismo. Una vez han sido lanzadas, estas fuerzas —como los conocidos «misiles inteligentes»— funcionan plena y verdaderamente por su cuenta. También son «rehenes del destino», aunque hoy en día, el destino que las tiene secuestradas se compone y recompone de modo perpetuo, en función de las rivalidades en curso que existan entre las pistas de aterrizaje locales. Pistas que han sido asfaltadas a toda prisa para así poder recibir estas pautas copiadas y prefabricadas... El mapa actual de *rankings* de estos aeropuertos ya establecidos no tiene importancia aquí. Tampoco sería importante conocer la composición del mando del tráfico aéreo local. Además,

si semejante institución ya existiera —que no existe—, los aspirantes a su rol de mando estarían aprendiendo, en carne propia, su inanidad.

Citando a Robert Malley, director del programa del International Crisis Group para Oriente Medio y el norte de África, *The New York Times* decía: «Cada vez que la Administración decía algo, los acontecimientos que se sucedían sobre el terreno sobrepasaban de inmediato sus palabras. Y en cuestión de días, cada asunción referida a la relación que hay entre Estados Unidos y Egipto daba un vuelco». De acuerdo con la información sobre Egipto reportada por Mark Mardell, el editor de la BBC en Estados Unidos: «La secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, ha llamado por teléfono a Omar Suleiman, el nuevo vicepresidente, que fue jefe de inteligencia durante dos décadas, para decirle que debía aprovechar de inmediato la ocasión y encaminar una transición hacia una sociedad más democrática. Esta transición debe empezar ahora. La violencia es estremecedora, declaró Clinton, y le instó a investigar la violencia y a apresar a quienes eran responsables de ella». Pocas horas más tarde, los líderes de los países considerados más importantes de Europa —Merkel, Sarkozy, Cameron, Zapatero, Berlusconi— repitieron la demanda que había hecho Hillary Clinton, en lo que fue una declaración inusualmente unánime. Y todos ellos dieron explicaciones sobre lo que habían hecho, más o menos al mismo tiempo en que las cámaras de Al-Jazeera grababan a un manifestante que llevaba un rótulo en el que se podía leer: «Obama, ¡cállate!». El «significado» de un lugar, eso que acrecienta su importancia, reside precisamente en su capacidad de acomodar dentro de él estas pancartas y a las personas que las empuñan. No hay suficientes manos y estas no tienen suficiente alcance como para inmiscuirse en el espacio global. Alcanzan tan sólo lo suficiente (o al menos, parecen alcanzar sólo lo suficiente) para abarcar lo local y mantenerlo cercano, y entre tanto expulsar (esperemos) a los intrusos y falsos pretendientes.

Un día después del anuncio de Hillary Clinton, *The New York Times* daba cuenta de una remodelación completa de la política exterior de la Administración americana: «El miércoles, la Administración de Obama —antes se había considerado que el apoyo americano a la tumultuosa región era inquebrantable— parecía determinada a poner tanta distancia como fuera posible entre el señor Obama y el señor Mubarak». Bien, este poder global difícilmente hubiera podido llevar a término un cambio de actitud tan acrobático de no ser porque aquella localidad distante decidió hacer uso de su nuevo, recién hallado, significado... Tal y como apuntó Shawki al-Qadi, un abogado y figura relevante de la oposición en Yemen, no es que la gente tuviera miedo de sus Gobiernos, Gobiernos que habían abdicado sus poderes en las «fuerzas globales» a cambio de ser liberados de las obligaciones que les eran propias hacia su gente. Sino que «se trata de lo opuesto. Los Gobiernos y sus fuerzas de seguridad son quienes tienen ahora miedo de la gente. La nueva generación, la generación de Internet, es intrépida. Quiere gozar de sus plenos derechos, y quiere una vida, una vida digna». El espectacular despliegue de la lógica sin lógica de la glocalización en

acción ha conseguido —a la fuerza— meter en los cerebros de los autoproclamados líderes del mundo la idea de que los Gobiernos, tal y como han sido exprimidos por las «fuerzas globales», no suponen una protección contra la inestabilidad, sino todo lo contrario: son la principal causa de la inestabilidad.

«Glocalización» es el nombre que se ha dado a una cohabitación marital que se ha visto obligada a negociar un *modus vivendi* soportable. Y ello pese a todo el ruido y la furia, sobradamente conocidos por la mayoría de parejas casadas, porque en este caso, la separación, por no hablar del divorcio, no es ni realista ni deseable. «Glocalización» es la palabra que designa una relación de amor-odio en la que se mezclan la atracción con la repulsión: es un amor que suspira por la proximidad, mezclado con un odio que ansía la distancia. Esta relación podría muy bien haberse desmoronado bajo la carga de su propia incongruencia de no ser por dos hechos inevitables que actúan a modo de tenaza: si se incomunica un lugar quitándole las rutas globales de aprovisionamiento, a este lugar le faltarán los dispositivos que le permiten mantenerse vivo y los elementos con los que hoy día se construyen las identidades autónomas. Pero en paralelo a esto, sucedería que las fuerzas globales no tendrían ningún lugar en el que aterrizar, renovar su personal, repostar combustible y reabastecerse, pues todo esto les es dado por los improvisados espacios aéreos locales. Así, ambos están condenados a la cohabitación. Para bien o para mal. Hasta que la muerte los separe.



ZYGMUNT BAUMAN (Poznan, Polonia, 1925) es un sociólogo, filósofo y ensayista polaco de origen judío. Miembro de una familia de judíos no practicantes, hubo de emigrar con su familia a Rusia cuando los nazis invadieron Polonia. En la contienda, Bauman se enroló en el ejército polaco, controlado por los soviéticos, cumpliendo funciones de instructor político. Participó en las batallas de Kolberg y en algunas operaciones militares en Berlín. En mayo de 1945 le fue otorgada la Cruz Militar al Valor. De 1945 a 1953 desempeñó funciones similares combatiendo a los insurgentes nacionalistas de Ucrania, y como colaborador para la inteligencia militar.

Durante sus años de servicio comenzó a estudiar sociología en la Universidad de Varsovia, carrera que hubo de cambiar por la de filosofía, debido a que los estudios de sociología fueron suprimidos por «burgueses». En 1953, habiendo llegado al grado militar de mayor, fue expulsado del cuerpo militar con deshonor, a causa de que su padre se había presentado en la embajada de Israel para pedir visa de emigrante.

En 1954 finalizó la carrera e ingresó como profesor en la Universidad de Varsovia, en la que permanecería hasta 1968. En una estancia de estudios en la prestigiosa London School of Economics, preparó un relevante estudio sobre el movimiento socialista inglés que fue publicado en Polonia en 1959, y luego apareció editado en inglés en 1972. Entre sus obras posteriores destaca *Sociología para la vida cotidiana* (1964), que resultó muy popular en Polonia y formaría luego la estructura principal de *Pensando sociológicamente* (1990).

Fiel en sus inicios a la doctrina marxista, con el tiempo fue modificando su

pensamiento, cada vez más crítico con el proceder del gobierno polaco. Por razones políticas se le vedó el acceso a una plaza regular de profesor, y cuando su mentor Julian Hochfeld fue nombrado por la UNESCO en París, Bauman se hizo cargo de su puesto sin reconocimiento oficial. Debido a fuertes presiones políticas en aumento, Bauman renunció en enero de 1968 al partido, y en marzo fue obligado a renunciar a su nacionalidad y a emigrar.

Ejerció la docencia primero en la Universidad de Tel Aviv y luego en la de Leeds, con el cargo de jefe de departamento. Desde entonces Bauman escribió y publicó solamente en inglés, su tercer idioma, y su reputación en el campo de la sociología creció exponencialmente a medida que iba dando a conocer sus trabajos. En 1992 recibió el premio Amalfi de Sociología y Ciencias Sociales, y en 1998 el premio Theodor W. Adorno otorgado por la ciudad de Frankfurt.

La obra de Bauman comprende 57 libros y más de 100 ensayos. Desde su primer trabajo acerca de el movimiento obrero inglés, los movimientos sociales y sus conflictos han mantenido su interés, si bien su abanico de intereses es mucho más amplio. Muy influido por Gramsci, nunca ha llegado a renegar completamente de los postulados marxistas. Sus obras de finales de los 80 y principios de los 90 analizan las relaciones entre la modernidad, la burocracia, la racionalidad imperante y la exclusión social. Siguiendo a Sigmund Freud, concibe la modernidad europea como el producto de una transacción entre la cesión de libertades y la comodidad para disfrutar de un nivel de beneficios y de seguridad.

Según Bauman, la modernidad en su forma más consolidada requiere la abolición de interrogantes e incertidumbres. Necesita de un control sobre la naturaleza, de una jerarquía burocrática y de más reglas y regulaciones para hacer aparecer los aspectos caóticos de la vida humana como organizados y familiares. Sin embargo, estos esfuerzos no terminan de lograr el efecto deseado, y cuando la vida parece que comienza a circular por carriles predeterminados, habrá siempre algún grupo social que no encaje en los planes previstos y que no pueda ser controlado.

Bauman acudía al personaje de la novela *El extranjero* de Albert Camus para ejemplificarlo. Abrevando en la sociología de Georg Simmel y en Jacques Derrida, Bauman describió al «extranjero» como aquel que está presente pero que no nos es familiar, y que por ello es socialmente impredecible. En *Modernidad y ambivalencia*, Bauman describe cómo la sociedad es ambivalente con estos elementos extraños en su seno, ya que por un lado los acoge y admite cierto grado de extrañeza, de diferencia en los modos y pautas de comportamiento, pero por dentro subyace el temor a los personajes marginales, no totalmente adaptados, que viven al margen de las normas comunes.

En su obra más conocida, *Modernidad y holocausto*, sostiene que el holocausto no debe ser considerado como un hecho aislado en la historia del pueblo judío, sino que

debería verse como precursor de los intentos de la modernidad de generar el orden imperante. La racionalidad como procedimiento, la división del trabajo en tareas más diminutas y especializadas, la tendencia a considerar la obediencia a las reglas como moral e intrínsecamente bueno, tuvieron en el holocausto su grado de incidencia para que este pudiera llevarse a cabo. Los judíos se convirtieron en los «extranjeros» por excelencia, y Bauman, al igual que el filósofo Giorgio Agamben, afirma que los procesos de exclusión y de descalificación de lo no catalogable y controlable siguen aún vigentes.

Al miedo difuso, indeterminado, que no tiene en la realidad un referente determinado, lo denominó «*Miedo líquido*». Tal miedo es omnipresente en la «*Modernidad líquida*» actual, donde las incertidumbres cruciales subyacen en las motivaciones del consumismo. Las instituciones y organismos sociales no tienen tiempo de solidificarse, no pueden ser fuentes de referencia para las acciones humanas y para planificar a largo plazo. Los individuos se ven por ello llevados a realizar proyectos inmediatos, a corto plazo, dando lugar a episodios donde los conceptos de carrera o de progreso puedan ser adecuadamente aplicados, siempre dispuestos a cambiar de estrategias y a olvidar compromisos y lealtades en pos de oportunidades fugaces.

RICCARDO MAZZEO (Italia), se graduó con honores en Lenguas y Literaturas Extranjeras. Desde 1989 es editor de la editorial Erickson, y es actualmente jefe de la prensa y de comunicación para la literatura internacional y la exploración de los autores emergentes. Se ocupa de los derechos internacionales, más a menudo traduce libros, maneja las relaciones con los medios de comunicación tiene mas de 300 libros editados. Es también Maestro de grado de orientación Aspic.

Escribió un libro en francés con el filósofo Argentino Miguel Benasayag, «*une Y at-il vie avant la mort?*» (¿*Hay vida antes de la muerte?*) un diálogo sobre la percepción de edad. Y otro escrito en inglés con Zygmunt Bauman, «la fuente más profunda de la inspiración que he tenido en mi vida», *In Praise of Literature*.

Colaboró con Bauman en el libro *Sobre la educación en un mundo líquido* en el que le realizó 20 entrevistas.

Notas

[1] Zygmunt Bauman y Keith Tester, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Barcelona, Paidós, 2002. <<

[2] José Saramago, *El último cuaderno*, Madrid, Alfaguara, 2011, «Día 17. Historias de la emigración». <<

[3] Zygmunt Bauman, *Mundo consumo: ética del individuo en la aldea global*, Barcelona, Paidós, 2010. <<

[4] Gregory Bateson, *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, Lohlé-Lumen, 1998. <<

[5] Richard Kopp, *Metaphor Therapy: Using Client-Generated Metaphors in Psychotherapy*, Routledge, Taylor and Francis, 1995. <<

[6] Zygmunt Bauman, Benedetto Vecchi, *Identidad*, Buenos Aires, Losada, 2005. <<

[7] Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003. <<

[8] John Kotter, *The New Rules*, Nueva York, Dutton, 1995, pág. 159. (Las cursivas son añadidas). <<

[9] Riccardo Petrella, «Une machine infernale», *Le Monde Diplomatique*, junio de 1997, pág. 17. <<

[10] Alberto Melucci, *The Playing Self: Person and Meaning in the Planetary Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, págs. 43 y sig. <<

[11] Zygmunt Bauman, *El arte de la vida: de la vida como obra de arte*, Barcelona, Paidós, 2009. <<

[12] Mauro Magatti, *Libertà immaginaria, Le illusioni del tecno-capitalismo tecnochilista*, Milán, Einaudi, 2009, pág. 102. <<

[13] *Ibidem*, pág. 109. <<

[14] Massimiliano Panarari, *L'egemonia sottoculturale. L'Italia da Gramsci al gossip*, Milán, Einaudi, 2010. <<

[15] Tullio De Mauro y Dario Ianes (comps.), *Giorni di scuola. Pagine di diario di chi ci crede ancora*, Trento, Erickson, 2011. <<

[16] Thomas Hylland Eriksen, *Tyranny of the Moment. Fast and slow time in the Information age*, Sterling, Pluto Press, 2001. <<

[17] Miguel Benasayag y Gerard Schmit, *Les passions tristes. Souffrance psychique et crise sociale*, París, La Découverte, 2003 (trad. cast.: *Las pasiones tristes. Sufrimiento psíquico y crisis social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010). <<

[18] Theodor W. Adorno, *Minima Moralia: Reflections from Damaged Life*, Londres, New Left Books, 1974 (trad cast.: *Mínima moralia*, Madrid, Taurus, 1999). <<

[19] Véase <http://bad.eserver.org/issues/2011/Giroux-Youth.html> (consultada en octubre de 2011). <<

[20] Véase <http://salabdin.com/w/?p=103> (consultada en octubre de 2011). <<

[21] Marc Augé, *La vie en double: Ethnologie, voyage et écriture*, París, Payot, 2011.

<<

[22] Véase Norbert Elias, *Engagement und Distanzierung. Arbeiten zur Wissenssoziologie*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1983 (trad. cast.: *Compromiso y distanciamiento*, Barcelona, Península, 2002). <<

[23] Concepto desarrollado por Malinowski en el capítulo introductorio de su libro *Los argonautas del Pacífico Occidental*, de 1922. <<

[24] Martha Nussbaum, *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*, Princeton, Princeton University Press, 2010 (trad. cast.: *Sin fines de lucro: por qué la democracia necesita de las humanidades*, Madrid, Katz Barpal Editores, 2010). <<

[25] http://wyborcza.pl/1,75478,9282979,Wyksztalcona_klasa_robotnicza.html. <<

[26] *Le Monde*, 28 de agosto de 2011. <<

[27] «Bilan scolaire globalement negatif?», *Le Monde*, 6 de septiembre de 2011. <<

[28] Dario Ianes, *La Speciale Normalità: strategie di integrazione e inclusione per le disabilità e i bisogni educativi speciali*, Trento, Erikson, 2006. <<

[29] José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*, Madrid, Alfaguara, 1996; y *Ensayo sobre la lucidez*, Madrid, Alfaguara, 2004. <<

[30] Albert Bandura, *Self-Efficacy: The Exercise of Control*, Nueva York, W. H. Freeman, 1997, pág. 477. <<

[31] Stéphane Hessel, *Indignez-vous!*, París, Indigène Éditions, 2010 (trad. cast.: *¡Indignaos!*, Barcelona, Destino, 2011). <<

[32] François Flahaut, *Ou est passé le bien commun?*, París, Mille et Une Nuits, 2011.

<<

[33] Tim Jackson, *Prosperity Without Growth, Economics for a Finite Planet*, Londres, Earthscan, 2009 (trad. cast.: *Prosperidad sin crecimiento: economía para un planeta finito*, Barcelona, Icaria, 2011). Véase especialmente el capítulo 3, «Redefining Prosperity». <<

[34] Véase su ensayo «Justice in the Global World», *Indigo*, invierno de 2011. <<

[35] Michela Marzano, *Le fascisme. Un encombrant retour?*, París, Larousse, 2008, págs. 174-176. <<

[36] De entre los más recientes resúmenes que hablan de cuál era el panorama en la época inmediata que precedió a la explosión de disturbios en los países árabes, véase el de Alain Morice y Claire Rodier en *Le Monde Diplomatique*, junio de 2010. <<

[37] Nicolas Sarkozy, *La République, les religions, l'espérance*, París, Les Éditions du Cerf, 2004 (trad. cast.: *La república, las religiones, la esperanza: conversaciones con Thibaud Collin y Philippe Verdin*, Madrid, Gota a Gota, 2006). <<

[38] André Grjebine, «S'ouvrir à l'autre: oui. A son idéologie: non», *Le Monde*, 26 de febrero de 2011. <<

[39] Richard Sennett, «Humanism», *Hedgehog Review*, verano de 2011, págs. 21-30.

<<

[40] Zygmunt Bauman, *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2007. <<

[41] Zygmunt Bauman, *44 cartas desde el mundo líquido*, Barcelona, Paidós, 2011, pág. 31. <<

[42] *Ibidem*, pág. 30. <<

[43] Massimo Recalcati, *Elogio del fallimento*, Gardolo, Erickson, 2011, págs. 28-29.

<<

[44] Zygmunt Bauman, *44 cartas...*, *op. cit.*, pág. 17. <<

[45] Slavoj Žižek, «Shoplifters of the World Unite», *London Review of Books*, 19 de agosto de 2011 (trad. cast.: «Ladrones del mundo, uníos», Rebelión, <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=134886> [consultada en septiembre de 2012]).
<<

[46] En español en el original. (*N. de la t.*) <<

[47] Edgar Morin, *Ma Gauche*, París, Bourin, 2010, pág. 130. <<

[48] En castellano en el original. (*N. de la t.*) <<

[49] Claudio Risé, *Guarda, tocca, vivi*, Milán, Sperling & Kupfer, 2011. <<

[50] Zygmunt Bauman, *Mundo consumo*, op. cit. <<

[51] Elias Canetti, *Masse und Macht*, Hamburgo, Claasen, 1960 (trad. cast: *Masa y poder*, Barcelona, Debolsillo, 2005). <<

[52] Thomas L. Friedman, «A Theory of Everything (sort of)», *The New York Times*, 13 de agosto de 2011. <<

[53] Sky News, 12 de agosto de 2011. <<

[54] Thomas L. Friedman, «A Theory of Everything...», *art. cit.* <<

[55] Zygmunt Bauman, *44 cartas...*, *op. cit.* <<

[56] Marco Belpoliti, *Senza vergogna*, Parma, Guanda, 2010. <<

[57] Zygmunt Bauman, *La sociedad sitiada*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002. <<